ELI NO ERA SU PAREJA PERFECTA,
PERO TAL VEZ SÍ LA MUJER DE SU VIDA.

EL AMOR DE ELI



ÀNGEL BURGAS

Àngel Burgas

El amor de Eli



Índice

PORTADA
CRÉDITOS
PRIMERA PARTE. Arnau
1
2
3
4
5
SEGUNDA PARTE. Eli
1
2
3
TERCERA PARTE. Arnau y Eli
1
2
3

Título original: *L'amor de l'Eli*
© Àngel Burgas, 2026

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Traducción y edición: Elisenda Vergés-Bo y Reina Duarte
Diseño de la colección: Aurora Iraita
Imagen de cubierta: Depositphotos

ISBN: 978-84-683-7936-4

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PRIMERA PARTE

Arnau

1

A Arnau los planes para aquel verano no le habían parecido ni bien ni mal. Habían salido así no por voluntad propia, sino por decisión de sus padres, y él simplemente lo había aceptado. Acostumbraba a buscar el lado positivo de las situaciones, sobre todo si le venían impuestas y no dependían de él. Pasaría dos semanas en casa de sus tíos, la primera acompañado de sus padres antes de que se fueran de viaje a Perú. Y después, una tercera semana en casa de sus amigos Roc y Mireia. En resumen: una semana de vida familiar al completo; otra de relativa libertad con sus tíos Jordi y Pol; y una tercera de libertad total en casa de sus compañeros de instituto, que también estarían sin sus padres, solo a cargo de la mujer que cuidaba de estos dos hermanos desde pequeños. Y las tres semanas disfrutando de la playa, primero en Sant Salvador y luego en Calafell, un pueblo de al lado.

Llegaron a Sant Salvador a última hora de la tarde. Sus tíos tenían ya la cena preparada y, tras dejar las maletas en sus respectivas habitaciones, se sentaron a la mesa, en la terraza. Los adultos tenían muchas cosas que contarse, así que él apenas habló. Comentó cómo le había ido el curso y les enseñó fotos de su viaje a Malta con la clase de primero de bachillerato. Los preparativos del viaje a Perú ocuparon la mayor parte de la sobremesa, claro. Arnau

preguntó a sus tíos si estaban esos días Eva y Esther, las vecinas del tercero que pasaban allí el verano; las había conocido el año anterior y se habían caído bien. Jordi le dijo que sí, aunque este año eran tres, porque Eva había invitado a una amiga, Eli, a pasar el mes con ellas. Y añadió que habían formado una pandilla con más jóvenes del pueblo.

—Salen casi cada noche. Siempre hay un grupo de chicos esperándolas aquí abajo y desde la terraza las vemos irse de marcha con ellos. No te preocupes, seguro que cuentan contigo. Ayer ya nos preguntaron qué día llegabas.

Sin embargo, esa noche no debían de haber quedado, porque ni las vieron ni se presentó ningún «grupo de chicos» a reclamarlas. Arnau quedó con Pol, la pareja de su tío Jordi, para ir a nadar a las ocho y media de la mañana; según él, la mejor hora, cuando la playa está vacía y el mar es como una balsa de aceite. Dio las buenas noches, se fue a su habitación, encendió el ordenador y se puso a ver un capítulo de una serie que había empezado en Barcelona.

* * *

La primera vez que Arnau vio a Eli fue regresando de nadar al día siguiente. Se la encontraron en la acera de delante de su casa y Pol los presentó. Eli, igual que ellos, iba solo con el bañador y llevaba una toalla alrededor del cuello. Calzaba unas chancletas y tenía el pelo recogido en una cola alta. Les dijo que iba a nadar un rato y comentaron cómo estaba el agua. Arnau le preguntó qué curso hacía y ella le contestó que había acabado primero de bachillerato.

—Como tú —dijo Pol—. Tendréis la misma edad.

Eli precisó que seguramente no, porque ella iba un curso retrasada.

—¿Has repetido algún año? —preguntó Arnau.

—No exactamente —respondió ella, de manera críptica, y dio por zanjado el tema.

—¿No van a nadar contigo las chicas? —quiso saber Pol.

—¡Qué va! Ellas prefieren dormir.

Mientras desayunaban con sus padres y con Jordi, Arnau le preguntó a Pol por Eli y si sabía por qué había perdido un curso, pero este le dijo que no tenía ni idea, que apenas la conocía. La semana anterior habían ido todos juntos al cine, en El Vendrell: las hermanas siempre se apuntaban con Pol y Jordi cuando se trataba de ir a ver una peli, porque ellas ni tenían coche ni edad para conducir. Pol contó que Eli le había parecido extrovertida. Sabía que vivía en Barcelona y que era compañera de instituto de la mayor. También se había enterado, por indiscreción de Eva, que los padres de Eli le habían dado dinero a Marta, la madre de las hermanas, para compensar los gastos por mantener a su hija como invitada un mes entero en Sant Salvador. «Los padres de Eli no tienen problemas de pasta —había dicho Eva—, sino más bien problemas de agenda. No tienen tiempo para estar con su hija». Eli, al parecer, no confirmó ni negó nada. Según opinó Jordi, había sido un comentario fuera de lugar. ¿Qué les importaba a ellos si los padres de Eli pagaban o no su estancia con la familia vecina?

Esa misma mañana, a eso de las doce, las vecinas, acompañadas de Eli, llamaron a la puerta para saludar a Arnau e invitarlo a ir a la playa. Se puso el bañador, cogió una toalla y se fue con ellas.

Estuvieron dos horas sentados en la arena y bañándose de vez en cuando. Hablaron sin parar de anécdotas de sus cursos respectivos y de los viajes que habían hecho. Arnau se fijó en que Eli no llevaba un bañador de natación, como por la mañana, sino un bikini de colores fluorescentes que le resaltaba el moreno de su piel. También se fijó en que tenía un tipo perfecto, el pecho de la medida que a él le gustaba y una cara graciosa llena de pecas de color avellana. Hablaron más las hermanas que ella, sobre todo Eva. Y como ya había notado el año anterior, más de dos veces pilló a Esther, que era dos años más joven, mirándolo con descaro.

Por la tarde, después de comer en la terraza, Arnau se echó una siesta. Luego, estuvo leyendo un rato y vio un nuevo episodio de su serie. No le había apetecido acompañar a sus padres y a sus tíos a visitar unas cavas cercanas.

Hacia las siete, Eva le envió un wasap proponiéndole ir a cenar una *pizza* esa noche. Él aceptó, les contó el plan a sus padres cuando regresaron y a las nueve salió para esperar a las chicas en la plaza de las palmeras. Allí conoció a los otros chicos con los que habían quedado, Marc, Artur y Joan, los tres de Vilafranca. Eli estaba guapísima, con una minifalda de color blanco y una camiseta sin mangas. Fueron hasta el Pizza Metro, donde compartieron la *pizza* más grande que Arnau había visto en su vida. Después de cenar, confirmó que él y Eli eran los dos únicos que no estaban pendientes del móvil todo el rato, así que se sentaron juntos para charlar. Así se enteró de que el padre de Eli trabajaba para una multinacional danesa que lo obligaba a permanecer fuera de Barcelona muchos días a la semana. Su madre tenía una tienda de ropa pija, «muuuy pija», precisó ella, que incluso organizaba eventos y desfiles en

Barcelona. Muchos días ni veía a sus padres; después de clase iba a comer con sus abuelos y por la tarde regresaba a su casa para estudiar o dedicarse a sus aficio nes.

—¿Como cuáles? —quiso saber Arnau.

—Los lunes voy a inglés. Me estoy sacando el *First*. Y martes y jueves voy a clases de danza contemporánea. ¿Sabes qué es?

—Sí, me lo imagino. ¿Quieres ser bailarina?

—No lo sé. Pero me gusta moverme y expresarme con el cuerpo. No son las típicas coreografías de TikTok. Es algo más… artístico. Y a ti, ¿qué te gusta hacer?

—Me encanta el cine —dijo después de una pausa—. Bueno, más que el cine en general o más que las imágenes en sí, me fijo en cómo están narradas las historias. Me gusta analizar los guiones, el orden en el que se presentan las escenas… No sé si me explico.

—¿Te gustaría ser guionista?

—Para realizar guiones se tiene que saber escribir muy bien, y a mí me cuesta hacerlo. Lo intento, pero nunca estoy satisfecho del todo con el resultado. En el insti nos hablaron de los *storyboards*, que es una forma de contar los guiones con imágenes. El problema es que tampoco domino el dibujo…

Al salir de la pizzería fueron todos a la playa. En la orilla, lejos del paseo, estaba muy oscuro. La luz de la luna convertía la arena en plata y otorgaba a las pieles de los jóvenes un tono metalizado. Allí Arnau descubrió por qué el bolso de Eva parecía pesar tanto: llevaba una botella de ginebra y otra de tónica, además de un montón de vasos de cartón apilados.

Dos de los chicos sacaron paquetes de cigarrillos y se pusieron a fumar mientras Eva servía los combinados. Contaron más anécdotas,

hablaron de música, de la superada pandemia de COVID y de personas que Arnau no conocía. De vez en cuando, observaba que Eli lo miraba con complicidad y le sonreía. Era una forma de mirarle muy diferente a la de Esther, que no le quitaba los ojos de encima y que finalmente se sentó a su lado.

—Este invierno me he acordado muchas veces de ti. Tenía ganas de volver a verte —le dijo con un vaso de *gin-tonic* en la mano—. Pensaba que me daría vergüenza decírtelo, pero ya ves, resulta que no. —Se rio—. Quería preguntarte si sales con alguna chica en Barcelona.

—¿Por qué lo quieres saber?

—No soy celosa —dijo.

Arnau miró a Eli, que sonreía y negaba con la cabeza adivinando la situación. Arnau le devolvió la sonrisa y abrió mucho los ojos como diciendo «Dios mío…». Este intercambio gestual se produjo durante los segundos en que Esther se dedicó a dar un largo trago que debió de darle seguridad, porque a continuación se acercó aún más a Arnau y se atrevió a apoyar su cabeza en su hombro. Eli se tapó la cara con las manos, muerta de risa. Arnau optó por ponerse de pie, dijo que tenía que ir a mear y abandonó el grupo. Cuando volvió, se sentó junto a Eli y recibió una mirada furibunda de Esther, que optó por estirarse en la arena.

—Las hermanas tienen ganas de guerra —murmuró Eli señalando con un gesto de la barbilla a Eva, que se estaba besando con Joan, el de Vilafranca.

Regresaron andando descalzos por la orilla del mar. Todavía estuvieron charlando un buen rato sentados en la plaza de las palmeras. Luego, los chicos se despidieron hasta el día siguiente y

ellos cuatro caminaron los pocos metros que separaban la plaza del bloque de pisos donde se alojaban. Eva obligó a Esther a meterse un chicle de menta en la boca y ella hizo lo mismo.

—A veces mi madre todavía está despierta y no quiero que note el aliento a alcohol —explicó—. ¡Y tú mastícalo bien —le ordenó a su hermana—, que te has bebido dos *gin-tonics*, ¡uno tras otro!

Se dieron las buenas noches en el rellano del segundo, el piso de los tíos de Arnau. Él captó una sonrisa cómplice en los ojos de Eli.

En casa del joven todo el mundo dormía. Antes de apagar la luz, se entretuvo intentando escribir mentalmente la secuencia de aquella primera noche junto a la que podría ser, pensó, la mujer de su vida.

2

Pol estaba a punto de salir de casa cuando Arnau se le acercó. Iba en bañador y llevaba la toalla al hombro.

—Pensaba que hoy no vendrías a nadar. Debiste de llegar tarde ayer.

—Me he puesto el despertador.

La playa era muy diferente a primera hora de la mañana. Pol decía que no parecía el mismo lugar. Casi no había nadie: alguna pareja de jubilados, algún nadador esporádico… El sol ya calentaba bastante y la temperatura era agradable. El mar estaba plano y solo se insinuaba el posterior oleaje que, casi a diario, dificultaba la natación en aquella zona a partir del mediodía.

Pol iba a nadar cada mañana cuando estaban en Sant Salvador. Se levantaba temprano, se ponía el bañador e iba directo al agua. Se alejaba unos metros de la costa y después nadaba en paralelo a la orilla, un kilómetro aproximadamente, en crol a la ida y de espaldas a la vuelta. Arnau se unió a la misma rutina. Cuando acabaron, se quedaron todavía unos diez minutos con el agua hasta las rodillas, conversando como lo harían dentro de una bañera.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro. ¿Qué pasa? —quiso saber Pol, intrigado.

—¿Cómo supiste que Jordi era el hombre de tu vida?

Pol rio.

—Me parece que la pregunta está mal formulada o contiene un error.

—¿Cuál?

—Pues que yo nunca he pensado que Jordi sea el hombre de mi vida. Es la persona que me acompaña en mi vida desde hace un montón de años, eso sí. Pero en ningún momento he pensado que fuese él porque estaba predestinado a serlo. En mi opinión, ese tipo de ideas no hacen ningún bien a las relaciones. Jordi es y será el hombre de mi vida mientras la vivamos juntos, a gusto, sin obligarnos a nada.

—¿Quieres decir que es temporal? ¿Que no va a durar para siempre?

—Eso ni lo sé yo ni lo sabe él. Por ahora nuestra relación funciona, lo compartimos todo. Pero si un día se tuerce o si ya no nos aporta nada estar juntos… Bueno, ya ves: no creo en esas cosas de para toda la vida… ¿Por qué lo preguntas?

Arnau se echó agua por la cabeza retirándose el pelo hacia atrás. Después, procurando superar la vergüenza, se sinceró:

—No lo sé… Ayer tuve como un presentimiento, algo que no había sentido antes.

—¿Qué fue?

—Que Eli, la amiga de Eva, podría ser mi pareja perfecta.

—Ahí es nada, tío. ¡Y eso conociéndola ayer! Así que hubo química entre los dos, ¿eh?

—Sí. Por mi parte sí, al menos. Solo charlamos, pero antes de dormirme pensé lo que te he comentado, que me gustaría que fuera la mujer de mi vida.

—Te aconsejo formularlo de otra manera: que te gustaría que Eli formara parte de tu vida. Es más sensato y más realista.

—Quizá sí.

—¿Y te atrae físicamente o su manera de ser? ¿O las dos cosas?

—Sí, ¡todo el conjunto! —Rio Arnau.

* * *

Era el cumpleaños del padre de Arnau y los invitó a comer a un restaurante, el Vil·la Casals. Jordi había hecho la reserva con bastante antelación, porque en verano siempre estaba lleno, sobre todo los fines de semana, pero también los demás días. Comieron un arroz buenísimo y brindaron con cava. Arnau miraba el móvil a cada rato para saber qué hora era: tenía ganas de que llegara la tarde. Estaban tomando el postre cuando le llegó un wasap inesperado de Esther:

Vienes a bañar*te? Tú y yo solos. Soy Eli. Te escribo desde el móvil de Esther*.

¿Era una broma? ¿Era de verdad Eli? ¿Por qué demonios usaba el móvil de Esther? ¿Y nadar solos, sin las hermanas? Tecleó:

Eres realmente Eli?

Y la respuesta fue:

Sí, guionista!

Arnau decidió jugar sus cartas:

OK! Dónde quedamos? Cuándo?

No podía apartar los ojos de la pantalla esperando recibir la contestación.

—Deja el teléfono, Arnau —le pidió su madre—. Es cosa de la edad —explicó dirigiéndose a los demás—. Hasta hace poco pasaba bastante del móvil, pero ya me lo advirtieron: a partir de los quince, es otra historia.

—Voy a cumplir diecisiete, mamá —replicó él, sin levantar la vista del teclado.

—Pues a mí me habían dicho a los quince. Debes de ir con retraso.

Por fin, dos minutos después, leyó:

En la plaza, en un cuarto de hora…

Inmediatamente algo incontrolable lo sacudió por dentro, no podía estarse quieto. Se levantó de la silla, cogió sus gafas de sol, que estaban encima de la mesa, y se acercó a su padre. Le dio un beso mientras le decía:

—¡Feliz cumpleaños, papá! —Luego, le guiñó un ojo a Pol y se despidió de los demás—: Me voy.

—¿Qué quiere decir que te vas? ¿Adónde vas? —preguntó su tío Jordi, y miró a su hermana, que puso cara de resignación—. ¡Si aún no hemos tomado ni el café!

—Me voy —repitió él cuando ya estaba en el exterior y echaba a correr por el paseo en dirección a casa.

Subió los peldaños de dos en dos, entró en su habitación, se puso el bañador y, sin coger ni la toalla, salió pitando hacia la plaza. Eli lo esperaba sentada en un banco a la sombra.

—¿Adónde va el guionista con tanta prisa?

Él frenó en seco y no pudo reprimir una primera pregunta espontánea:

—¿Y las hermanas?

A Esther la habían castigado sin salir en todo el día. A las tres de la madrugada había empezado a vomitar de manera escandalosa, lo que despertó a su madre. El copioso vómito no solo echaba peste a alcohol, sino también a tabaco. Por la mañana Eva había intentado justificar a su hermana diciendo que habían estado celebrando el cumpleaños de Joan y que habían bebido un *gin-tonic*. Fue peor. Su madre le reprochó que, siendo ella la mayor, tenía que ser responsable de su hermana; que de hecho las dos eran menores y no podían beber alcohol, pero que ella tenía dos años más y su obligación era velar por Esther.

—Total, que a Eva su madre no la ha castigado, pero la ha obligado a acompañarla al súper y no sé adónde más y se han ido. Esther todavía está en la cama, ni siquiera ha comido. ¿Y qué iba a hacer yo? Pues he pensado que me apetecía ir a bañarme contigo. Le he pedido si podía enviarte un mensaje desde su móvil. ¿Te ha molestado?

—¡Qué va! Estaba en casa, muerto de asco —mintió.

—¿Ya has ido a nadar hoy?

—Sí. Pero no me importa volver. Si te apetece nadar, claro.

* * *

Arnau ayudó a Eli a extender su toalla en la arena. Después estuvieron hablando con el agua mojándoles los pies y al final nadaron un rato. A Arnau le parecía maravilloso ver emerger la cabeza mojada de Eli, con el cabello y la piel brillantes. Las gotas rodaban por sus mejillas y algunas se perdían en su boca, que mantenía abierta en una sonrisa. Era una visión resplandeciente y le

transmitía felicidad. Si alguien, en aquel instante, le hubiera preguntado: «¿Cómo te encuentras ahora mismo?», él hubiera respondido: «Feliz». Así de simple. Aquella chica le parecía bellísima e inteligente. Era la primera vez que se sentía tan seguro de sus sentimientos. No tenía dudas; estaba convencido de que no se equivocaba; que lo que experimentaba en compañía de Eli no era un espejismo ni una ilusión. Todo era real, auténtico, todo era de verdad. Sin trampas.

En un momento dado, cuando volvían nadando a braza hacia la orilla, Arnau captó en su retina una imagen que, sin lugar a dudas, iría en el *storyboard* que preparaba: la frente de la chica, el pelo mojado a ambos lados y los ojos de Eli mirándolo fijamente. Tenía medio rostro sumergido, de la nariz hacia abajo. El pelo oscurecido por el agua se abría a su alrededor como los tentáculos de una medusa. El sol de la tarde hacía brillar la escena y todo estaba rodeado de silencio.

—Te haría una foto ahora mismo —dijo él.

Bajo el agua, ella contestó algo ininteligible y solo unas cuantas burbujas le aparecieron alrededor de la nariz.

Aquella tarde, tumbados en la arena, habló más él que ella. Le explicó la historia de su vida, le habló de su familia y de sus amigos. Eli lo escuchaba con interés y, de vez en cuando, lo interrumpía para hacerle una pregunta o un comentario. Quizás estuvieron una hora. Después llegó Eva, que los iba llamando mientras se les acercaba con las chanclas en la mano y un capazo colgado del hombro del cual sobresalía la toalla. Les comentó que se había imaginado que estarían en la playa y les llevaba una bolsa de Cheetos y una lata de Coca-Cola. Les hizo un resumen de cómo había ido la tarde con su

madre, les anunció que había quedado por la noche con los vecinos de la calle de más arriba, que tenían amigos invitados, y que estaba segura de que su madre acabaría perdonando a Esther y que, si se encontraba bien, la dejaría salir, al menos un rato.

En efecto, cuando después de cenar Arnau pasó a buscar a las vecinas, que habían quedado a las once en la plaza, salieron las dos hermanas y Eli. Eva estaba espectacular. Se había pintado los labios y lucía unos aros dorados enormes en las orejas. Arnau supuso que se había arreglado así para Joan; pero comprobó que aquel día no tocaba tontear con Joan, sino con otro chico, uno de los nuevos: uno alto que parecía mayor que los demás. Cuando se reunieron todos, el número de jóvenes casi triplicaba el del día anterior y se tiraron un buen rato presentándose, con apretones de manos o besos en las mejillas, e intentando decidir qué hacían y adónde irían. Al final echaron a andar por el paseo, sin rumbo.

Todo eran risas. La mayoría llevaba los móviles en la mano con las pantallas iluminadas. Fue entonces cuando Arnau se percató por primera vez de que Eli no solo no lo llevaba aquella noche, sino que no la había visto con ningún móvil desde que se habían conocido el día anterior.

—No eres de mirar mucho el móvil, ¿no? —le preguntó cuando consiguió ponerse a su lado.

—No. No tengo móvil.

—¡No me lo puedo creer! ¡Todo el mundo tiene uno! ¡Y todo el mundo está enganchado a él!

—Pues ya ves… Yo soy diferente… —Sonrió.

A pesar de que estuvieron hablando sobre cosas intrascendentes durante el paseo y se les acercaban de vez en cuando chicos y

chicas para añadirse a la conversación, Arnau no se quitaba de la cabeza el tema del móvil. ¿Cómo podía vivir alguien tan joven sin consultar el móvil? ¿Cómo hacía para escuchar música, ver vídeos o enviar wasaps? Para él era inimaginable no tener todo el tiempo conexión a la red.

—¿Y lo haces por algún motivo especial? Lo de no tener móvil, quiero decir —le soltó de golpe.

Eli lo miró fijamente un segundo, sin dejar de andar, y tras comprobar que no los escuchaba nadie, se limitó a decir:

—Te lo contaré en otro momento.

Como acostumbra a pasar en las quedadas multitudinarias, hubo disparidad de opiniones a la hora de apostar por un local u otro. Unos no querían ir a ningún local: solo sentarse juntos en la arena para charlar y reír sin que nadie les llamara la atención. Entre los partidarios de este plan estaban los de Vilafranca, que llevaban botellas de alcohol y refrescos y un montón de vasos de cartón comprados en el bazar chino de Coma-ruga. Arnau observó entonces que Eva había empezado a enrollarse con el chaval alto, que era de Barcelona, delante de Joan, el del día anterior, pero este no hizo ni siquiera el gesto de extrañarse.

—No me apetece estar aquí con todos —le dijo Eva a Eli—. ¿Y si nos vamos los cuatro al chiringuito a tomar una copa? —Y Arnau entendió que le incluía a él—. ¿Tenéis pasta para una cerveza o un mojito?

Arnau y Eli asintieron.

—Raúl es mayor de edad y colará. No nos pedirán el carnet a todos —añadió.

Luego, le dijo a su hermana que ella se iba con Raúl, Arnau y Eli a tomar algo por su cuenta y que tuviera cuidado con la bebida, para no tener de nuevo problemas en casa.

—Bastante me ha costado convencer a mamá de que te dejara salir hoy después de lo de ayer —concluyó.

—Arnau, ¿tú no prefieres venir con nosotros a la playa? —dijo Esther decepcionada, preguntándose si Eli era una contrincante.

—Arnau y Eli vienen con nosotros —zanjó Eva dando la conversación por finalizada.

En el chiringuito no les exigieron los carnets y los cuatro se sentaron con sus bebidas alrededor de una mesa baja. Se descalzaron enseguida para dejar los pies desnudos en la arena. Eva y Raúl ni se esforzaron en sacar un tema de conversación: juntaron sus bocas y se dedicaron a morrearse, parando solo para succionar de vez en cuando con la pajita sus respectivos mojitos.

—Me tienes que contar por qué no tienes móvil —le recordó Arnau a Eli.

—Tuve un susto. Y he optado por no tenerlo, como terapia.

—¿Qué tipo de susto?

La joven, antes de responder, dio un trago a su combinado.

—Acoso. Un zumbado que me perseguía. Me puse tan nerviosa que perdí el norte. No fue fácil, pero lo superé.

Arnau se quedó mirándola sin saber cómo reaccionar o qué decir.

—¿Te acosaron a través del móvil? —se atrevió a preguntar

—Por las redes, el móvil… y al final en persona. Por eso lo pillaron.

—¿Quién lo pilló?

—La policía.

—¡Qué fuerte!

—No me apetece hablar de eso ahora, Arnau. Estoy bien, tomándome una copa, superrelajada. Y de vacaciones. No, definitivamente no quiero hablar de ese tema ahora.

—¡Me queda claro, por supuesto, perdona!

—¡No hay nada que perdonarte, tranquilo! —Rio, y se quedó mirando a Eva y a su ligue, que tenían aún las bocas enganchadas —. ¿Has visto a esos dos? ¿Tú has besado alguna vez de una forma tan apasionada?

Arnau notó que se sonrojaba y confió en que en la oscuridad quedaría disimulado. «¿Por qué pregunta eso? —se dijo—. ¿En plan burla?». No sabía si debía contestar con la verdad o con un tono de broma. Optó por no decir nada, abrió mucho los ojos y asintió.

—Uf, claro —dijo ante el silencio de Eli, que continuaba mirándolo.

—¿Lo has hecho o no? —insistió ella.

—No lo sé, quiero decir que…, depende, ¿no?

—¿Qué quiere decir «depende»?

—Quiero decir… que sí, que he besado así, pero sin…, sin pasión… Vaya, lo hice una vez, pero de manera mecánica…

—¿Sin sentir nada?

—Exacto. Sin sentir nada por dentro. Solo la sensación física, claro.

—Sin sentimiento.

—Eso es, sí. Sin sentimiento.

Eli asintió y dio un trago.

—¿Y tú? —quiso saber él.

—¿Con sentimiento o sin? —dijo, divertida, pero no respondió a su pregunta.

* * *

Cuando más tarde se reunieron con la pandilla en la playa, lo primero que hizo Eva fue comprobar el estado de su hermana y le preguntó si se había portado bien. Esther, con cara de pocos amigos, asintió con la cabeza mientras miraba, decepcionada, a Arnau y a Eli, que continuaban juntos, sin sentarse, como sí hicieron Eva y Raúl. En medio del corro que formaba el grupo se esparcían las botellas ya casi vacías y los vasos de cartón.

—¿No te sientas, Arnau? —le preguntó Esther—. Vamos, ven aquí conmigo, que te quiero preguntar una cosa.

—Deja a Arnau en paz, bonita —le advirtió su hermana—. Y pobre de ti como te vea con un vaso en la mano.

Pusieron música. Uno de los chicos llevaba un altavoz portátil y seleccionaba las canciones desde su móvil, todas de reguetón. Algunos se pusieron de pie para bailar y hacer el tonto. Arnau y Eli se sentaron un poco más atrás.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo él.

—A ver…

—Ya sé que no te apetece hablar del tema, pero solo quería saber si que vayas un curso atrasada tiene que ver con lo del acoso que sufriste…

Eli mostró una sonrisa que podía confundirse con una mueca.

—Sí, claro. Estuve un año en terapia. Encerrada. No fui capaz de seguir el curso.

Arnau bajó la cabeza, temía indagar más.

—Lo siento —se limitó a murmurar.

—Es agua pasada. Estoy en el proceso de borrarlo de mi mente —dijo ella—. Pero ¿sabes qué? Que cuando lo tenga superado por completo, podrías escribir el guion para una peli.

Arnau sonrió sin levantar la cabeza.

—¿Y de qué sería la peli? —se envalentonó.

Eli no lo pensó mucho antes de contestar:

—De miedo. Sería un dramón de mierda.

Cuando regresaron a casa por el paseo, ya habían cerrado todos los bares, restaurantes y chiringuitos. La poca gente que había los miraba mal, porque llevaban la música muy alta y algunos cantaban los temas que sonaban a todo pulmón y desafinando. Eran las dos de la madrugada. La mayor parte del grupo se disolvió al llegar a la plaza de las palmeras. Arnau, distraído, observó cómo Eva se despedía efusivamente de su acompañante, que resultó volver a ser Joan, el de Vilafranca, el ligue del día anterior, y no el nuevo. Cuando se quedaron solos los cuatro dirigiéndose hacia su edificio, le ofreció un chicle a su hermana, pero Esther lo rechazó.

—Como vuelvas a montar un número esta noche, mañana no muevo ni un músculo para ayudarte, ¿me oyes?

Eli y Arnau andaban detrás de ellas. De una manera que al chico le pareció tan sutil que le hizo preguntarse si era casualidad, la mano derecha de Eli buscó su mano izquierda. Apenas fue un roce, un leve contacto, pero muy sensual. La mano aventurera se separó enseguida de su hipotético objetivo y Arnau la miró como preguntándole sin palabras si el gesto de aproximación había sido intencionado. Eli se limitó a sonreír.

—Buenas noches, Arnau, que descanses —se despidió Eva en nombre de las tres ya en el rellano de la escalera.

Al joven le costó un buen rato conciliar el sueño. En su mente insomne, pasaban uno detrás de otro en bucle los momentos que había vivido aquella noche junto a Eli. Nunca había sentido algo así. «¿Por qué ahora? ¿Qué diferencia a Eli de las otras chicas que he conocido?», se preguntaba. ¿Por qué ella le había preguntado si había besado antes apasionadamente a otra persona? ¿Había hecho bien él respondiendo la verdad? Sí, se había besado con Martina Planella, una compañera de clase. Besos con lengua. Fue cuando estaba en cuarto de la ESO, antes de Navidad. Un grupo de compañeros y compañeras habían ido a comer al McDonald's. Fue divertido y se habían reído un montón. Al salir del local, Martina le había dicho de golpe que quería confesarle una cosa. «¿Qué?», le preguntó él. «Me gustas», le había contestado ella. Luego, todo pasó muy deprisa. De pronto estaban en casa de Martina. «Mis padres no llegarán hasta esta noche, están en Francia», le había dicho. Y allí, junto a un árbol de Navidad adornado con bolas y luces, Arnau había experimentado un intenso deseo. Se le acercó con temor a ser rechazado, pero Martina no solo no lo rechazó, sino que se mostró más que dispuesta a besarlo.

Tal y como le había contado a Eli unas horas antes, ese beso existió. Y fue largo, y húmedo, y se repitió durante la hora siguiente. Arnau recordaba haber estado a gusto en la boca de Martina y sentir una excitación especial. Todo era nuevo, se sentía mayor de golpe. Ella olía bien, sabía bien… Y, sin embargo, lo que Ar nau sentía ahora, despierto y con los ojos bien abiertos, en la cama de la casa de sus tíos en Sant Salvador, era infinitamente más fuerte que lo que vivió con Martina aquella tarde. ¡Y eso que con Eli no había pasado nada! ¡Ni se habían dado un beso en la mejilla!

El chico reconocía que el recuerdo de lo que pasó después con Martina debía de haber influido por fuerza en la sensación rara que le había quedado. Su compañera de clase no contestó a ningún wasap de los que él le envió durante las vacaciones de Navidad y, cuando se volvieron a ver en el instituto, lo saludó con indiferencia. Esa reacción dejó a Arnau descolocado. Un día, a la hora del patio, hizo el intento de averiguar qué ocurría y por qué se comportaba así con él, pero Martina se limitó a pedirle que la dejara en paz. Evidentemente ese final había afectado al recuerdo de aquellos besos y así había tratado de explicárselo a Eli: que la experiencia de besar había sido algo puramente físico, mecánico. Aun así, antes de besar a Martina sí había sentido unas ganas locas de hacerlo. ¿Se había imaginado también que aquella chica de su clase podía ser su compañera para toda la vida?

La verdad era que no. Le dio la risa solo de imaginarlo. ¿Cómo iba a pensar que aquella chica que se sentaba dos filas por detrás de él en el aula, sin más cosas en común, fuera la mujer con la que compartiría su futuro? ¡Por favor! ¡Qué sandez! En cambio, Eli… Había sido totalmente sincero aquella mañana con Pol: a pesar de que acababa de conocerla, a pesar de que tres días antes no tenía ni idea de la existencia de esa persona, ahora solo podía imaginarla a su lado para siempre. Ahora la vida, sin Eli, no tenía sentido.

Y ni siquiera podía escribirle un wasap… Porque no tenía móvil. Porque algo muy grave le había pasado hacía unos años. O unos meses. O unas semanas… Arnau se angustió al comprobar que, realmente, sabía muy poco de la vida de la chica que le tenía robado el corazón.

«Pero tengo la esperanza de que un día se sincerará conmigo y me contará todo lo que no sé de ella. Si hasta me ha sugerido que podría escribir un guion de su experiencia. Y eso quiere decir que, tarde o temprano, piensa contármelo. Y, si lo hace, es que confía en mí. Sería muy fuerte que mi primera película saliera de esta historia…», y con esos pensamientos, se quedó dormido.

3

Esa mañana Arnau no se había puesto el despertador. Cuando se levantó, pasadas las diez, Pol ya había regresado de nadar, y todos estaban terminando de desayunar en la terraza.

—Y tú… ¿a qué hora volviste anoche, si puede saberse? —le preguntó su madre.

—Tarde.

—Ya me imagino que tarde, porque estuvimos despiertos viendo una película hasta la una y media de la madrugada. ¿Y hoy el señorito tiene planes? Queríamos proponerte uno nosotros.

—¿Cuál?

—Primera parte a nuestro gusto y segunda parte para ti. Así, todos contentos.

—¿Cuál es el plan? —repitió el joven mientras se servía un café con leche.

—Como regalo de cumpleaños —habló su padre—, pedí volver a visitar el monasterio de Poblet. Hace siglos que no he ido, creo que desde el colegio. Y aprovechando la visita, podríamos comer por la costa y pasar luego la tarde en Port Aventura.

—Esa es la parte dedicada a ti —puntualizó su madre.

Arnau había ido un montón de veces de pequeño a Port Aventura y siempre se lo había pasado genial. No se cansaba de subir a las

atracciones. Y aunque ya no fuera un niño, la ilusión volvió a brillar en sus ojos. Su madre se dio cuenta enseguida.

—Esta parte del plan mola, ¿eh?

De repente, él tuvo una idea.

—¿Habría sitio en el coche para una persona más?

Sin embargo, mientras formulaba la pregunta, calculó mentalmente las plazas disponibles: sus padres, sus tíos y él, o sea cinco, o sea completo.

—Mira por dónde estás de suerte, chaval —dijo Jordi—. Tenemos que ir en dos coches. Yo he de regresar por la tarde para atender una reunión *on line*, así que no iré con vosotros al parque de atracciones.

Arnau se ilusionó con la posibilidad de invitar a Eli. El problema era cómo proponerle solo a ella la excursión, sin incluir a las dos hermanas, si no podía hacerlo por el móvil.

—Subo un momento a la casa de las vecinas —anunció.

—Las tres no caben en el coche, ¿eh, Arnau? Recuerda que de regreso solo dispondremos de un vehículo.

—Sí, sí, solo una plaza —dijo mirando a Pol con complicidad.

Salió del apartamento deprisa y sin ninguna idea preconcebida, aunque, mientras subía los peldaños, pensó que ojalá Esther hubiera vuelto a vomitar de madrugada y su madre hubiera castigado a las dos hermanas sin salir.

—¡Buenos días, Arnau! —Le abrió Eva—. ¿Vas ya a la playa?

—No, no. ¿Qué tal ha pasado la noche tu hermana?

—Bien. ¡Pobre de ella, si no! La habría crucificado. Venga, entra. Estamos desayunando en la terraza.

Marta, su madre, estaba ordenando la casa y lo saludó. Esther y Eli todavía iban en pijama. Estaban sentadas a la mesa ante unas tazas de café con leche y unas rebanadas de pan. Esther llevaba las gafas de sol puestas.

Arnau tragó saliva y se lanzó a improvisar…

—Venía porque a mi tío Jordi le han regalado cinco pases para Port Aventura, pero al final le han puesto una reunión importante y, como ayer fue el cumpleaños de mi padre, pues le hace ilusión y… Total, que nos sobra una entrada y una plaza en el coche… Y he pensado que a lo mejor Eli no ha estado nunca y le apetecería venir… Digo, como no veranea aquí…

Las tres chicas se quedaron observándolo con cara de no haber entendido bien lo que, tartamudeando y nervioso, les había contado. Luego, las dos hermanas miraron a Eli, que no dijo ni palabra.

—Solo era una propuesta… Ya sé que sería mucho mejor ir todos y poder invitaros a las tres, pero es lo que hay y…

—¿No te habíamos dicho que hoy vienen los padres de Eli? —le preguntó Eva. Y enseguida se dirigió a su amiga—: ¿Tú no se lo comentaste ayer?

Arnau se quedó sin habla. No solo su plan se iba a pique, sino que también le dolió que Eli no le hubiera hablado de la visita de sus padres a pesar de haber estado charlando con ella tanto rato la víspera. Desorientado y decepcionado, un pensamiento le cruzó la mente: «¿Vendrán a buscarla para llevársela?».

—No, no se lo conté, se me pasó —se excusó la chica.

—Llegarán a la hora de comer —añadió Eva dirigiéndose a Arnau —. Vienen solo a pasar el día.

—Ah, vale, entonces nada…

Arnau sentía una rabia feroz y unas ganas terribles de huir de aquella casa.

—¿Y cuándo os vais? ¿Por la tarde? Ahora debe de hacer mucho calor… —dijo Esther.

—Primero iremos a Poblet, a visitar el monasterio. Después a comer y a media tarde nos acercaremos al parque de atracciones. Salimos dentro de un rato.

—¿Ypor la noche estarás aquí? —preguntó Eva—. Hemos quedado con Joan y la pandilla.

Eli no dijo nada.

Cada vez más furioso, Arnau se despidió a la carrera de las chicas argumentando que tenía prisa. Bajó las escaleras como si las piernas le pesaran y abrió la puerta del piso con su llave. Los adultos ya habían empezado a organizar la salida y Pol acababa de lavar los platos del desayuno.

—¿Al final se apunta Eli? —le preguntó en cuanto él entró en la cocina.

—No, no puede. Hoy vienen a verla sus padres.

Se cambió las chanclas por unas zapatillas de deporte, cogió los auriculares y la cartera, y se reunió con su familia para salir. Justo cuando su tío cerraba la puerta y él ya estaba en las escaleras, oyó unos pasos de alguien que bajaba del piso de arriba.

—¡Eh, Arnau! ¿Continúa en pie la invitación? Mis padres al final no vienen.

El chico comprobó cómo una decepción inesperada se transformaba en una alegría desbordante en cuestión de segundos.

Eli no hizo ninguna observación cuando descubrió que iban en dos coches. Aun así, Arnau se apresuró a explicarle que Jordi volvería en

el suyo por la tarde porque tenía trabajo.

—Por eso después tendremos solo un coche y no había sitio para Eva y Esther.

Ella tampoco comentó nada al respecto. Se montaron con los padres de Arnau, en los asientos posteriores, y durante el viaje, estos le fueron preguntando cosas a Eli, que ella respondía con amabilidad, aunque Arnau se dio cuenta de que algunas de las apreciaciones que hacía no eran exactas o que escondía parte de la información que él sabía. Pasó de puntillas, por ejemplo, por temas como su retraso en los estudios o el trabajo de sus padres.

En el Citroën, Arnau volvió a experimentar la sensación de que los dedos de Eli buscaban los suyos. Miró sus manos, la de ella y la suya, una junto a la otra en el asiento. Eli continuaba conversando con los padres de Arnau y respondía a las preguntas o comentarios que le hacían, pero sus dedos parecían empeñados en vivir una aventura por su cuenta: se acercaban a los de Arnau, los tocaban; se quedaban un rato allí, tanto que el chico la miraba fijamente esperando una señal, visual o táctil, para dar un paso más y apretarle la mano, pero entonces ella o sus dedos cambiaban de idea y se retiraban. Aquel juego duró todo el trayecto.

En Poblet habían quedado con un conocido de Jordi que les haría de guía en el monasterio. Lo esperaron tomando un café.

—Me alegro de que tus padres hayan cambiado de idea en el último momento —le susurró Arnau a Eli durante la visita; atravesaban uno de los claustros y caminaban unos metros por detrás de la comitiva de los adultos—. Me hacía mucha ilusión que pasáramos el día juntos.

—Mis padres suelen hacer eso de cambiar los planes a última hora. Sobre todo cuando esos planes tienen que ver conmigo.

—Vaya. Lo siento.

—Pasan bastante de mí. Qué le vamos a hacer.

—Lo siento —repitió el chico.

Entonces y por primera vez, Eli entrelazó los dedos con los de Arnau, sin disimular. Él se quedó sorprendido unos segundos; la miró a los ojos y vio que ella le sonreía, así que le apretó con fuerza la mano, sin temor a que sus padres se diesen la vuelta y los vieran andar como si fueran una pareja.

—Te he mentido —dijo Eli de repente—. En realidad, he sido yo quien ha llamado a mis padres y les he pedido que no vinieran. A mí también me hacía ilusión pasar el día contigo.

* * *

Comieron en Salou, en un restaurante que les gustaba a Pol y a Jordi. Durante la comida, Eli participó en la conversación mucho más de lo que lo hacía habitualmente Arnau, y los mayores, en un momento u otro, lo celebraron.

—Eli, admito que no tengo demasiado contacto con gente de vuestra edad —confesó la madre de Arnau—, salvo con mi hijo, y por eso pensaba que todos erais como él, o sea, callados, ensimismados y solo preocupados con vuestras historias de adolescente. ¡Más cerrados que una ostra! Te pido perdón por mis prejuicios.

—Bueno, la verdad es que yo en casa, con mis padres, tampoco suelo hablar mucho…

—No intentes justificarlo, cariño —la acalló la mujer riendo—. ¡Sé cómo es mi hijo!

Tomaron café en la terraza del mismo restaurante y Jordi se despidió del grupo para volver a Sant Salvador.

En el trayecto hasta el parque de atracciones Eli y Arnau ni se rozaron, porque Pol iba sentado en la parte trasera con ellos. Sin embargo, nada más montarse en el Furius Baco, retomaron el juego de las manos enseguida. Nadie había querido subir con ellos.

—Busquemos alguna atracción que no libere tanta adrenalina. O podemos sentarnos en una terraza a tomar una caña —propuso Pol.

—¡Por mí, perfecto! —se sumó la madre de Arnau—. Prefiero mil veces marearme con un *gin-tonic* que no sacar hasta la primera papilla por culpa de esos *loopings*.

—Vosotros pasáoslo bien —los animó el padre.

Cualquiera hubiera dicho que Arnau y Eli eran una joven pareja de enamorados haciendo cola para subir a la montaña rusa. Agarrados de la mano, se miraban a los ojos sin hablarse. Y el silencio no era incómodo, sino al contrario. Arnau se sentía eufórico: estaba siendo un día perfecto. Todo se desarrollaba de manera natural, sin forzar nada; todo era sencillo y fácil.

Cuando se bajaron, habían disfrutado tanto de la emoción que aún se subieron a unas cuantas atracciones más y pasearon de la mano por la zona del Far West, antes de llamar a los padres de Arnau para saber dónde estaban. Comenzaba a ponerse el sol cuando se montaron todos juntos en el Tutuki Splash.

—Ahora solo me falta quedar empapada de arriba abajo antes de coger el coche… —se lamentó la madre de Arnau.

—¡No seas aguafiestas, mujer! —la amonestó su marido.

Oír la risa de su madre mientras la barcaza caía por la pendiente aumentaba la felicidad del momento que Arnau vivía. Él también se hartó de reír viéndola con el pelo mojado y chillando como una cría. Y se sumó al complot de su padre por convencerla para que todos se subieran al Dragon Khan como fin de fiesta.

—¿Os habéis vuelto locos o qué? ¡Esa montaña rusa parece salida de una pesadilla!

—Venga, cariño, ¡que un día es un día! —insistió su esposo.

—¡Nunca me he montado en un artilugio así! ¡Nunca jamás! ¡Me estremezco solo de pensarlo!

—Pero si no pasa nada. Es solo subir y bajar —la calmó Pol—. Y a esta hora ya no hay apenas cola…

Y al final la convencieron.

—Temo que voy a arrepentirme toda la vida —masculló aún mientras, sentada entre Arnau y Pol, se aferraba con todas sus fuerzas al arnés de seguridad—. ¿Ya es seguro esto? ¿Y si se levanta a la primera de cambio?

Realmente resultó una experiencia traumática para la madre de Arnau, que la oyó chillar como una posesa durante los minutos que duró el viaje.

—¡Abre los ojos, mamá! ¡Mira cómo se ve el mundo cabeza abajo!

—¡¡¡Y una mierda!!! ¡¡¡No pienso abrirlos!!! ¿Dónde demonio me habéis hecho subir, panda de asesinos? ¡¡¡Me las vais a pagar todas juntas cuando estemos en tierra!!! —gritaba como si la estuvieran torturando.

La anécdota del Dragon Khan sería motivo de risas durante días. Y encima Pol compró las fotografías que les habían tomado en pleno delirio como recuerdo. Se las dio antes de entrar al coche, cuando ya

ninguno de ellos podía reír más del dolor de estómago que tenían. En la foto de la madre de Arnau, muerta de miedo y aferrada al arnés, tenía la boca abierta y los pelos electrizados como una bruja.

—¡Os podría denunciar ahora mismo por lo que me habéis hecho! —se quejaba ella—. ¡Todos sabíais que era peor de lo que me decíais! ¡Y tú, Pol, mal bicho, encima has comprado las pruebas de la infamia!

Regresaron cuando ya había anochecido. Mientras los adultos todavía comentaban la epopeya vivida en el Dragon Khan, Arnau y Eli, favorecidos por la oscuridad, se cogieron de las manos a pesar de que Pol estuviera sentado con ellos. Arnau evocó otro fotograma de su película: el rostro resplandeciente de Eli en la penumbra del coche, feliz de estar donde estaba, de tenerlo a él a su lado con su mano acariciando la suya.

* * *

Arnau acompañó a Eli a su apartamento y Marta les dijo que sus hijas habían salido ya con la pandilla, pero que podían llamarlas para preguntarles por dónde paraban y quedar con ellas. Sin embargo, Arnau le propuso a Eli cenar algo primero con él y su familia, y luego, si les apetecía, salir para reunirse con los otros. Ella aceptó enseguida.

Cenaron como siempre en la terraza. Pol preparó pan con tomate, embutidos y quesos, y sacaron una jarra de gazpacho de la nevera. Mientras intentaban transmitirle a Jordi la experiencia de su hermana en el Dragon Khan y le mostraban la fotografía que lo documentaba, Arnau sintió que Eli formaba parte de su familia: la

incluían en la conversación, le pedían su opinión, reían… Al acabar, los dos jóvenes dijeron que iban a dar una vuelta a ver si encontraban a sus amigos.

Durante el paseo, se quitaron los zapatos y caminaron descalzos por la orilla del mar. Había muchos pescadores nocturnos en la arena y ellos, de nuevo de la mano, agachaban la cabeza cuando pasaban bajo los hilos tensados de las cañas.

—Me gustaría darte un beso, Arnau —dijo Eli.

—¿Un beso con sentimiento o sin? —preguntó él.

—Un beso con sentimiento —contestó ella, y tras una pausa añadió riendo—: Con sentimiento y con lengua.

Se besaron apasionadamente ante el mar. La luna estaba casi llena y se reflejaba en la superficie del agua. «Todo es perfecto», se dijo Arnau. Y no pensó nada más…

Ya en la cama, sin embargo, sí lo hizo; le dio tantas vueltas a todo que acabó haciéndose demasiadas preguntas. ¿Quizás todo había sido demasiado sencillo, demasiado fácil? ¿Y si Eli siempre se comportaba así y hacía manitas con cualquier chico? ¿Había sido tan especial para ella como para él? Enseguida se sintió mal de tener aquellos pensamientos. ¿Se estaba comportando como un machista?

* * *

El día en que se iban hacia Barcelona, porque al siguiente a primera hora tomaban un avión, los padres de Arnau propusieron a su hijo invitar a comer a Eli. A los dos les había caído muy bien y repetían a su hijo que les encantaba esa chica y su forma de ser. Y aunque desde entonces los jóvenes habían dejado de esconder su relación

(«¡Un amor adolescente de verano, qué bonito!», llegó a decir su madre), para Arnau era todavía complicado gestionar el tema de las hermanas. Eli se alojaba en su casa. Era un poco delicado, sobre todo para ella, aceptar una invitación personal sin contar ni siquiera con Eva.

—No le veo el problema, Arnau. A ver, nosotros nos vamos y es natural que queramos despedirnos de nuestro hijo, y de su chica.

—Mamá…

—Bueno, díselo como quieras. Pero creo que, tal como están las cosas, ellas lo entenderán perfectamente. A mí, al menos, me lo parece, vaya.

Arnau no estaba tan seguro. Cuando salieron con la pandilla, al día siguiente de la excursión a Port Aventura, Eli y él no habían escondido sus muestras de afecto y habían dejado claro que algo había cambiado entre ellos. A Eva se lo había confesado enseguida Eli desayunando. Sin embargo, ni una ni otra se lo contaron a Esther, que se dio cuenta aquella noche en la plaza, mientras estaban esperando al resto de la pandilla.

La reacción de Esther no les sorprendió demasiado, ni a la reciente pareja ni a su hermana. Sabían que estaba coladita por Arnau, pero solo era una cría y reaccionó como tal: caras largas, silencio, evitando dirigirse a uno y a otra. Eva decidió no hacerle caso.

—Ya se le pasará.

Como Arnau nunca había dado falsas esperanzas a Esther, no se sentía culpable. Sin embargo, Eli se sentía fatal, más que nada porque estaba en su casa, durmiendo en su cama (aquellos días Esther dormía en una cama supletoria en el cuarto que usaban de

despacho), aunque reconocía que no podía hacer nada y que no era culpa suya. La cría tendría que asumir el desengaño. «La vida es como es —pensaba— y todos tenemos que aceptar las cosas tal y como llegan».

Finalmente, Eli fue a comer al restaurante Tama con los padres de Arnau. Brindaron por su viaje y, también, en secreto, por la semana que viviría la pareja sin su presencia en Sant Salvador. Arnau había fantaseado incluso con pedir a Jordi y a Pol si Eli podría quedarse algún día a dormir en su casa. No sabía aún con qué objetivo ni con qué intenciones, pero le reconfortaba la idea de estar con Eli en la terraza hasta tarde, sabiendo que no tendría que marcharse a dormir al piso superior. De momento, no era necesario dar vueltas al asunto. Era una posibilidad. Ya se vería cómo evolucionaba todo.

Después de comer, dieron un paseo. Al regreso, Eli volvió a casa de las vecinas.

—Mis padres vienen mañana. Esta vez sí me he acordado de decírtelo —comentó Eli antes de cruzar la puerta.

—Vaya —se lamentó el chico—, justo mañana, que es el primer día sin mis padres…

—¡Tendremos una semana entera! Y esta noche salimos con la pandilla, ¿no?

Arnau asintió y corrió a despedirse de sus padres, que lo estaban esperando. Por supuesto, le hicieron mil recomendaciones y le dieron un montón de instrucciones antes de subirse al coche y él les aseguró que todo iría bien. Pol y Jordi prometieron comportarse como tutores superresponsables y que no se preocuparan de nada. Jordi abrazó a su hermana con fuerza y le dijo al oído:

—Desconecta y disfruta del viaje, que te lo mereces… Os lo merecéis. Arnau va a estar aquí de maravilla.

Luego, fueron a buscar unas pizzas al Don Vitto y cenaron los tres hombres solos en la terraza. A las once pasaron a buscarlo las vecinas y repitieron el plan habitual: reír, hacer un poco el tonto por el paseo y acabar en la playa bebiendo, charlando y escuchando música. Eli y él se mantenían algo distanciados del grupo y se besaban cuando los otros no los miraban, si bien Arnau interceptó un par de veces la mirada fría y poco amistosa de Esther. Sin embargo, en general fue una noche divertida. Regresó a casa antes de las tres de la madrugada y se puso la alarma del móvil para ir a nadar con Pol.

* * *

A la mañana siguiente, después de nadar y tomar un buen desayuno, Arnau se instaló en la terraza para leer una novela. En realidad, estaba atento a la calle; Eli le había dicho que sus padres llegarían sobre las once y tenía curiosidad por saber cómo eran, tras haber escuchado hablar tanto de ellos.

A las once y cuarto, un moderno y reluciente Mercedes se detuvo delante del edificio. El conductor puso los intermitentes de posición y de la puerta del copiloto bajó una mujer alta, delgada, con un vestido largo de verano y una pamela. La mujer levantó la cabeza y saludó con la mano a alguien, seguramente a su hija, que debía de estar asomada.

—¡Dile a papá que aparque en la calle de arriba, a la izquierda! ¡Siempre hay sitio! —Oyó Arnau cómo Eli se dirigía a su madre.

La mujer dio las indicaciones a su marido a través de la ventanilla abierta y el coche arrancó enseguida. Luego, volvió a saludar a su hija y se dirigió al portal de entrada.

Arnau obtuvo dos conclusiones de esa primera impresión: por un lado, que era muy pija, tal y como le había dicho la propia Eli, y por otro, que se parecían mucho; tenían el mismo tipo de cuerpo y las facciones eran similares, como observó cuando elevó el rostro. Y siguió leyendo sin más.

Pasaban de las doce cuando Jordi le preguntó si le apetecía ir un rato a la playa con él. Aceptó encantado y se llevó la novela. A esa hora el ambiente era totalmente familiar. Arnau siempre se fijaba en los pequeños grupos que se formaban, sentados en sillas plegables o bien tumbados en la arena, con sombrillas coloridas… Con frecuencia distinguía hasta tres generaciones. Además, en aquella parte de la costa, predominaba el turismo nacional y podía entender todas las conversaciones.

—Sí, tu madre también lo dice —corroboró su tío—. Que en la Costa Brava oyes hablar en multitud de idiomas y todo está pensado para un turismo de extranjeros, mientras que aquí casi todos hablan en castellano o catalán. Lo malo es que somos demasiado bulliciosos cuando nos juntamos —se quejó.

Precisamente a causa de no soportar los griteríos, Jordi siempre optaba por alejarse de la primera línea cuando bajaba a darse un baño.

—No aguanto las voces y los chillidos que hay en la orilla, aunque el problema de estas zonas más alejadas del mar son los futbolistas o los del voleibol, que se colocan por aquí… En fin, peor era antes, que había grupos que se traían la música y, o te tragabas lo que

pusieran, o recogías tus cosas y te ibas. Por suerte, ahora está prohibido y ponen multas.

En efecto, Jordi se quedó semidormido en la toalla. Arnau se dio un chapuzón y al volver vio que Esther se les acercaba.

—Hola, Arnau —saludó. Jordi se incorporó levemente—. ¡Hola, Jordi! —añadió.

Como Arnau no abría la boca, Jordi le preguntó dónde estaba su hermana, si había ido sola a la playa y si quería sentarse un rato con ellos.

—Venía a preguntarle a Arnau si me acompañaba a dar un paseo por la orilla.

—No… Es que estoy leyendo —se excusó, y enseguida bajó los ojos hacia la página del libro.

—¡Acompáñala un rato, tonto! Aprovechad que sois jóvenes y no te quedes aquí conmigo como un carcamal —metió la pata su tío.

—Es que no me apetece ahora, de verdad…

Esther se encogió de hombros y sonrió.

—Entendido. Me voy, pues. ¡Ah!, por cierto —dijo cuando ya se había alejado unos pasos—, tenía un mensaje de Eli para ti. Después, si nos vemos, ya te lo diré.

El joven reaccionó levantándose de un salto con tanta celeridad y sin ningún disimulo que Esther se echó a reír. Jordi la imitó.

—Te han entrado las ganas de golpe, ¿eh? Eres transparente, sobrino… Anda, vete. Y si tardáis mucho, yo ya me habré ido, que aquí no se puede estar tranquilo…

—¡Qué exagerado! —dijo Esther—. ¡Si cuando he llegado, estabas dormido como un tronco!

Se fueron hacia la orilla concentrados en ir esquivando grupos de gente y luego caminaron en dirección a Coma-ruga. Arnau no decía nada, esperando que fuera Esther quien le revelara el mensaje de Eli. Sin embargo, la joven solo sonreía y lo miraba de vez en cuando mientras el agua les mojaba los pies.

—Pensarán que salimos juntos —dijo ella finalmente.

—¿Quién lo va a pensar?

—Yo qué sé. La gente que nos vea.

De pronto, Arnau entendió que aquello era una encerrona que se había inventado la chica: no tenía nada que decirle de parte de Eli. Solo quería que, si había algún conocido en la playa, pensara que eran pareja. Estuvo a punto de detenerse y retroceder, pero entonces ella mostró sus cartas…

—He pensado que te gustaría saber cosas de Eli.

—Decías que te había dado un mensaje para mí.

—Solo me ha comentado que, si te veía en la playa, te dijera que ya quedaríais esta tarde a última hora, pero yo te quería contar otras cosas. Si te interesa, claro.

—¿Qué cosas?

—Veo que sí que te interesa —respondió ella, riendo.

—¿Qué cosas? —insistió Arnau.

—Cosas de ella que quizás no te ha comentado. Y que tú quizás tendrías que saber.

—Oye, Esther, si hay cosas que no me ha dicho, será porque no ha querido decírmelas. No soy un cotilla. Y tú tampoco tendrías que serlo.

—OK —dijo Esther.

—OK, ¿qué?

—Que no te las diré.

No habían parado de andar y se habían alejado del lugar donde se había quedado Jordi. Arnau se estaba enfadando. Pensaba que hubiera tenido que irse enseguida, que tendría que haber sospechado que todo era un engaño y no haberla acompañado a pasear. Pero ya era demasiado tarde: estaban juntos y él tenía ganas de saber. A pesar de que solo tenía un par de años más que Esther, se creía capacitado para dirigir la conversación hacia lo que le interesaba.

—Has dicho que hay cosas de Eli que yo tendría que saber…

—Sí, pero acabas de decirme que no quieres que te las diga.

Arnau intuía que lo que Esther pretendía era revelarle algunos secretos de Eli para vengarse, y aunque le pesaba la curiosidad, también se dijo que eso no estaba bien, que no era ético. Y que él, como persona mayor y sensata, debería evitarlo.

—Hay cosas que ya sé —dijo, sin embargo, animándola.

Esther se detuvo y lo miró fijamente.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo ha contado todo?

—No sé a qué te refieres con «todo».

—Dime qué sabes, y yo te diré si lo sabes todo.

Arnau pensó que aquella conversación era patética. Aun así, no se calló, necesitaba averiguar más.

—Sé que un tío la asedió. Y sé que ella cogió miedo. También sé que necesitó ayuda y por eso dejó los estudios colgados durante un año. Pero ahora todo está bien.

—Hummm —murmuró Esther asintiendo con la cabeza; después, continuó andando.

—Como ves, lo sé todo.

Ella se puso a reír antes de contradecirlo.

—¡Te equivocas, tonto! No sabes nada.

—¿Y qué más tendría que saber?

—Ya te lo contará ella, ¿no? Si quiere que lo sepas, claro.

Arnau estaba perdiendo la paciencia. ¿Qué demonios se proponía aquella estúpida? ¿Vengarse porque había elegido a Eli en vez de a ella? Se debía de haber quedado sorprendida al comprobar que Eli le había contado por qué había perdido un curso escolar y ahora pretendía confundirlo y hacerle daño inventándose cosas que ignoraba.

No obstante, cabía la posibilidad de que no fuera así. Tal vez sí que había aspectos que Eli no le había revelado; era factible que se hubiera sincerado con Eva, y que Esther lo hubiera oído o se hubiera enterado. ¿Y si se lo había contado su hermana en confianza?

—Podemos sentarnos un rato en la arena y te cuento lo que sé —sugirió Esther.

Arnau sintió de nuevo la necesidad de enviarla a la mierda y salir corriendo. No lo hizo. Se limitó a seguirla hasta que optó por un rincón lejos de todo el mundo y se sentó. Le hizo un gesto para que hiciera lo mismo y él la obedeció.

—¿Cómo sé que no vas a contarme una mentira?

—¿Por qué iba a hacerlo? Si no me crees, contrástalo con ella directamente y que te explique la verdad.

El joven flexionó las piernas y apoyó los brazos en las rodillas.

—Te escucho.

La historia que le contó fue escuchada con atención y escepticismo por parte de Arnau. Esther a menudo intercalaba expresiones como, por ejemplo, «Bueno, eso es lo que me han

dicho», o «Esto no sé si te lo tendría que decir» o «Mejor que este detalle te lo confirme ella»… que todavía hicieron dudar más al joven sobre la veracidad del relato. Se notaba que estaba complacida de que Arnau le prestara tanta atención. Por fin atraía su interés y se sentía importante ofreciéndole una información que él desconocía.

Según Esther, Eli primero recibió un wasap de una persona que decía que la había conocido en la fiesta de una compañera de clase. Eli, en efecto, había asistido a aquella fiesta y recordaba haber hablado con algunos chicos, amigos de la anfitriona. Quien escribía el mensaje no decía nada ofensivo, solo la saludaba y le hacía saber que tenía ganas de volver a verla. Ella respondió con un wasap corto para saludarle y admitir que no se acordaba de quién era. El *nick* de la persona en cuestión no era un nombre, sino una serie de letras y cifras separadas por puntos, como unas siglas. Aquel día no recibió ningún otro mensaje. Al día siguiente, en clase, Eli preguntó a la compañera de la fiesta si tenía a esa persona entre sus contactos y le mostró el mensaje que le había enviado. Su amiga no identificó aquel contacto ni lo tenía en su directorio.

—Después llegaron más wasaps que Eli no contestó. Un día recibió una foto del edificio donde vive Eli. Y al siguiente, una foto hecha desde la calle en la que se veía a Eli esperando el autobús en su parada. ¡Aquel tipo la seguía!

—¿No se lo explicó a nadie? —preguntó Arnau.

—Todavía pensaba que sería algún idiota con quien había hablado en la fiesta de su amiga. Incluso sospechaba de uno en concreto. Con la ayuda de su compañera de clase lo siguieron un mediodía saliendo del instituto. El chaval iba a una escuela concertada del barrio. Lo acorralaron. Le obligaron a mostrar su perfil de WhatsApp

y le hicieron mil preguntas por si usaba varias identidades en las redes. Nada. Por cómo el muchacho reaccionó, tanto Eli como su amiga se convencieron de que no se trataba de él.

Eli se decidió a hablar con sus padres el día en que le llegaron dieciocho wasaps de la cuenta misteriosa.

—Imagino que ya sabes que los padres de Eli siempre están muy ocupados y que pasan bastante de su hija. Se ve que, cuando se lo contó, ambos quitaron hierro al asunto: que sería un insistente compañero de clase que se había enamorado, o en cualquier caso, cosas de adolescentes. Eli les confesó que tenía miedo y que la agobiaba que un desconocido le enviara tantos mensajes y la siguiera por la calle sin que ella se diera cuenta. La solución de su madre fue llamar al instituto. «No es nadie del instituto, mamá», le insistió ella, pero para esa señora eran las típicas bromas de críos. «En mi época también era así. Sin móviles, claro. Yo recibía notitas escritas», le dijo incluso quitándole importancia.

Al final la madre de Eli fue a hablar con la directora del instituto, quien sí se lo tomó en serio y le aseguró que intentarían averiguar si alguien del centro podía esconderse tras el anónimo que enviaba los wasaps. No obstante, le sugirió que, si no sacaban nada en claro y los mensajes continuaban, debía denunciarlo a los Mossos d'Esquadra.

Para entonces Eli ya había caído en una especie de depresión. Se encerró en su habitación. Tenía miedo de ir al instituto, miedo de salir sola de casa, miedo todo el tiempo. Los mensajes, por lo que sabía Esther, fueron subiendo de tono y de frecuencia.

4

En la playa de Sant Salvador, Esther estaba segura de haber captado la atención de Arnau mientras le explicaba la historia de acoso de Eli, y eso, de alguna manera, la hacía sentirse bien: el joven nunca la había escuchado con tanta atención ni le había hecho tanto caso.

—Lo denunciaron a la policía, ¿no? —preguntó él.

Eli había dejado de asistir a clase. Su madre no lo supo hasta días más tarde, cuando la tutora la llamó para pedirle explicaciones. La mujer ni siquiera había mirado el registro de faltas de asistencia que el instituto enviaba a diario a las familias a través de su aplicación. «Hace cuatro días que no aparece por aquí —le dijo la tutora— y ningún familiar se ha puesto en contacto con el centro. La directora me ha pedido que hable con usted con urgencia». Eli se quedaba en casa viendo series de televisión. De vez en cuando, salía al balcón e inspeccionaba el entorno por si descubría alguna pista de aquel tío que la tenía atemorizada.

Sus padres, esta vez ambos, hablaron seriamente con su hija aquella noche. Ella les mostró los wasaps de su acosador, los últimos, porque los primeros los había borrado, como si el hecho de no tenerlos guardados sirviera para evitar la presión y el miedo que sentía. En los mensajes aquel tipo le pedía que se vieran. Le decía que no podía vivir sin ella y que estaba obsesionado con tenerla a su

lado. Había descripciones físicas de su rostro y de su cuerpo, muy explícitas, lo cual horrorizó a los progenitores. En las fotos siempre se veía a Eli: a la salida del instituto, cruzando una plaza, sentada con una amiga en una cafetería de al lado de casa…

Su madre concertó enseguida una cita con la directora del instituto y la puso al tanto de todo. Esta dijo estar convencida de que no se trataba de ningún alumno. «¿Ha observado usted —preguntó la directora—, que no hay ni una falta de ortografía en ninguno de los mensajes? Fíjese en la forma de expresarse de la persona que escribe: ni una falta, ni acorta las palabras, no se come ni una letra. Me atrevería a asegurar que se trata de un adulto». La madre de Eli se preocupó aún más. Fue cuando decidieron ir a denunciar el caso.

—Tardaron demasiado… —murmuró Arnau.

Esther se limitó a mirarlo a los ojos y sonreír.

—¿Qué te hace gracia? —le preguntó el chico.

Ella no contestó, sino que retomó el relato de los hechos:

—A Eli la llevaron a un psicólogo y le pusieron un tratamiento con pastillas, porque todo aquello la había desequilibrado un montón. No se veía capaz de volver al instituto y durante las primeras semanas algunos profesores se conectaban con ella por videoconferencia y le resolvían los problemas que pudiera tener con los trabajos que le pasaban por el *classroom*. Lo positivo fue que, cuando el acosador descubrió, vete a saber cómo, que el móvil de la chica estaba bajo control policial, dejó de enviar mensajes y fotos. El equipo de la policía que investiga los delitos cometidos a través de sistemas tecnológicos les advirtió que probablemente tardarían tiempo en pescar al acosador de Eli. Sus padres le propusieron comprarle un

móvil nuevo con un número de teléfono distinto; sin embargo, ella, por voluntad propia o aconsejada por la psicóloga, lo rechazó. Se ve que pasaron unas cuantas semanas y el estado de Eli no mejoraba —continuó Esther—. Era como si cada día fuese peor que el anterior, aunque estuviera protegida en casa y no recibiera mensajes de móvil. La situación llegó a ser tan crítica que los psicólogos que la trataban decidieron internarla temporalmente en un centro especializado.

—¿Por qué? ¿Tan mal estaba? —se interesó Arnau.

—Estaba nerviosa todo el día. No se podía concentrar en nada y vivía como aterrorizada —dijo Esther—. No comía. Sufría ataques de ansiedad. Se ve que los nervios no la dejaban comer ni dormir…

—Pobre tía…

Esther reaccionó al comentario del chico con silencio. Arnau le hizo un gesto con la barbilla para que continuara el relato, pero ella no lo hizo: lo volvió a mirar fijamente sin abrir la boca.

—¿Y qué más? ¿Pillaron a ese tipo? ¿Cuánto tiempo pasó internada? Al menos le fue bien, ¿no? Lo de que había estado encerrada y que había perdido un curso ya me lo había contado ella…

Esther continuaba observándolo en silencio.

—¿Por qué cojones me miras así? —Perdió la paciencia él—. ¿Hay algo que no me has dicho todavía?

Justo en aquel momento escucharon que alguien llamaba a Esther desde la orilla. Los dos se volvieron y descubrieron a Eva y a su madre, que les hacían señas con los brazos.

—¡Esther! ¡Arnau!

Esther correspondió al saludo y se irguió.

—¿Qué es lo que no me has contado? —insistió Arnau.

—Ahora no puedo hablar.

Sin embargo, mientras andaban hacia donde los esperaban su madre y su hermana, Esther se acercó a Arnau y le dijo por lo bajini:

—Eli había estado con su acosador antes de que la ingresaran. Se habían conocido.

* * *

Comieron en la terraza, gracias a la sombra que les daba el toldo. Cuando estaban sus padres, tenían que comer dentro, porque la terraza era demasiado estrecha para que los cinco pudieran guarecerse de aquel sol de justicia.

—Estás un poco apagado, chaval —observó Jordi—. ¿Te ha comido el coco Esther o qué?

—Me ha contado cosas de Eli que no sabía —dijo Arnau.

A Pol se le escapó la risa.

—Yo diría que es una estrategia perversa… Porque la menor de las dos hermanas es la que está coladita por ti, ¿no? Pues ha utilizado un arma de seducción de manual: hacerte dudar de Eli o ponerte en su contra para sacar beneficio.

—¿Vosotros sabéis algo más de Eli?

—Olvida los cotilleos, anda —replicó algo serio su tío—. Nosotros no la conocíamos, ya te lo dijimos. Es la primera vez que viene a Sant Salvador y nos enteramos de casualidad de lo de sus padres, que la tienen un poco abandonada y que pagan a Marta para que se quede en su casa.

—Sin embargo, sus padres hoy mismo están aquí con ella —comentó Pol.

* * *

Por la tarde Arnau estuvo un buen rato solo en la terraza. De vez en cuando oía hablar a los vecinos del piso superior, cuando salían al balcón. Las voces desconocidas debían de ser de los padres de Eli. Escuchaba sus risas y conversaciones intrascendentes.

Sobre las siete oyó que alguien salía del edificio y se asomó a la calle mirando por la barandilla, intentando que no lo vieran. Marta, sus dos hijas, Eli y sus padres salían a pasear. Eli en ningún momento miró hacia arriba. Los vio cruzar la carretera y la plaza de las palmeras antes de dirigirse hacia el paseo en dirección a Calafell. Los tres adultos iban conversando, y las tres chicas un poco más atrás: Eli y Eva charlando; Esther pendiente de la pantalla del móvil. Arnau los siguió con la mirada hasta que desaparecieron.

Pensó que Pol tal vez tenía razón y que lo que le había revelado Esther solo era para ponerlo en contra de Eli. Pero a la vez pensaba que un tema tan serio como aquel no podía habérselo inventado aquella niñata. De hecho, recapituló, no le había dicho nada que no él no supiera, salvo lo que insinuó al final… Eso era lo que le inquietaba. ¿Era posible que Eli hubiera conocido al tipo que le había infligido tanto dolor? ¿De verdad consintió en encontrarse con su acosador? ¿Por qué? ¿Cómo se atrevió? Le parecía una locura. Según Esther, lo había hecho antes de que la internaran en un centro. ¿Haberlo conocido le había provocado que su sistema nervioso se acabara de desestabilizar? ¿Era la causa? ¿Qué

demonios había pasado entre Eli y aquel individuo? ¿Había sido solo un día? ¿Qué se habían dicho?

Y, sobre todo, ¿por qué Eli no le había hablado de aquel encuentro? Seguramente porque no había tenido tiempo de hacerlo, se dijo. Apenas hacía unos días que salían. Aquello que había pasado, fuera lo que fuera, y lo que comportó después, no era un tema fácil de sacar a colación a la primera de cambio, la justificó el joven. Pero era evidente que tenían que hablar. Él necesitaba saberlo. Tenía derecho, pensaba, ahora que su relación había evolucionado. Se habían besado e incluso se la había presentado a sus padres. Estaba convencido de que, si él le preguntaba, ella acabaría por explicarle la verdad.

De todos modos, recapacitó después, aquello pertenecía al pasado. Era preocupante, pero se trataba de una rémora del pasado. Algo que él no podía cambiar. Unos hechos que ya habían sucedido, que ya no se podían borrar.

Antes de la cena, se sentó con Pol en el comedor y vieron una película, *La mala educación*, de Pedro Almodóvar. Pol era un fanático de ese director y, sabiendo el interés del muchacho por el mundo del cine, le hacía ver los giros de guion, la manera sorprendente en que estaba explicada aquella historia, cuántas lecturas tenía, cómo se intercalaban unas con otras. Arnau seguía a medias tanto el argumento de la propia película como las divagaciones de Pol. Le impactó una frase que se decía hacia el final: dos de los protagonistas estaban planeando cometer un crimen y ultimaban los detalles en el interior de un museo en Valencia donde se exponían figuras de fallas, gigantes y cabezudos. En un momento dado, uno de los hombres le preguntaba al otro: «¿De que se ríen estos

cabezones?». Las caras que tenían delante mostraban enormes risas. «Se ríen de nosotros», decía el otro. A Arnau aquella sentencia lo golpeó. Se imaginó que todo el mundo debía de estar burlándose de él si conocían, como Esther, la historia del acosador. Que debían de reírse de él cuando besaba a Eli por las noches, cuando lo veían abrazarla y sonreírle con cara de pardillo, el ingenuo que ignoraba lo que había sucedido. Porque, si lo sabía Esther, lo sabía Eva. Y tal vez, otros de la pandilla de amigos de Eva. Incluso los padres de Eli se debían de estar riendo ahora mismo si ella les había contado que estaba medio enamorada de un vecino del edificio. Por suerte, al instante Arnau admitió que aquellas ideas eran una locura sin pies ni cabeza. Nadie se reía de él, como tampoco nadie se reía de los protagonistas de *La mala educación*, solo unos muñecos de papel maché.

Arnau no oyó irse a los padres de Eli. Pasadas las once, las tres chicas, vestidas para salir, fueron a buscarlo.

—¿Adónde iréis de marcha hoy? —les preguntó Jordi.

—¿A ti qué te parece? Por aquí no tenemos demasiadas opciones —contestó Eva, guiñándole un ojo.

Eli estaba como siempre. Lo abrazó por la cintura mientras se dirigían a la plaza donde ya los esperaba un grupo de jóvenes. Arnau se dio cuenta de que Esther no le había dirigido la palabra y que evitaba mirarlo a los ojos.

—Estás muy callado —observó Eli—. ¿No quieres saber cómo ha ido con mis padres?

—Imagino que bien. Os he visto por la terraza cuando salíais a pasear. Tu madre se parece mucho a ti. Físicamente, quiero decir.

—Sí, todo el mundo lo dice. Le he hablado de ti. Solo un poco. Muy por encima.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le has dicho?

—Que había conocido a un chico. Que estaba contenta.

—¿Y ella se ha alegrado?

—Sí, mucho. Dice que es lo que me conviene ahora: conocer a un chico que me trate bien, me quiera y me respete.

—Qué responsabilidad —murmuró Arnau, y se preguntó, en silencio, si Eli habría detectado el punto de ironía que había en su comentario.

* * *

Se instalaron en la arena, cerca de la terraza del hotel Europe, donde un DJ no profesional pinchaba música para los clientes que tomaban una copa. El grupo de jóvenes en la playa aprovechaba la música que salía de los bafles para bailar descalzos, haciendo el loco y cantando a todo pulmón el reguetón y el *trap* antiguo que les llegaba desde el hotel. Eli y Arnau bailaron un par de canciones y después se sentaron juntos. Arnau llevaba un vaso de cartón en la mano con la mezcla de ginebra y Fanta de limón que Eva le había servido. Eli no bebía nada.

—Te noto extraño —dijo ella, mirándolo fijamente, con los brazos alrededor de las piernas flexionadas. Encima de las rodillas descubiertas apoyaba la barbilla.

—¿Por qué lo dices? ¿Extraño?

—No lo sé. Pensaba que tendrías muchas ganas de verme.

—Y las tengo. Hemos estado todo el día separados.

—Pues no lo parece.

Arnau se le acercó y le pasó un brazo alrededor de los hombros. Le apartó unos mechones de pelo antes de besarle el cuello.

—¡Tengo cosquillas! —lo riñó ella, divertida.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Eli levantó la cabeza y lo miró antes de asentir.

—Es que no paro de darle vueltas a lo que te pasó con el acosador. Me gustaría que me lo contaras.

—¿Por qué? Es agua pasada.

—Pero soy consciente de que cambió tu vida. ¡Joder, fue muy fuerte! Necesito saber cómo te afectó. Sabes que me gustas y que…, no sé, me estoy enamorando de ti… Y por eso… Lo que quiero decir es que creo que tendría que saber qué pasó y cómo ocurrió.

A Eli se le borró la sonrisa del rostro y, a continuación, giró la cabeza hacia los de la pandilla que bailaban a su lado. Arnau sintió que se ahogaba en aquel silencio que Eli interpuso entre ellos y que llenaba, absurdamente, una vieja canción de Sebastián Yatra.

—¿Qué te pasa? —quiso saber.

—Pasa —respondió ella, sin mirarlo— que te equivocas. Que no hace falta que sepas nada más. Sí que tienes la obligación, si me quieres, de respetarme y aceptar que necesito un tiempo y un ritmo, Arnau. Porque en una cosa sí que tienes razón: fue muy fuerte y no es fácil de superar.

Arnau no contestó. Observó también a los que hacían el burro en medio del corro. Su situación era delicada, porque no le podía decir a Eli lo que le había insinuado Esther aquel mediodía. No podía decirle que estaba convencido de que le escondía información adrede, y que, por muy doloroso que fuera, él necesitaba saberlo

para entenderla, para apoyarla y ayudarla. En su cabeza se repetía una y otra vez la última frase de Esther: que Eli había estado con su acosador. ¿Significaba que lo había visto? ¿Habían hablado? ¿Se habían enrollado? No, no tenía sentido. Pero algo había pasado. Eli había enfermado, la habían ingresado en un centro psiquiátrico, había perdido un curso… ¡Joder! ¿Qué demonios había pasado con aquel tipo para que la situación se hubiera vuelto tan catastrófica? ¿No tenía él derecho a saberlo?

Evidentemente también podía ser que Pol tuviera razón y que lo que le había insinuado Esther no fuera cierto o no fuera exacto. Podía tratarse de un cotilleo cutre o incluso malintencionado para hacerle daño o para hacerle dudar. Como venganza o revancha o algo parecido. Para Arnau, las chicas eran mucho más complicadas que los chicos; se le escapaba cómo interpretaban las cosas, siempre buscando un doble sentido a lo que decían los demás. ¿Por qué les costaba contar las cosas de manera simple como hacen los tíos? Y ahora Eli se estaba comportando, según él, como lo hacen todas las tías cuando se cierran en banda. No le quería explicar su historia y eso que, a pesar de ser difícil, seguro que él la podría entender y solidarizarse, y ayudarla o al menos comprenderla.

Vale que él se había obsesionado un poco, así que pensó que tal vez tenía que pedirle perdón por haber insistido tanto, pero no le salió del corazón. Se había enfadado. Eli no había vuelto a mirarlo, seguramente porque esperaba que fuera él quien hablara. En lugar de eso, giró la cara y se dedicó a observar a su alrededor.

Sin interés, siguió con la mirada a un grupo de cuatro personas adultas que llamaban a Eva y le hacían gestos con las manos. Eva dejó de bailar y se acercó a ellos. Eran tres hombres y una mujer,

bastante mayores. Los tres hombres tenían el pelo blanco o muy canoso. Esperaban a la joven en el paseo, delante del hotel, y todos la besaron en la mejilla. Conversaron un rato. Después tres de ellos continuaron andando y uno se quedó con Eva unos minutos más. Ella señaló con la cabeza a los de la pandilla, que seguían haciendo el bobo en la arena.

—¿No vas a decir nada más? —le preguntó de repente Eli.

Arnau perdió el interés por Eva y se volvió hacia la chica, que lo observaba y le sonreía con la barbilla contra las rodillas.

—Quiero respetar tu ritmo —repuso él.

—No seas burro. Dame un beso, tonto.

Arnau le volvió a pasar el brazo alrededor del cuello y la besó en los labios.

—Sabes a *gin-tonic* —dijo Eli.

Eva se acercó a Arnau y a Eli, y se puso en cuclillas delante de ellos.

—Ha salido un plan. Pero no podemos ir todos. O sea que ahora os levantaréis y seguiréis mis indicaciones sin decir nada, ¿OK?

Mientras ellos se incorporaban y se sacudían la arena de la falda y las bermudas, Eva anunció a los demás que se iban, que querían ir a saludar a una conocida y tomar una cerveza con ella. Que ya se verían al día siguiente en la plaza. Algunos se quejaron, sobre todo su hermana.

—No me esperes, Esther. Y no bebas más de la cuenta, que ya sabes lo que pasa luego.

—¿Adónde vais? ¿Con quién?

—¡No te importa!

Advertidos igual que lo estaban ellos, Joan, el de Vilafranca, y Raúl se levantaron también y siguieron a Eva, que se despedía del resto lanzando besos al aire y saludándolos con la mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó Joan.

—¡Fliparéis! —les advirtió Eva.

A esa hora era difícil caminar por el paseo, ocupado por el top manta y lleno de turistas, así que a Eva le dio tiempo de contarles que iban a casa de Julio San Fernando, un adinerado empresario conocido de sus padres que tenía una mansión de ensueño allí cerca. Arnau le preguntó si era el hombre mayor con quien la había visto hablando hacía un momento.

—Sí, se ha retirado a vivir aquí y vive por todo lo alto. Es un lujo ir a su casa, ya veréis: tendremos barra libre, piscina privada y glamur, ¡todo en exclusiva para nosotros! —Rio—. Le gusta estar rodeado de juventud, sobre todo masculina. —Volvió a reír y guiñó un ojo a los chicos—. Pero es inofensivo, ¿eh? El año pasado fui a una de sus fiestas y fue una pasada. Fliparéis con el sitio —insistió—. El tío solo quiere conversación, risas y gente joven que se bañe en su piscina.

Raúl no estaba muy convencido de qué demonios se suponía que iban a hacer allí.

—Nada —contestó Eva—. Disfrutar de un ambiente bonito, beber gratis y divertirnos en la piscina.

La casa tenía una entrada por el paseo, pero ellos entraron por la puerta principal, que daba a la avenida Palfuriana. El dueño fue a recibirlos a la reja de entrada con una copa en la mano y los saludó uno a uno dándoles la mano. Los guio hasta el jardín, enorme y muy cuidado, con los troncos de los árboles cubiertos de tiras de bombillas pequeñas que se encendían y se apagaban, como de

Navidad, y que hacían un efecto curioso de lluvia vertical de colores. En el centro había una piscina bastante grande de la cual emergía una luz azulada. Alrededor se esparcían hamacas, sofás de exterior y mesas pequeñas encima de las cuales se erigían farolillos encendidos. Arnau se quedó maravillado: parecía un resort de lujo, un escenario de película. El hombre les preguntó qué querían tomar. Tenía de todo. Eva lo ayudó en la preparación de las bebidas y después se sentaron en los sofás y las hamacas. Al hombre, de unos setenta y cinco años, le gustaba hablar de su vida y de su pasado, y Eva, que lo sabía y conocía parte de su historia por sus padres, le hacía las preguntas adecuadas. Arnau notó que Eli, que de entrada parecía reacia a entrar en la casa, se iba relajando y reía como el resto con las anécdotas.

Poco después, Eva preguntó si podrían darse un baño en la piscina. No llevaban bañador, pero la ropa interior era prácticamente igual.

—Podemos bañarnos en ropa interior, ¿verdad? —le preguntó antes al anfitrión.

—Por supuesto. Esto es una propiedad privada. Nadie os verá y podéis hacer lo que queráis —confirmó riendo.

Joan se quitó la camiseta y se tiró de cabeza al agua con las bermudas y desde allí invitó a los otros a imitarlo. Eva y Raúl no tardaron ni un minuto en seguirlo, mientras que Eli y Arnau rechazaron el ofrecimiento.

—Con el calor que hace esta noche, os vendrá bien refrescaros —dijo el hombre—. Voy a buscar unas toallas.

Cuando desapareció en el interior de la casa, Eli le dijo a Arnau que ella no estaba cómoda allí y que prefería marcharse. Tal y como

había comentado Eva, Arnau ya se había percatado de que el señor le miraba mucho tanto a él como a Joan y a Raúl. A Eva aquello le debía de parecer divertido, pero a Eli no. No obstante, no cedió.

—No pasa nada, tía —respondió—. Estamos bebiendo y ellos se están bañando tan felices. Es un buen hombre, e inofensivo.

—No estoy yo tan segura de sus motivaciones…

—¿Y a nosotros qué nos importa? Nos ha invitado a su casa y nos está tratando de maravilla. Además, conoce a Eva y a sus padres. No sufras, Eli.

Julio regresó con las toallas. Tomó asiento y miraba alternativamente a la pareja y a los bañistas. Eli permanecía seria, observando la evolución de sus compañeros en el agua. Pero se notaba que Arnau tenía ganas de bañarse y reír junto a los otros.

—Y tú, ¿no te animas? —le preguntó Julio.

—Pues sí, me animo —resolvió de golpe. Y se quitó la camiseta y los pantalones. Llevaba unos bóxers azul eléctrico.

—¡Qué envidia ser tan joven! —se sinceró Julio San Fernando con Eli cuando Arnau se hubo tirado de bomba a la piscina.

Ella no se dignó a hacer ningún comentario al respecto.

Los bañistas no paraban de reírse y de salpicarse unos a otros. Cuando Eva salió, se enrolló una toalla al cuerpo y se sentó junto a Eli. Le preguntó con gestos qué le pasaba y la otra negó con la cabeza procurando forzar una sonrisa de circunstancias. Los tres chicos salieron al cabo de un rato y continuaron charlando mientras se secaban. El anfitrión no paraba de narrar anécdotas que había vivido con actores, cantantes y futbolistas famosos cuando dirigía su empresa en Barcelona.

Después del tercer combinado, junto al cual Julio había sacado patatas fritas y frutos secos para picar, Eva decidió que ya era hora de irse.

—No queremos hacerte perder más horas de sueño, Julio.

—¡Por mí os podéis quedar todo lo que queráis!

No obstante, los acompañó hasta la puerta de entrada y les agradeció su visita. Ellos le dieron las gracias por las bebidas y el baño. Después avanzaron aguantándose la risa hasta la plaza de las palmeras, que estaba apenas a cien metros, y allí explotaron comentando la situación.

—¿A ti no te ha parecido divertido, Eli? —le preguntó Raúl—. Tenías mala cara, tía…

—No me ha hecho ninguna gracia, la verdad —respondió ella.

—¡Joder, pues ha sido de lo más gracioso!

—¡A mí no me ha mirado ni una sola vez! —se quejó falsamente Eva.

—Yo sí —dijo Joan.

Arnau se acercó a Eli y le pasó un brazo por los hombros.

—Eres un poco aguafiestas —le dijo al oído.

Eran casi las tres de la madrugada cuando se despidieron de Joan y Raúl. Cruzaron la carretera y anduvieron en silencio hasta el bloque de apartamentos donde residían.

—Nosotros nos hemos divertido, Eli, y no hemos hecho nada malo. Tú no debías de tener el día —comentó Eva mientras subían por la escalera.

—Buenas noches, Arnau —dijo Eli cuando estuvieron en el rellano, pero no le dio ni siquiera un beso en la mejilla.

* * *

Jordi tuvo la idea de hacer una excursión al día siguiente y propuso a su sobrino invitar a Eli.

—Podemos hacer la ruta por l'Arboç, Castellet y llegar a Vilanova por la carretera de curvas —dijo dirigiéndose a Pol—. Y luego, cenar en aquel restaurante tan bonito del puerto. Tú no lo conoces, Arnau, porque el año pasado no viniste cuando fuimos con tus padres.

El chaval expresó sus dudas a la hora de excluir a las hermanas del plan de su tío.

—Los seis no cabemos en el coche, así que una debe sacrificarse.

Evidentemente, la sacrificada tenía que ser Esther. Era lo más lógico: Eli estaba en Sant Salvador por su amistad con Eva, compañera en el instituto. Era, pues, Eva la que tenía que acompañarlos si le apetecía.

—No sé si será tan fácil dejar de lado a Esther. Se va a molestar —advirtió Arnau.

El chico subió al piso de las vecinas después de desayunar pensando en cómo proponer y justificar el motivo por el cual no podía invitar a las tres. Se dijo que Eva lo ayudaría para librarse de cargar siempre con su hermana pequeña. El problema fue que Eva y Eli se habían ido a la playa. Saludó a la madre de las hermanas y se excusó diciendo que solo venía a preguntar si quedarían más tarde. No mencionó siquiera la idea de la excursión. Cuando ya se despedía y Marta se dirigía a la cocina, apareció Esther y le pidió que se quedara un rato con ella en la terraza. Arnau sabía que tenía que rechazar el ofrecimiento.

—Podría acabar de contarte lo de ayer —susurró Esther.

—Ya me lo dijiste todo.

—Ah, ¿sí? —preguntó con una sonrisa traviesa—. Vale, pues hasta luego.

Arnau se aferraba al pomo de la puerta del apartamento dispuesto a salir. En su interior, un fuego le quemaba. Ante la imposibilidad de hablar abiertamente con Eli saltándose el tiempo que ella le reclamaba, la incontinencia verbal de Esther y, quizá, su afán de hacer daño a la amiga de su hermana significaban un acceso fácil a lo que él desconocía y anhelaba saber.

—No me lo contaste con detalle —reconoció Arnau.

Esther se quedó observándolo sin decir nada. Hizo un leve encogimiento de hombros.

—Nos interrumpieron y solo me lo soltaste.

—¿El qué?

—Que Eli se vio con el tipo que la asediaba.

Esther observó las uñas de su mano derecha sin decir palabra. Después asintió con un gesto de la cabeza.

—¿Quién era? ¿Qué pasó?

Ella hizo un gesto con el brazo invitándolo a entrar de nuevo. Arnau obedeció mientras la muchacha advertía a su madre que Arnau y ella se sentarían un rato en la terraza. La mujer asomó la cabeza por la puerta de la cocina y advirtió a su hija que no estuvieran mucho tiempo, ya que le había prometido que acabaría los dosieres de deberes que tenía que hacer para el instituto.

—Sí, pesada —contestó Esther.

Ocuparon dos sillas de plástico blancas, idénticas a las que Pol y Jordi tenían. Esther, que llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos de pijama, se sentó poniendo los dos pies

descalzos sobre el asiento. Arnau pensó que con las piernas construía un tipo de barrera.

—¿Cómo has sabido tú personalmente todo lo que me cuentas? —inquirió el chico.

—Algunas cosas por Eva; otras porque las ha comentado la misma Eli. Y otras porque se habló mucho de ello el año pasado, cuando abandonó el instituto. Todo el mundo comentaba el motivo. O se lo imaginaba. No lo sé, se dijeron muchas cosas.

—Cosas que quizá no son verdad —dijo Arnau. Esther lo miraba con firmeza y no contestó la observación—. ¿Quién era aquel tipo?

La adolescente tampoco contestó a aquella pregunta. Lo que aseguró fue que Eli, en un momento de incertidumbre y angustia, decidió cambiar de estrategia. No había conseguido frenar los mensajes y las fotografías, y ni desde el instituto ni desde casa habían logrado disipar sus nervios. Entonces, ¿por qué no intentar otra vía antes de que todo se descontrolara y pasara a manos de la policía? Aunque poco convencida, Eli contestó el último mensaje que recibió del desconocido diciéndole que quería hablar con él en persona. Le echó en cara lo que hacía, porque había llegado a aterrorizarla, y que había decidido que lo mejor para zanjar el tema era verlo y decirle lo que pensaba.

—Se ve que se quedó pasmado con la propuesta y le dio largas. Eli insistió: si no, sus padres y ella denunciarían el caso a la policía. Y al final, el tipo accedió a un encuentro.

—¿Y Eli fue? ¿El tío se presentó?

A partir de aquel punto de la historia, Esther aseguró a Arnau que todo eran conjeturas. Que lo único cierto era que sí, que Eli y aquel tipo se encontraron, a escondidas de todos. Nadie sabía dónde

habían quedado, ni tampoco quién era aquel tipo. Eli no relató toda esta parte de la historia hasta muchas semanas después, cuando ya todo iba fatal y tuvo que dejar los estudios para ser internada en un centro. No se sabe qué pasó, ni qué le hizo aquel individuo.

—Pero se vieron. Y no solo una vez —añadió Esther.

—¿Más de una vez? —Arnau no podía creérselo.

—Mi hermana dice que el asunto se le fue de las manos. Algo sucedió para que Eli se viera más de una vez con esa persona y finalmente tuviera miedo. Mucho más miedo que al principio. Eva me dijo que, cuando sus padres denunciaron el caso a los Mossos, los mensajes de WhatsApp se habían interrumpido. El móvil del tipo aquel ya no existía. Se ve que rastrearon mucho y descubrieron que el teléfono se había comprado en el mercado negro y que había pertenecido a una anciana que lo había perdido o se lo habían robado meses antes. Eli se negó a dar información sobre aquel individuo. La policía y los psicólogos insistieron, pero ella no cedió…

—Es muy extraño —la interrumpió Arnau—. Si una tía conoce a su agresor, lo primero que hace es acusarlo, denunciarlo.

—Ella no lo hizo. Lo protegió. Acabó hecha una mierda, pero no lo traicionó.

—¿Por qué?

Esther bajó las piernas y apoyó las manos en ellas.

—Yo tengo una teoría —anunció.

—¿Cuál?

—Que Eli se enamoró de él y por eso lo protegió.

—¡Qué bobada!

La chica levantó los párpados como diciendo: «¿Pues qué, si no?». En aquel momento oyeron que la puerta del piso se abría, y Eli y Eva

saludaron a su madre. Esther no dejó de mirar fijamente a Arnau, que había desviado los ojos cuando las oyó entrar. Y de golpe sintió una rabia extraña contra aquella niña que pretendía enredarlo con una historia sin pies ni cabeza, seguramente solo para hacerle daño a él o a la chica que quería. Arnau tuvo la sensación de que, de manera voluntaria, había caído en manos de aquella pequeña perversa y destructiva. Y por eso, cuando Eli y Eva, con el pelo mojado y las toallas de baño envolviéndoles los cuerpos, salieron a la terraza y saludaron a Arnau, este no tuvo ningún remordimiento al anunciar que venía a invitarlas a una excursión y a una cena en Vilanova en compañía de sus tíos.

—Lo siento mucho, Esther, no hay sitio para ti en el coche —remarcó mientras descubría una intensa mirada de reproche en los ojos de la joven.

5

Los tíos de Arnau iban sentados delante y los tres jóvenes en la parte trasera. Eva había dado su móvil a Pol, que a través del Bluetooth hacía sonar en los altavoces del vehículo las canciones que la chica le sugería y que ella y Eli cantaban una detrás de otra. Jordi, que conducía, no paraba de decir que eran penosas y se lamentaba de que el sentido musical de las nuevas generaciones hubiera degenerado hasta aquellos extremos.

—Seguro que la música que escuchabas tú cuando tenías nuestra edad también debía de parecerles horrible y cutre a tus padres —le dijo Arnau.

—¡Pero aquello era música, chaval! ¡Tenía valor y ha sobrevivido a los años! ¡Queen, Abba, The Cure! Joder, todo el mundo los conoce todavía hoy. ¿Quién recordará esta porquería cuando pase el tiempo, eh?

Las chicas se reían a carcajadas con la conversación y las reacciones del conductor, que se puso de los nervios cuando Pol comenzó a cantar un viejo tema de Maluma.

—¡No jodas! ¿Tú también conoces la letra de esta basura?

—*Y si con otro pasas el rato. Vamo a ser feliz, vamo a ser feliz. Felices los cuatro. Yo te acepto el trato y lo hacemo otro ratooooooo*

—cantaba a todo pulmón el pasaje adolescente que llenaba los asientos traseros del Corsa.

Dieron una vuelta por l'Arboç. Eva y Eli, divertidas, quisieron hacerse una foto ante La Giralda posando como dos flamencas.

—Lamentable —murmuraba Jordi fingiendo que se tapaba los ojos con las manos.

Arnau las miraba divertido, aunque no podía dejar de pensar en el misterio de Eli; le costaba reprimir las sensaciones desagradables que le provocaba lo que le había contado Esther. Tenía la necesidad de hablar con ella enseguida. De hacerle entender que para él era indispensable conocer la verdad de lo que le había pasado hacía un año, porque la quería, y deseaba ayudarla a superarlo, pero que para hacerlo era urgente poner las cartas boca arriba y hacerse cargo de la situación. Durante el trayecto de Sant Salvador a l'Arboç se habían sentado al lado, y Eli, como siempre, le había cogido la mano y le había acariciado los dedos de aquella manera tan suya. Y se habían mirado a menudo, y habían reído con la música y los comentarios de Jordi, y todo era normal y todo iba bien y él se sentía feliz, pero esto no quitaba que el misterio lo angustiara. ¿Había protegido realmente a aquel tipo que le había hecho daño? ¿Se había visto con él más de una vez, como aseguraba Esther? ¿Qué sentido tenía aquello?

Ese día fue imposible quedarse a solas con ella y pedirle mantener la conversación pendiente y urgente. Tenía que hacer de tripas corazón y mostrarse sereno y tranquilo. Y así lo hizo. Visitaron el pueblo de Castellet, los parajes amables del castillo en lo alto del embalse; y habían paseado por Vilanova i la Geltrú y habían cenado de primera en un restaurante del puerto. Se habían reído de lo lindo

cuando Eva, antes de regresar, los obligó a entrar en un local de reguetón donde sonaron muchos de los temas que a las chicas les encantaban y que Jordi detestaba profundamente. Todo fue divertido, a pesar del pensamiento recurrente de Arnau sobre los extraños días en que Eli se había visto con su acosador. ¿Dónde habían quedado y qué habían hecho? ¿Por qué tuvieron varios encuentros? ¿Por qué motivo?

Volvieron a Sant Salvador cuando ya eran las dos de la madrugada. Eva se había quedado medio dormida con la cabeza apoyada en la ventanilla del coche y Jordi había conseguido imponer su música durante el trayecto. Pol miraba la pantalla de su móvil en el asiento del copiloto.

—Me gustaría que mañana nos viéramos tú y yo solos —le cuchicheó Arnau en la oreja a Eli, que lo tenía cogido de la mano y lo miraba con ternura.

—OK. Mañana tú y yo solos. No haré ningún plan con Eva.

—Vamos a cenar una *pizza*, y después paseamos por la playa.

—Una noche romántica. —Sonrió Eli.

—Eso mismo. Nos lo merecemos.

* * *

Al día siguiente, volviendo de nadar con Pol, Arnau se sentó en la terraza; estaba desayunando, cuando lo llamaron desde la calle. Las hermanas y Eli lo saludaron con la mano. Iban acompañadas de la madre de las chicas y, por la manera de vestir, se imaginó que iban a buscar el coche para ir a El Vendrell de compras. Él les devolvió el

saludo. Desde la altura de su piso, Arnau intuyó que Eli le hacía una señal, diciéndole que después hablarían.

Estuvo leyendo un rato y luego acompañó a Jordi al supermercado, a Calafell. Compraron un montón de comida y bebidas. Al regresar, se fueron a dar otro baño y a tomar el sol a la playa. Comieron tarde y después el muchacho se encerró en su habitación para ver en el ordenador un episodio de la serie que seguía. A las seis de la tarde empezó a extrañarle que Eli no hubiera bajado a decirle nada: no habían concretado la hora de la cena. Una vez más se lamentó de que ella no tuviera móvil, porque le hubiera enviado un wasap para asegurarse de que la cita se mantenía en pie. También se dijo que era por culpa del acosador fantasma que la chica no lo usara, y eso le dolió aún más. Un fantasma que había entrado físicamente en el mundo de Eli, que había aceptado encontrarse con ella vete a saber dónde y más de una vez. A causa de esos encuentros, pensaba Arnau, ella se había trastocado y le había cambiado la vida. Y había optado por no tener móvil, y ahora él no le podía enviar un mensaje.

Ya había anunciado a sus tíos que aquella noche no cenaría en casa, y no supo qué decirles cuando ellos empezaron a poner la mesa en la terraza y le preguntaron si finalmente se quedaba.

—Estoy esperando a que Eli me diga algo o me pase a buscar.

Cuando Jordi y Pol ya estaban sentados a la mesa, le sugirieron que subiera a casa de las vecinas para preguntar si salían o no. Arnau no se atrevió, porque no sabía si Eli había dicho algo de su cita. A las diez y media, resignado, Arnau se sentó a la mesa cuando sus tíos ya estaban tomando los postres y devoró el plato de pasta que Jordi, en previsión, le había guardado en la nevera.

Pasadas las once oyó que lo llamaban desde la calle. Salió a la terraza y vio a las hermanas y a más gente de la pandilla en la acera contraria.

—¿Te vienes, Arnau? —gritaba Eva.

—¿Adónde vais?

—No lo sé. A dar una vuelta, como siempre.

Buscó a Eli y no la encontró.

—¿Y Eli? —preguntó.

—No está. Quizá se apunta más tarde.

—¿Está en casa?

—No. Está fuera.

Arnau no supo cómo reaccionar.

—¡Va, ven, tío! —le reclamó Joan.

—Paso. Estoy cansado. Hoy me quedo en casa.

Eva, Joan y otros le dijeron adiós con la mano y retomaron la marcha en dirección a la plaza de las palmeras y al paseo. Arnau distinguió a Esther junto a dos muchachitas más que avanzaban sin apartar los ojos de las pantallas de sus respectivos móviles.

Pol estaba sentado ante la tele viendo una película y Jordi trasteaba en la mesa de su habitación, que hacía las funciones de despacho. ¿Dónde estaba Eli?, se preguntaba Arnau, que no sabía exactamente qué hacer, ni dónde sentarse, ni cómo pasar las últimas horas de aquel día estúpido durante el cual solo había estado pendiente de la chica. No le había dicho nada, lo había dejado plantado sin cenar juntos, y ahora resultaba que había salido. ¿Qué se suponía que tenía que hacer él?

—¿No sales con los colegas? —le preguntó Pol desviando los ojos de la tele.

—No. Eli no está con ellos.

—¿Y dónde está?

—Ni puta idea.

Pol bajó el volumen de la tele con el mando mientras le pedía que se sentara con él en el sofá.

—¿Algo va mal, pues?

—Y yo qué sé. No me ha dicho nada en todo el día; ha pasado de mí y de la cena que habíamos planeado. Y ahora vete a saber dónde está. ¡Joder! Todo el día pendiente de ella.

—Que no tenga móvil es un problema… Quizás han vuelto a venir sus padres.

—No lo sé. Pero entonces tendría que haber encontrado la manera de decirme que no podía quedar conmigo. Las cosas no se hacen así, ¿no te parece?

Pol se encogió de hombros.

—¿No te habían dicho nunca que la vida es complicada, chaval? —Rio—. No te preocupes. Seguro que le ha surgido algún imprevisto. Mañana te lo explicará y te pedirá disculpas.

Arnau anunció que se iba a leer a la cama. Se sentía realmente superado por la situación: era como si lo hubieran estafado. Todo debía de tener una explicación, seguro, pero aquella sensación de humillación y desprecio lo hería.

Cuando ya se había puesto el pijama y estaba dispuesto a ver un nuevo capítulo de la serie, convencido de que no se podría concentrar para leer, recibió un wasap de Esther:

Está con él. Ha dado una excusa a mi madre, pero yo creo que él ha venido a verla.

* * *

Cuando Arnau y Pol salieron a nadar, faltaban diez minutos para las nueve. En la puerta del apartamento encontraron una nota enganchada con Blu-Tack:

«Arnau, si vas a nadar con Pol, dame un toque.

Estaré despierta y esperándoos a partir de las ocho».

Pol rio y puso una mano en el hombro de Arnau.

—¿Ves cómo se arreglan las cosas de la vida?

El primer impulso del muchacho fue pasar de ella, pero Pol lo obligó a cambiar de opinión. Subió al piso de arriba, dio unos golpecitos a la puerta, y enseguida Eli le abrió. Ya llevaba el bañador y una toalla alrededor del cuello. Le sonrió, salió y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Pol me espera abajo —anunció Arnau.

—OK. Vamos —dijo Eli.

Ninguno de los dos comentó nada más hasta que no estuvieron en la calle y Eli saludó a Pol. Mientras iban a la playa hablaron sobre la rutina matutina de la natación. Arnau estuvo en silencio todo el rato. Mientras dejaban las toallas y las chanclas en la arena, Pol trató de mediar entre los dos.

—Lo tenemos un poco mosca porque ayer estuvo esperándote un montón de horas. ¿No teníais que ir a cenar juntos? —le preguntó a Eli.

—Surgió un imprevisto y no pude avisarte —dijo la chica dirigiéndose a Arnau—. Mi madre me llamó para pedirme que fuera a visitar a una amiga suya que vive en Llorenç del Penedès. Me llevó la madre de Eva.

—¿Y no les podías haber dicho a las hermanas que me lo dijeran? Te estuve esperando toda la noche.

—Es que no pensaba quedarme tanto rato. La señora me tenía que acompañar a Sant Salvador antes de las nueve, pero al final me invitaron a cenar y me trajeron mucho más tarde.

Arnau sacudía los brazos y las piernas antes de entrar en el agua y no hizo ningún comentario. Eli dijo que sentía mucho haberle hecho perder el tiempo, y Pol dio la conversación por acabada.

—Aclarado todo, ¡ahora toca nadar!

Mientras braceaba, el joven no podía dejar de pensar en el wasap de Esther. Y, según su parecer, no ayudaba la actitud de Eli, que no se mostró nada afectada por las recriminaciones que él le hizo: la chica se limitó a justificar lo que había pasado sin darle importancia.

No se detuvo ni un momento para comprobar si Eli los seguía o si alguno de ellos se desviaba de la ruta habitual. El ritmo constante y el ruido de las brazadas sucesivas hacían de barrera contra todo lo que le atormentaba y no quería ni imaginar. No sabía nada de Eli. No podía juzgar su actitud ni su comportamiento. No podía saber si le mentía o decía la verdad. No sabía interpretar sus emociones. Era consciente de que nunca había experimentado lo que sentía por ella, pero lo cierto era que apenas la conocía. En cualquier caso, reflexionó, muchas de sus inquietudes seguramente eran injustificadas porque provenían de la maldad de Esther, de sus historias y sus wasaps cargados de crueldad y ansia de venganza. Y si, en el peor de los casos, lo que le había revelado Esther tenía algo de cierto, lo único que debía hacer era olvidarse de Eli y esforzarse en minimizar los quebraderos de cabeza que lo trastornaban. Eso haría, se repetía a cada movimiento de brazo concentrado en nadar a crol:

pasar de ella, hacer como si no existiera, procurar que no interfiriera en su vida. Si la chica tenía problemas, ella se los había buscado y él no tenía nada que ver con ellos.

Cuando se dio cuenta de que había llegado a la altura del edificio alto de siempre, Arnau buscó la cabeza de Pol, por si ya había dado media vuelta para iniciar el camino de regreso. A su lado, sin embargo, a pocos centímetros, se encontró con el rostro de Eli.

—¿Dais la vuelta aquí?

Arnau asintió, pero no hizo el gesto de ponerse a nadar. Eli también se quedó quieta, moviendo los brazos para flotar.

—¿De verdad que estás enfadado?

—¿Yo? No.

La expresión de la chica había cambiado ahora que estaban solos. A pesar de tener media cabeza bajo el agua, Arnau la notó compungida, como si admitiese su error, como si se avergonzara de su comportamiento.

—Va, regresemos —dijo él antes de empezar a nadar.

Pero ¿qué comportamiento? ¿El que había tenido con él? ¿El que mantenía con su acosador que la visitaba incluso cuando estaba de vacaciones en casa de unas amigas? ¿De qué demonios se avergonzaba? Arnau intuyó que no podría continuar nadando si pensaba en estas cosas. Físicamente se estaba resintiendo; el malhumor le rompía el ritmo de la respiración y le empezaban a doler los gemelos, como si tuviera calambres. Se detuvo un segundo y después retomó el ejercicio intentando no pensar en nada.

Pol los esperaba en la arena, se estaba secando con la toalla. Arnau fue el último en salir del agua y se quedó un rato más, mirando el sol y el reflejo que provocaba sobre el débil oleaje. Por el

rabillo del ojo, veía cómo Eli y Pol conversaban en la arena, envueltos en sus toallas. No había sido buena idea venir con ella a nadar, pensó Arnau. Le había cortado el rollo y no lo dejaba disfrutar del momento. La playa estaba silenciosa, la temperatura era ideal, pero en su interior los nervios y la agitación lo roían, sensaciones que iban del desprecio a la decepción. No, no hubieran tenido que avisar a Eli aquella mañana.

—¡Va, tío, vamos a desayunar! —Oyó que lo llamaba Pol.

Él, desde el agua, les hizo un gesto con la mano.

—¡Id tirando! ¡Yo me quedo un rato más! —gritó, y enseguida dio la vuelta de nuevo hacia el horizonte para nadar a braza lentamente, siguiendo la estela del sol sobre el mar.

Contó cien brazadas y por fin giró para regresar a la playa. Con sorpresa descubrió que Eli lo esperaba, con los pies en el agua; Pol se había ido. Nadó a crol hasta donde ella se encontraba. Se había envuelto la toalla alrededor del cuerpo y, de vez en cuando, se agachaba para recoger alguna concha. Arnau decidió que no tenía ganas de hablar con ella.

—Siento que estés enfadado conmigo —le dijo Eli mientras él se secaba—. No era mi intención hacerte perder el tiempo.

—No te preocupes. No tengo ganas de hablar de eso ahora…

—No tenía móvil para poder avisarte. No me sé ni tu número y…

—¡Ya sé que no tienes móvil! —le gritó Arnau sin poder reprimirse —. ¿Y yo qué culpa tengo de eso? ¡No lo tienes por culpa de otro, joder!

Eli se quedó paralizada y no supo qué decir. Arnau notó su azoramiento y pensó que debía excusarse, pero no le salió. La chica

carraspeó, como si fuera a decir algo, pero tampoco lo hizo. Aquel mutismo enfureció aún más al muchacho.

—Me escondes cosas, Eli, lo sé. Me dijiste que necesitabas tiempo e ir a tu ritmo, sí, pero ¡toda esta mierda me afecta a mí, a mi tiempo, y a mi ritmo!

—¿Por qué me hablas así? —Se volvió ella.

—¡Porque juegas conmigo, tía! ¡Evitas contarme cosas, y te importa tres pitos si me afecta o no!

—No tienes derecho a…

—¿A qué? ¿A qué no tengo derecho? —se precipitó él, enfurecido —. ¿Tú tienes derecho a no ser sincera y yo no tengo derecho a molestarme? ¿Cuál es mi papel? ¿Callar y esperar sin protestar? ¿Estar disponible cuando la señora quiera acariciarme la mano? ¿Cuando a la señora le apetezca ir a nadar?

Eli lo miraba furiosa y enseguida hizo el gesto de dirigirse hacia donde habían dejado las chancletas. Arnau la detuvo reteniéndola violentamente por el brazo.

—Sé cosas, Eli. He sabido cosas de ti que seguramente todo el mundo sabía menos yo, y me siento un pringado, porque debería haberme enterado por ti, pero tú no eres capaz de contarme nada.

—¿Qué cosas? ¿De qué demonios hablas?

Arnau no contestó. La observó con rabia, sin soltarle el brazo. Ella, finalmente, se libró de un tirón. Recogió sus chancletas y salió a la carrera hacia el paseo.

* * *

Viendo a Arnau tan aletargado, Pol le propuso ir a buscar el coche y pasar el día fuera, donde él quisiera. Podrían visitar algún pueblo o buscar alguna actividad por internet, o ir a comer a algún sitio especial o bañarse en alguna playa. Arnau se encogió de hombros y le dijo que le era indiferente, que no se preocupara por él, que ya se le pasaría.

—Hoy no tengo nada que hacer —insistió Pol—. O sea que me apetece pasar el día fuera.

Finalmente eligieron ir a Sitges. A Pol le apetecía ir al museo del Cau Ferrat y aprovechar para visitar la exposición que un amigo suyo, ceramista, tenía abierta en una pequeña galería del pueblo. Cogieron los bañadores por si acaso, a pesar de que la finalidad de la salida era cultural. Arnau aceptó la propuesta sin apetecerle demasiado, y Jordi les sugirió quedar al atardecer en El Vendrell para ir al cine y después picar algo en los locales de la zona de ocio de Les Mates.

Cuando estaban a punto de salir, Eva llamó al timbre. Venía a proponer a Arnau ir a la playa y quedar por la noche con los de la pandilla. El joven rechazó el plan, porque se iba con Pol a Sitges. Ni por un segundo se le pasó por la mente invitar a las chicas a la salida.

—Hoy es el cumpleaños de Raúl —anunció Eva—. Iremos a celebrarlo. Nos invita a una copa y le gustaría que vinieras.

—No puedo ir. Felicítalo de mi parte. Ya lo veré mañana.

* * *

La salida estuvo bien. Pol aparcó el coche en la zona de El Vinyet de Sitges, en la misma calle Enric Morera, donde vivía una amiga de sus tíos, y fueron andando por el paseo hasta el centro del pueblo. Hacía un día radiante de playa, pero ninguno de los dos propuso bañarse. Fueron directamente al museo y allí se tiraron bastante rato. Pol había estudiado Historia del Arte en la universidad y le gustaba explicar, a quien quisiera escucharlo, el significado de las obras y su razón de ser, las características formales, la vida del artista… Arnau hacía preguntas y comentarios sobre las piezas expuestas, y estaba muy interesado en contextualizarlas. En el museo, no solo había pinturas modernistas, sino también piezas antiguas y curiosidades que encantaron al joven. Se hicieron fotos desde una de las terrazas del museo y Pol sugirió que se hiciera una especial para Eli, pero él se negó.

—¿Todavía estás enfadado?

Hablaron del tema mientras salían del museo y lo continuaron haciendo mientras comían en un restaurante que Pol conocía y donde cocinaban unas tapas buenísimas. Arnau no podía explicarle a Pol todo lo que sabía porque, de hecho, no lo sabía a ciencia cierta. Todo eran intuiciones o insinuaciones que le había hecho Esther. Por lo tanto, fue con cuidado al contar las causas que lo mantenían cabreado con Eli y se concentró en exponer su estado de ánimo.

—No puedes juzgar a una persona sin conocerla a fondo y menos por su comportamiento de un día concreto. Yo lo he oído, tío: esta mañana te ha pedido perdón, y no tienes ninguna razón para creer que te ha engañado o no te ha dicho la verdad.

—Es que no es clara conmigo, no confía en mí para contarme lo malo que le ha pasado en la vida.

—Quizá precisamente por eso no puede hacerlo todavía. Porque le duele, o no lo ha superado. Ni tú ni yo sabemos exactamente qué experiencia traumática ha vivido. Hay gente que tarda en recuperarse. O que anda con pies de plomo para que la historia no se repita, ¿sabes lo que quiero decir? Pienso que no tienes que precipitarte y que, si realmente sientes algo especial por ella, algo que nunca antes habías sentido por nadie, entonces tienes que respetarla y acompasar tus tiempos a los suyos.

Arnau hubiera querido sincerarse más para poder criticar abiertamente el papel que había jugado Esther, pero no podía hacerlo sin revelar las conversaciones que habían mantenido. Viéndose a sí mismo desde el punto de vista de Pol, se sentía un imbécil descomunal dejándose influir por aquella cría celosa, vengativa y tóxica.

Mientras esperaban los postres, Arnau le dijo a Pol que había cambiado de idea y que quería enviar una de las fotos a Eli. A su móvil inexistente no, está claro, sino al de Eva. Eligieron una en la que salía más vivaracho, de pie junto a una estatua femenina, y la respuesta no tardó al llegar: tres corazones.

—Deben de ser uno por cada una, Eva, Eli y Esther —interpretó, poco animado, Arnau, y Pol se rio y le dio un golpecito amistoso en el pecho.

Pero un segundo mensaje llegó a continuación:

De parte de Eli!

Después de comer, fueron a la galería del amigo de Pol, que no resultó ser una sala de arte sino una especie de tienda de regalos donde se exponían las cerámicas del artista. Pol le había enviado un wasap anunciándole su visita y Alejandro, que así se llamaba el tipo,

vivía en Sitges y le dijo que iría a verlos y a mostrarles las piezas en persona. Así lo hicieron, y después fueron a tomar un helado a una terraza del paseo. Alejandro hablaba sin complejos de su vida sentimental y sexual, siempre con tíos y bastante promiscua. Arnau a veces no sabía qué cara poner.

—¡Córtate un poco, Ale, tío! ¡Que Arnau es menor de edad!

—Pues que vaya aprendiendo, ¿no, chaval? ¡La vida puede ser tan placentera como asquerosa! Yo salí del armario y me prometí que nunca más volvería a entrar, ¿sabes qué quiero decir? Por eso no me corto ni un pelo. ¡Y a quien no le guste, aire!

Jordi llamó al móvil de Pol para quedar en el cine de El Vendrell e ir a la sesión de las ocho. Ya tenía la película elegida.

—Dice que es una finlandesa, existencialista, y en versión subtitulada.

—No me lo creo —dijo Arnau—. En esos cines solo pasan pelis dobladas y taquillazos.

—También tienes razón… No me ha querido decir cuál es. ¡Sorpresa!

La verdadera sorpresa fue llegar al multisalas y encontrarse no solo a Jordi, sino también a Eli y a Eva haciéndole compañía.

—Las chicas han querido sumarse a la fiesta —dijo Jordi.

Y Arnau se alegró.

—¿Y el cumpleaños de Raúl?

—Lo ha pospuesto para mañana —explicó Eva—. Se ve que, de improviso, se han presentado sus abuelos y sus tíos de Igualada para felicitarlo e invitarlo a cenar.

—Ya es mala suerte —murmuró Arnau.

—O no —se apresuró a decir Eli, y le guiñó un ojo.

Después de la peli, un *thriller* a la americana que, según Arnau, se parecía a todos los *thrillers* americanos que existían, se sentaron en una terraza para tomar un burrito mexicano y unos nachos con guacamole. Charlaron por los codos y rieron con ganas. Eva sentía curiosidad por conocer las interioridades de una pareja gay consolidada, y a pesar de que Pol le recriminaba que era una cotilla, Jordi, muriéndose de risa, charlaba como una cotorra y exageraba las cosas como si estuviera contando chistes. Como revancha, él quiso saber cómo era la vida sexual de una chica tan jovencita como ella, y Eva le dijo que no fuera un viejo verde como Julio San Fernando; y eso dio pie para hablar de Julio y otros vecinos de Sant Salvador. Arnau apenas decía nada, porque estaba encantado compartiendo aquel rato con Eli, que estaba sentada a su lado, y que, de vez en cuando, le cogía la mano y reía tanto como los otros. Arnau pensó que el mundo era complejo: el día anterior se sentía la persona más infeliz del mundo y hoy, en cambio, era un tipo afortunado que disfrutaba de la vida. Le entraron ganas de coger el cuaderno en el que escribía el guion de la película del verano que estaba pergeñando para contrastar lo que había escrito con lo que escribiría aquella noche. Desde fuera, un futuro espectador podría pensar que aquel cambio de humor del relato era inverosímil, un recurso del autor para dar ritmo al filme, pero él podía asegurar que la realidad había ido de aquella manera y que aquello no era una fantasía de ficción, sino una verdad sorprendente de la vida.

Cuando llegaron a casa, Eli le preguntó a qué hora irían a nadar al día siguiente.

—Yo mañana no iré —anunció Pol, sin dar más explicaciones.

—OK. Entonces, ¿quedamos tú y yo, Arnau? ¿A las nueve?

—OK. A las nueve —dijo él, y recibió un beso en los labios que, en aquel momento, no esperaba.

* * *

Arnau recordaría aquellas horas de la mañana siguiente como las más mágicas de su vida. Como siempre, la playa estaba vacía salvo por una pareja de jubilados y un individuo leyendo en la arena. El mar estaba tranquilo, el sol empezaba a brillar y la temperatura era muy agradable. Eli le propuso nadar primero y después quedarse tumbados un rato.

—Si ahora nos apalancamos, ¡después nos dará pereza nadar!

Eli estaba guapísima con su bañador y el pelo recogido en una cola de caballo. Si el día anterior al muchacho le costó nadar por los pensamientos que le atormentaban, aquella mañana fue todo lo contrario. Sentía que controlaba la situación y que disfrutaba del momento, y el cuerpo le respondía: hacía largas y rítmicas brazadas, y se desplazaba veloz en el agua. De vez en cuando, prestaba atención y escuchaba el ruido de las brazadas de Eli, que nadaba en paralelo sin desfallecer. Enseguida acompasó la respiración a los movimientos y pensó que habría podido nadar una docena de kilómetros.

Al llegar a la altura del edificio alto, Arnau hizo un gesto a su compañera para regresar. Después estuvieron un buen rato más en el agua, nadando poco a poco a braza, siempre siguiendo el reflejo del sol como le gustaba hacer a él.

—Podríamos seguir la estela de la luz del mar hasta el horizonte.

—Yo prefiero echarme un rato en la arena —le dijo él.

Se acercaron a la playa poco a poco, dejándose acariciar por el sol y disfrutando del silencio. Era una sensación maravillosa y especial, porque era compartida. «Quiero que la vida sea siempre esto —pensó el joven—. Aquí y con ella. No quiero nada más». La piel mojada de Eli resplandecía al salir del agua, y Arnau sintió la necesidad imperiosa de acariciarla, y lo hizo, en el cuello, los hombros, la espalda, mientras se dirigían a las toallas. Se estiraron bocabajo y se quedaron con las cabezas apoyadas en los antebrazos, mirándose, sin decirse nada. Las gotas de agua brillaban en la frente y las cejas de Eli, y el chico descubrió una firme convicción en su mirada. «Ella también quiere estar aquí, conmigo, sin nadie más», se dijo. A Arnau le hubiera gustado poder pronunciar un «Te quiero» en aquel instante, pero no se atrevió. No lo había hecho nunca.

—¿Cuándo te vas a casa de tus amigos? —preguntó Eli.

—Pasado mañana. Pero están en Calafell, aquí al lado. Podremos continuar viéndonos cada día. Mis amigos te van a caer muy bien, ya lo verás. Incluso podremos quedar para nadar por la mañana. Vendré en bici. Es un momento.

—OK.

Eli acarició dulcemente el pelo de Arnau. Dejó que sus dedos se enredaran entre los mechones mojados y después cerró los ojos. La serenidad de aquella estampa, de aquel gesto congelado, llegaba para quedarse para siempre en el recuerdo de Arnau; él también cerró los ojos para retener la imagen.

—Ayer hablé con Eva —dijo Eli—. Se ve que Esther le confesó que te ha estado calentando la cabeza con mis historias. Eva opina que por eso te enfadaste.

—Un poco sí —admitió Arnau—. Pero si no quieres, no hay que hablar de eso ahora.

—Sí que quiero. A mí también me cabrea que te molestaras por los cotilleos de Esther. Eva me dijo que su hermana está arrepentida. Bueno, solo un poco, la verdad —añadió sonriente.

—Yo esperaré hasta que tú me lo quieras contar. Cuando estés preparada, yo te escucharé.

—No hay demasiado que explicar. Cometí un error, y lo pagué.

—¿Qué error? ¿Verte con tu acosador?

—Sí. Supongo que sí.

—Entonces, Esther no mintió. Me aseguró que os habíais visto sin que nadie lo supiera. Y que por culpa de ese contacto enfermaste.

Eli no replicó al comentario. Observaba fijamente a Arnau con aquella mirada tierna y firme a la vez

—¿Fue así, entonces? —quiso saber el joven.

—Imagino que sí.

—¿Te hizo daño? —se atrevió a preguntar él.

—¿En qué sentido lo preguntas? Daño físico, no. No me pegó ni me violó ni nada de eso. Pero sí que me hirió, vistas las consecuencias.

—¿Maltrato psicológico? —sugirió él.

La joven se dio la vuelta y se puso boca arriba. Tenía los ojos abiertos y miraba el cielo azul de aquel día radiante.

—Es complicado, Arnau. A lo mejor me equivoco cuando digo que me hizo daño. Quizá me lo hice a mí misma, porque estaba débil, y angustiada. Estaba en baja forma…

—¿Él se aprovechó? —la interrumpió el chico.

—Tampoco lo sé. Puede que él no tuviera la intención de hacerme sufrir ni de causarme ningún dolor. No obstante, el resultado fue lamentable, sí. Es muy complicado —repitió—. El caso es que los médicos me ayudaron, y mis padres también, la verdad. Tocaba superarlo y lo estoy consiguiendo. Vuelvo a encontrarme con la Eli de siempre, no la de aquella época. Una Eli perdida, insegura, nerviosa.

Arnau se quedó unos minutos en silencio, observando el perfil de aquella chica valiente que había conseguido dejar atrás un trauma y que ahora estaba con él en la playa, serena, dejando que el calor le acariciara el rostro. Sin embargo, no pudo resistirse a continuar preguntando:

—¿Y él?

—¿Él qué? —preguntó a su vez Eli girando la cabeza hacia la derecha para mirarlo.

—Quiero decir… ¿No le pasó nada? ¿Sigue haciendo su vida? ¿No tuvo problemas?

Algo cambió en la expresión de la muchacha. Arnau lo descubrió enseguida. Fue como si se apagara una luz. La mirada perdió intensidad. Las cejas se le contrajeron un poco. El cambio fue sutil, pero alarmante. El chico se incorporó levemente haciendo presión con los antebrazos sobre la toalla.

—Él se quedó con su mujer y su hijo —murmuró Eli.

SEGUNDA PARTE

Eli

1

La madre de Eva entró en la habitación pasadas las diez de la mañana.

—Es lo que pactamos, ¿no? —dijo la mujer después de escuchar las quejas de Eva desde la cama—. Podéis salir por la noche y volver a la hora que queráis, pero a las diez de la mañana tenéis que estar levantadas.

—Oh, mamá…, un ratito más, *please*…

—Ni plis ni plas. A la ducha y a vestirse deprisa, que tenéis que acompañarme al Lidl.

* * *

La noche anterior habíamos celebrado el cumpleaños de Raúl, todos los de la pandilla. Nos invitó a una ronda en Can 60 (lo pagó todo él) y llenamos prácticamente la terraza entera. Después fuimos a sentarnos en la arena, a la orilla del mar. Los más íntimos le habían hecho regalos; los demás nos habíamos limitado a poner diez euros en el bote para comprar botellas de alcohol y de refrescos, y un arsenal de bolsas de patatas fritas, Cheetos y otras porquerías.

Estuve todo el rato junto a Arnau, pero me integré en las conversaciones de la pandilla, reí cuando tocaba reír y hasta bailé.

Arnau no. Él no se preocupó en disimular su incomodidad desde la conversación que habíamos mantenido por la mañana, los dos solos en la playa. Había sacado el tema él y yo, por primera vez, me sinceré. Solo un poco, y aun así, con lo que le revelé tuvo suficiente. No hizo muchas preguntas, pero lo poco que supo lo dejó de malhumor, o preocupado, o desilusionado; no lo sabría definir. Y eso que yo me había esforzado en quitar hierro al asunto. Le dije que estaba superado, que las cosas eran diferentes ahora y que no le diera más vueltas al tema. Que ya no había nada que hacer. «¡Ostras, tía, es que te doblaba la edad! Tenía familia… Es muy *heavy*». Sí, reconocí, pero aquello ya pertenecía al pasado. Ni aquel hombre ni las circunstancias que nos rodearon tenían nada que ver con mi vida actual. Mentí, está claro.

Raúl estaba eufórico y se animó enseguida. Habían subido el volumen de los altavoces hasta que unos adultos nos llamaron la atención y dijeron que o apagábamos la música o llamaban a la policía. Conocían a la madre de Eva y miraron a las hermanas con acritud. Eva, muy educada, les pidió disculpas y, a pesar de las protestas, nos obligó a movernos y buscar un lugar en la playa alejado del paseo y de los vecinos. Arnau me tomó por la cintura mientras cambiábamos de campamento andando por la arena, descalzos y con los zapatos en las manos.

—¿Qué piensas? ¿Estás preocupado? —le pregunté.

—No puedo dejar de pensar en ello —reconoció.

Me dijo que era una situación extraña para él. Que era la primera vez que se enamoraba de verdad, me confesó, y que sentía por mí cosas que nunca había sentido por nadie. Según él, eso justificaba que se hubiera quedado tan impactado y yo debía entenderlo.

—¡Joder, tía! Eres mi primer amor. ¿Sabes qué quiero decir? El primero auténtico, porque antes solo había tonteado, ligues intrascendentes. Y ahora que siento esto y compruebo lo guapo que es y el buen rollo que da, resulta que descubro que la tía que me gusta se había enrollado con un tipo mucho mayor, casado y con hijos, y…

—Yo no te he dicho que nos hubiésemos enrollado, Arnau —le interrumpí.

—¡Pero me lo imagino! ¡Que después estuviste fatal! ¡Que incluso tuvieron que ingresarte!

—La verdad, pienso que lo estás magnificando. Y te repito que es agua pasada y que ahora todo ha cambiado. Yo también tengo sentimientos hacia ti que no había sentido antes por nadie…

—No puedo compararme con un tipo de treinta y cinco años, tía… —me interrumpió esta vez él.

—Yo no te he comparado nunca con él.

Pero sí lo hacía, claro. Constantemente. Desde hacía una semana y media. Desde que había conocido a Arnau. Y desde que el otro había vuelto a mi vida.

* * *

Recorrimos los pasillos del Lidl de Calafell bajo las órdenes de la madre de Eva y era yo, más que su hija, la que le hacía caso y cogía los productos que pedía y la que sugería qué comprar mientras ella improvisaba mentalmente las comidas de la semana. Desde el primer día intenté no ser una molestia en la vida de aquella familia que tan amablemente me estaba acogiendo durante un mes. Ellas

enseguida se dieron cuenta de que yo estaba dispuesta a colaborar en todo, y que al final era más una ayuda que un estorbo. Hacerlo era algo natural para mí. Desgraciadamente, me había tocado actuar así muchas veces en la vida y estaba acostumbrada. Solo hacía un año que conocía a Eva, desde que íbamos a la misma clase, pero habíamos congeniado a fondo. Cuando me incorporé al instituto en septiembre, después de mi baja de un año entero, Eva me había acogido con los brazos abiertos. Mi historia secreta (mi desaparición repentina y larga del centro) le llamaba la atención. No sabía qué me había pasado exactamente, pero intuía que tenía que ser algo grave. Y eso, esa diferencia, esa peculiaridad, le resultaba fascinante. Eva era así: le gustaba rodearse de personas especiales, de personas que sobresalían por algún motivo. Iba con los chicos más vivarachos y embaucadores; sus amigas eran las chicas más populares del instituto. Era muy extravertida y le gustaba ser el centro de atención, pero más por lo que le aportaba la gente de la que se rodeaba que por ella misma. Presumía de sus amigos y amigas. Presumía del hecho de que, precisamente ellos y ellas, fueran sus amigos. Tenía un montón de contactos y relaciones, daba buena imagen en las redes sociales. Que mis padres tuvieran pasta era un punto a mi favor, pero no tanto como para ser la razón de que apreciara mi amistad y mi compañía sinceramente. Fue la historia de mi internamiento en un centro (posterior a un episodio de acoso) lo que hizo que se acercara a mí ya el primer día del curso. «Me tendrás siempre a tu lado, Eli. No te quepa ninguna duda». Y así fue.

Mientras salíamos del supermercado, Eva le contó a su madre que al día siguiente Arnau se iba de casa de sus tíos.

—¿Vuelve a Barcelona? —preguntó la mujer.

—No. Viene aquí, a Calafell. Pasará una semana en casa de unos amigos. Sus padres todavía están de viaje.

—Así podréis continuar viéndoos —comentó su madre mirándome a mí.

—Sí. Esta pequeña distancia no conseguirá romper la parejita —dijo Eva riendo.

Aquella madrugada, cuando volvíamos a casa, había hablado de eso con Arnau. A aquella hora ya se le había pasado un poco el malhumor y reía y hacía bromas. En el fondo, yo estaba convencida de que aquel distanciamiento de unos pocos kilómetros le vendría bien a nuestra relación. Él se distraería conviviendo con sus amigos y estaría a un paseo en bici de Sant Salvador, para ir juntos a bañarnos o quedar con la pandilla. Además, yo necesitaba relajarme. Sufría la presión de vivir en una casa que no era la mía, con una familia que no era la mía y sabiendo que en el piso de abajo vivía el chico con quien estaba iniciando una relación que, por fin, era «normal», como las que tenían las chicas de mi edad, y que evolucionaba como debían de hacerlo todas las relaciones que mantenían ellas con sus enamorados. Sabía que tenía que apostar por una relación como esta: natural, sin complicaciones, sin juicios, sin trabas. Tenía que acostumbrarme (o aprender) a querer como lo hacía todo el mundo. Y Arnau era la persona ideal para experimentarlo. Un chico tierno, inexperto, ilusionado, que, además, tenía inquietudes intelectuales y creativas. Arnau era el chico que me podía hacer feliz y que me podía ayudar a aclarar mis dudas, a rectificar mis errores y equilibrar mi deteriorado sistema nervioso.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Eli. Quiero apostar para que lo nuestro funcione. Me tendrás cerca para superar toda esa mierda.

Le di las gracias antes de despedirnos con un beso largo a las puertas del edificio mientras esperábamos a que llegaran Eva y Esther. Después subimos por la escalera en silencio y solo nos dimos las buenas noches. En la habitación, ya en la cama y admirada una vez más por la velocidad con que se dormía Eva, resonó en mi cabeza la última frase de Arnau: «Superar toda esa mierda».

«Esa mierda» había complicado mi vida, sí, por supuesto. Había torcido mi camino; había retrasado el ritmo normal de mis estudios; había frenado en seco el contacto con mis amistades y con mi familia. Esa mierda lo había cambiado todo. Me tuvieron que ingresar, medicar y psicoanalizar, porque afectó a mi salud mental. Me hizo vulnerable, miedosa. Disminuyó mi autoestima, me coartó la libertad. Me dejó hecha polvo. Me anuló, me hizo dudar de mis propios razonamientos, de mis propios deseos.

Sin embargo, aun así, me dolía que alguien dijera que aquello había sido una mierda. Nadie, ni siquiera Arnau, que no sabía nada y que, según él, me quería, tenía derecho a decir que aquello había sido una mierda. En todo caso, yo era la única que podía utilizar aquel término para definir lo que había vivido.

Y yo no lo usaría nunca.

* * *

Cuando volvimos del Lidl y mientras Eva y su madre guardaban en los armarios y en la nevera lo que habíamos comprado, fui al dormitorio, cogí el neceser y me encerré en el baño. De pasada, vi

que Esther estaba en la terraza mirando el móvil y la saludé con la cabeza.

Abrí el estuche donde escondía mi móvil. Estaba apagado, como siempre. Lo puse en marcha, tecleé el pin y aguardé a que se actualizaran aplicaciones y mensajes. Antes que nada, puse el aparato en silencio.

Solo podía esperar wasaps o mensajes de voz de una persona. La única persona del mundo que sabía que tenía un móvil. La única que tenía mi número. Y aquella persona había dejado tres mensajes, dos de texto y uno de voz. Antes de leer los primeros y, como pasaba cada vez que ponía en marcha el móvil, tuve remordimientos. Era consciente de que estaba actuando mal y de espaldas a todos aquellos que querían ayudarme. Comprando el aparato a escondidas, estaba traicionando a mis padres y a la psicóloga. Él me lo propuso y yo lo había aceptado. A la mierda todas las recomendaciones y las terapias. «A la mierda», pensé el último día que nos vimos y le pasé el número.

No me da miedo tener el móvil, ni que él pueda comunicarse conmigo, porque las cosas han cambiado mucho y yo me encuentro bien y cada día estoy más segura de mí misma. Decidí que no me hacía ningún mal que mantuviésemos (aunque fuera en secreto) el contacto. Él había insistido, es cierto: que si todo había cambiado; que ahora que yo estaba fuerte debía tomar mis propias decisiones; que tenía que ser valiente y pensar por mí misma… Los dos valoramos qué camino tomaríamos y a qué cosas renunciaríamos. Y los dos optamos por no apartarnos de nuestras vidas respectivas. Él me propuso seguir en contacto, siempre en secreto, siempre de espaldas a los otros y sin dejar ninguna pista. Me dijo que él, que

era mayor y más maduro, sabía que nos teníamos que dar una nueva oportunidad. Quizás olvidar cómo había empezado todo; porque él aceptaba que se había equivocado, pero que ahora éramos libres y nos merecíamos volver a intentarlo.

Después de aquel encuentro me planteé muchas dudas. Como no podía hablar con nadie (era nuestro secreto), me inventé una interlocutora virtual. Ella, ese personaje ficticio, me haría las preguntas que el resto del mundo no me podía hacer. Y yo, la Eli real, las tendría que responder. Al principio era un juego de locos (un juego que me había inventado yo, la que había estado bastante loca la última temporada de mi vida): una mujer (yo) me preguntaba a mí (también yo) todo lo que me pasaba por la cabeza. Yo (la real) tenía que contestar a todas las cuestiones, sin obviar ninguna.

La primera que mi doble me hizo fue esta: «Tú, Eli, tienes solo diecisiete años. Eres menor de edad. Este tipo tiene treinta y cinco. ¿No crees que puede haber cierto abuso de poder en la decisión de no perder el contacto? ¿No crees que él, que es un adulto, puede aprovecharse?». Estaba convencida de que eso era lo que me habrían preguntado mis amigos, mis padres o cualquier psicólogo.

Después de largas conversaciones (monólogos) con mi otro yo, decidí que sí quería mantener el contacto con él y, por lo tanto, me decanté por el móvil secreto y que él tuviera mi número. Consideré que aquel gesto de rebeldía era beneficioso para mí. Durante meses me había visto sometida a voluntades que no eran la mía. Había obedecido las órdenes, había tomado la medicación, había seguido las terapias y había respetado los consejos. Me había anulado como mujer joven e independiente. Había transigido en todo (también es cierto que mi salud física lo reclamaba), pero de pronto me sentía

mejor y tenía ansias de libertad. La nueva Eli, la reencontrada Eli, quería tomar de nuevo las riendas de su vida.

Leí los dos wasaps. El primero era solo una pregunta:

Cómo estás?

El segundo eran dos preguntas:

No quieres decirme nada? Por dónde andas?

Después me puse los auriculares para escuchar el mensaje de voz.

Eli, no sé nada de ti. Tal vez has tomado la decisión de evitarme. No pasa nada, lo entiendo, pero me gustaría que me lo dijeras. ¿Estás todavía en ese pueblo de la costa en casa de tu amiga? Sabes que no te presionaré con los mensajes. Aceptaré cualquier decisión tuya, pero me angustia el silencio. Estoy de vacaciones; quiero decir que no trabajo estos días. Quizás es eso, que tengo mucho tiempo para pensar y me rayo un poco.

Aquí se callaba un rato largo y se le oía respirar.

Eli, no quiero abrumarte. Solo necesitaba oírte y que me confirmaras que estás bien. Cuídate.

Enseguida guardé el móvil dentro del neceser, tiré de la cadena del váter y salí. Eva me esperaba en la habitación.

—Mi madre dice que nos demos un baño antes de ayudarla a preparar la comida. ¿Te animas?

Bajamos a la playa con las toallas. Ni ella ni yo sugerimos invitar a Esther o a Arnau a acompañarnos: tenía que ser un baño breve, porque nos habíamos comprometido a cocinar.

—¿Te puedo comentar una cosa, Eva? Es solo una idea alocada, a ver qué te parece.

—¿Qué idea?

Nos habíamos bañado y nos secábamos tumbadas en las toallas.

—Estoy dudando si pedirle a Arnau dormir juntos hoy, antes de que se vaya a Calafell.

Eva se incorporó haciendo presión con los antebrazos y se quedó mirándome con la boca abierta. Con una mano se subió las gafas de sol para observarme directamente a los ojos.

—No lo sé, tía. Es un poco fuerte. Quiero decir que, aunque no estén sus padres, vive con sus tíos. Yo no sé si Arnau… Vaya. No lo sé. ¿Habéis hablado de dormir juntos? ¿Os lo habíais planteado, quiero decir?

—No.

—Pues no lo sé —repitió—. Quizás mejor si os enrolláis en la playa esta noche.

—Los tíos de Arnau son muy permisivos…

—Ya, pero son sus tíos. Yo no sé si… Quiero decir… Ya me entiendes. —Hizo una pausa sin dejar de mirarme—. ¿A ti te apetece irte a la cama con él?

—Sí. Y hoy sería la última oportunidad. A ver, solo estoy pensando en pasar un rato a solas tumbados en la cama. Un rato romántico de intimidad. A ver qué le parece a él.

—No lo sé, chica.

* * *

Por la tarde, después de comer, en lugar de echar la siesta, bajé al piso de Arnau. Saludé a Pol (Jordi no estaba) y rehusé el café que me ofreció. Arnau había empezado a preparar su bolsa para irse a Calafell al día siguiente y la tenía encima de la cama. Le pregunté si

tenía ganas de ir con sus amigos y él me dijo que sí, aunque ahora todo era diferente.

—He estado pensando en llamarles y decirles que no iba, que prefería quedarme aquí. Ya me inventaría alguna excusa. Para mis tíos no sería ningún problema que me quedara. Pero no lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—No sé si es buena idea.

Me senté en la cama, junto a la bolsa a medio preparar. Arnau apoyó su espalda en la pared y se quedó de pie. Llevaba una camiseta y unas bermudas, e iba descalzo. Arnau tenía los pies muy bonitos.

—Estoy confundido, Eli —reconoció.

No dije nada, esperando a que fuese él quien empezara a hablar. Pero no lo hizo. Al cabo de unos segundos insistió:

—Estoy hecho un lío, Eli.

—¿Quieres que cenemos juntos hoy? Comemos un bocata en alguna terraza y después nos reunimos con la pandilla. O no. Como tú quieras. También había pensado que podríamos…

—¿Lo sabe Eva? —me interrumpió Arnau.

—¿El qué?

—Que él era tan mayor, y que estaba casado y tenía un hijo.

—No. Bueno, no estoy segura. Yo no se lo he contado. ¿Puedo hacerte una pregunta: que te quedes o te vayas depende de si Eva lo sabe o no? Es que no te entiendo, Arnau. Lo que te quita el sueño pertenece al pasado, te lo he dicho muchas veces. Soy otra persona. Tú has conocido y hablas con la Eli de ahora, no con la de antes.

Arnau bajó la cabeza, sin ninguna intención de contestar a mis reproches. Pensé que quizá no era buena idea sugerirle dormir

juntos, al menos hasta que se aclarara. Me parecía que estaba siendo injusto conmigo; aunque tampoco yo era sincera con él. Lo que yo necesitaba era que él apostara firmemente por nuestra relación y me lo pusiera todo fácil. Aquel pensamiento era egoísta por mi parte, pero estaba convencida de que la actitud de Arnau podía ser clave para solucionar las cosas.

—Esta historia tuya me sobrepasa, Eli… No sé qué pensar ni cómo actuar.

Le hice un gesto con la mano para que se acercara a la cama. Lo hizo. Nos quedamos sentados, el uno al lado del otro, con las manos entrelazadas.

—No sé cómo ayudarte… —murmuré.

—Es complicado —reconoció—, pero quiero confiar en ti. Necesito confiar en ti.

—¿Qué puedo hacer?

—Explicármelo todo.

—¿Explicarte el pasado? ¿Y qué vas a hacer con lo que ya es pasado, algo que ya está muerto? Creo que deberías confiar en mí ahora, en el presente. Yo soy la que has conocido. Lo demás es una historia de una Eli antigua. Tú no la conociste.

Asintió con un cabezazo y me miró en los ojos.

—Tienes razón. Soy un idiota. —Luego, me sonrió—. Un idiota romántico.

—Te quiero proponer una cosa. No sé qué va a parecerte… —Hice una pausa durante la cual él se limitó a mirarme expectante—. ¿Por qué no dormimos juntos hoy? Aquí, en tu habitación.

Arnau se me quedó observando fijamente mientras se le dibujaba una sonrisa que fue incapaz de disimular.

—¡Me encantaría! —dijo finalmente y acercó sus labios a los míos —. Aunque es mejor que mis tíos no se enteren. Si volvemos tarde, ellos ya estarán en la cama y ni se darán cuenta de que te quedas aquí.

* * *

Después de cenar, mientras Eva estaba en el lavabo pintándose para salir, eché un vistazo al móvil. Lo puse en marcha solo para pensar, durante la operación, si sería mejor escribirle y decirle que estaba bien y que intentaría llamarle un día de estos; que era complicado hacerlo estando en casa de mi amiga (que sí, que todavía estaba con Eva) fingiendo que no tenía móvil; que no se preocupara.

Mi mensaje lo tranquilizaría, evidentemente, pero a la vez sería como iniciar una conversación que, en el fondo, yo sabía que no era oportuna. Un diálogo para el que no estaba preparada, o no sabía si lo estaba. Cuando el teléfono se estaba poniendo en marcha estuve a punto de apagarlo. Deseé que Eva acabara de pintarse enseguida y entrara en la habitación antes de tiempo, obligándome a esconder el móvil. «Te estás engañando a ti misma, Eli», me decía mi *alter ego*.

Eva no entró. El móvil se puso en marcha.

Él había dejado tres mensajes más de voz.

«Cuidado, Eli —me advirtió mi *alter ego*—. Esta situación tiene la pinta de repetir los esquemas de la primera vez. Este tipo está obsesionado. No ha cambiado lo más mínimo. Te ha estado mintiendo en los últimos meses. Lo mejor sería tirar el móvil a la basura».

Mi corazón iba a cien por hora. Apagué el aparato y lo guardé sin escuchar los mensajes ni responder a los anteriores.

—¿Aún no te has vestido? —se extrañó Eva cuando regresó a su habitación.

* * *

Arnau notó enseguida mi nerviosismo.

—No tengas miedo —me dijo al oído—. Todo va a salir bien. Iremos a tu ritmo. ¡Mi cama es bastante grande para dormir cómodos!

Le regalé una sonrisa (aplaudiendo que malinterpretara aquello que me afectaba) y le estreché la mano. La pandilla había decidido dedicarle a él la noche, porque sabían que se iba. No se marchaba muy lejos, es cierto, pero cualquier excusa era buena para hacer una fiesta. Fuimos al Pizza Metro a cenar y después el grupo se dividió. Arnau nos invitó a unos cuantos a un *gin-tonic* en un chiringuito de la playa. No me separé de él ni un minuto: andábamos juntos por el paseo y él me pasaba un brazo alrededor de los hombros; en el chiringuito, en la arena, siempre reclinados uno encima del otro. Arnau nos prometió que no cambiaría nada durante la semana siguiente; que él vendría en bici desde Calafell y que su intención era que sus amigos también pudieran formar parte de nuestra pandilla.

Reímos y bailamos descalzos un rato. En un momento dado, Arnau soltó que él y yo queríamos estar solos y nos despedimos del grupo. Atravesamos la playa hasta el mar. Él se remangó los pantalones para poder andar con los pies dentro del agua. La luna lucía

esplendorosa y nos llegaba en sordina el ruido de la gente y los locales del paseo.

De vez en cuando nos parábamos para besarnos.

—Tengo ganas de dormir contigo esta noche, Eli. Muchas ganas.

Yo no sabía qué pasaría más tarde. No sabía ni siquiera qué quería que pasara. No podía dejar de pensar en los mensajes de voz del móvil y en la extraña angustia que aquella insistencia me provocaba.

Nos sentamos en la arena, muy juntos. Arnau me pasó el brazo alrededor de los hombros. Me preguntó si tenía frío, porque sintió que temblaba como una hoja. Agradecí que no habláramos y nos limitáramos a admirar aquella luna brillante encima de nuestras cabezas. Un terremoto emocional me sacudía por dentro. Tenía ganas de gritar: «¡Arnau, ayúdame ahora! ¡No te separes de mí!», y a continuación revelarle los quebraderos de cabeza de los mensajes que se acumulaban en la memoria de un móvil que, en teoría, no existía. Me preguntaba si sería capaz de sincerarme con Arnau y explicárselo todo, lo que hacía bien y lo que hacía mal; mis errores y mis aciertos. Haciéndolo, sin embargo, perdería la exigua libertad y la rebeldía que había conseguido hacer mías las últimas semanas. Confesándole mis miedos, volvería a ser la Eli desvalida e inútil del último año, el peor de mi vida.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó de pronto Arnau.

—¿El qué? —Inmersa en mis pensamientos, no tenía ni idea de lo que me preguntaba.

Él me miró a los ojos. No lo hizo divertido, ni siquiera excitado. Su mirada transmitía dudas, desazón y recelos.

—No —mentí.

* * *

Mientras entrábamos en silencio en el apartamento de sus tíos, imaginé que nuestros pasos eran una especie de cuenta atrás. Quince, catorce, trece… Cuando él cerrara la puerta de su habitación sería el momento cero. Y yo entonces le tendría que contar todo lo que pasaba, todo lo que temía. Si no lo hacía, si decidía callar y tragármelo, quizá se produciría el desastre. Arnau tenía la capacidad de convertirse en mi salvador, pero me tocaba a mí aceptar el papel de salvada.

Cuando fuimos a la cama, yo todavía no había abierto la boca.

—¿Nos quitamos la ropa? —preguntó él.

Yo solo tenía ganas de llorar. De manera egoísta, reclamaba que fuese él quien descubriera mi desconcierto y actuara en consecuencia.

—Aún tiemblas —constató—. Tal vez es mejor que nos quedemos en ropa interior, ¿no? De momento, vaya.

Asentí con la cabeza.

—Estoy muy nerviosa —reconocí.

—No pasa nada. Iremos a tu ritmo, ¿vale?

Liberada del vestido y las sandalias, me tumbé encima de la sábana llevando solo la ropa interior, y él se tumbó a mi lado. Se giró hacia mí y me acarició el cuerpo, desde la cara a los dedos de los pies. Lo hacía muy despacio. Era inexperto, se notaba; sin embargo, me tocaba con sensibilidad y respeto. En aquel primer recorrido, evitó deslizar sus dedos por mis pechos ni entre los muslos. Cuando su mano volvió a mi rostro, lo giró hacia el suyo y me besó dulcemente los labios.

—Te quiero, Eli —dijo.

«¿Por qué demonios ha tenido que dejarme tantos mensajes de voz? —pensaba yo—. ¿Por qué no es fiel a las intenciones que tantas veces ha pregonado y se queda tranquilo y en paz junto a su mujer y su hijo?».

2

Pol se levantó el primero para su habitual baño matutino. Arnau y yo estábamos sentados a la mesa de la cocina y tomábamos un zumo de naranja.

—Te estábamos esperando —lo saludó Arnau.

—¿Ya estás aquí, Eli? Sí que sois madrugadores…

—Eli no ha encontrado su bañador de nadar. No sabe dónde lo ha guardado Marta y por no despertarla… —Yo me limitaba a mirar a Pol y sonreír. Seguíamos el plan tramado por Arnau—. He pensado que se podría poner el de mamá, aunque le vaya un poco grande.

—OK —dijo Pol haciendo una mueca de extrañeza—. Voy a ver si lo encuentro.

Arnau y yo reímos cuando Pol salió de la cocina. Le repetí que hubiera sido más sencillo decirle la verdad. Todavía se extrañaría más cuando viera que tampoco llevaba chanclas ni toalla. Pero Arnau se reafirmó en su estrategia:

—Todo irá bien, ya lo verás. Pol no le dará vueltas al asunto.

Así fue. Volvió con el bañador de la madre de Ar nau, yo me lo puse en el lavabo y salí descalza y con una toalla de su casa sin que él hiciera ni un comentario al respecto.

El día era perfecto. El mar estaba en calma. No había gente en la playa. Fue un placer nadar. Ni la falta de sueño ni los nervios de

haber dormido juntos aquella noche nos afectaban. Sexualmente, no había pasado nada, pero a Arnau no le había importado. «Yo lo que quería era dormir contigo, no enrollarnos. Si hubiera ocurrido, habría estado bien, Eli, claro, pero también ha sido fantástico así. He dormido abrazado a tu cuerpo y al despertar ha sido como hacerlo dentro de un refugio», me había comentado.

Seguimos la rutina de nadar en paralelo a la playa desde la altura de la plaza hasta el bloque alto de apartamentos. Ir y volver, combinando crol y espalda. De vez en cuando, Arnau y yo nos buscábamos con la mirada, solo unos segundos, sin interrumpir el ritmo.

Al salir del agua le dijimos a Pol que nos quedaríamos un ratito más en la arena, y él se fue a preparar el café y el desayuno. Nos tumbamos en las toallas. Apenas hablamos. Simplemente nos mirábamos y sonreíamos.

Me repetía a mí misma que aquello era lo que me convenía. Aquello era lo que tenía que desear y por lo cual tenía que luchar. Para no perder a Arnau, para hacer más estrecha nuestra relación. Al volver al apartamento de Eva, cogería el móvil y lo tiraría a la basura. Mi objetivo debía ser enamorarme de Arnau y hacerle saber que lo necesitaba más que nunca. Él me pasó la mano por el cuerpo, un poco imitando la primera caricia de la noche anterior. Con aquella caricia, quería decir: «Estoy aquí, Eli. Estoy a tu lado».

Desayunamos con Pol y Jordi en la terraza. Arnau recibió un wasap de sus amigos de Calafell: le pasarían a buscar a las doce.

—¿No hay ninguno de vuestros colegas que busque habitación? —bromeó Jordi—. ¿Qué haremos ahora, acostumbrados a una presencia adolescente en casa?

—Puedo decirle a Eva que baje a vivir aquí —propuse.

—¡Ahórratelo, bonita! —Rio.

Arnau tenía ganas de presentarnos a sus amigos. Sugirió que a las doce, cuando vinieran a recogerlo, subirían un momento para saludarnos a las tres. En la puerta, nos despedimos con un beso en los labios.

—Ya no viviré aquí, pero no cambiará nada. Te lo prometo.

* * *

Eva y Esther acababan de desayunar cuando entré en el apartamento. Eva me había cubierto (nada más levantarse, había anunciado a su madre que yo había ido a nadar con los vecinos) y se lo agradecí con un guiño. Enseguida quiso acompañarme a nuestro cuarto para saber cómo había ido la noche en casa de Arnau.

—¿Lo habéis hecho?

—No. No era el momento —me sinceré—. Pero ha sido muy romántico.

—¿Romántico? ¿Solo romántico? ¿Con el tío que te gusta en la cama y solo ha sido romántico? No me lo puedo creer. ¡Era vuestra oportunidad!

Le dije que me iba a duchar y fui a buscar mi neceser al armario. En el lavabo, con el pestillo puesto, saqué el móvil de su escondite. ¿Qué debía hacer?

No podía dejar de pensar en los mensajes que no había oído. Me herían y me intrigaban a la vez. ¿Habría más? ¿Por qué aquella insistencia enfermiza? ¿Por qué me los enviaba si sabía que me podían hacer daño? Mi otro yo lo tenía muy claro: «Es una muestra

evidente de abuso y acoso. Te quiere hacer daño. Pretende que estés tan desequilibrada como hace un año. Es una estrategia dominadora que no busca tu bien, sino tu alienación como persona». Aun así, sostenía el móvil en las manos y no me sentía con fuerzas para volver a guardarlo. Me puse los auriculares y pulsé para escuchar. «No está bien lo que haces, Eli», me dije, pero ya lo estaba haciendo.

Eli, perdona que te moleste, pero me angustia tu silencio. ¿Estás bien? Envíame un wasap, por favor. Solo para decirme que todo va bien. Por favor.

Sé que estoy enviando a la mierda todas nuestras normas. Sé que no tendría que grabarte mensajes. Quedamos en que serías tú la que lo harías si lo necesitabas. Lo sé. Pero estoy sufriendo mucho. ¡Ojalá estés bien en la costa, con tu amiga! Pero… Pero ¿y si no es así? ¿Y si todo se ha complicado? Solo un wasap, Eli. Solo un emoticono de cara sonriente, por favor… Hoy el día está nublado. No sé si allí donde estás también. Quizás es solo eso.

Una tarde me comprometí a cuidar de ti, Eli. Si he estropeado algo, he asumido la responsabilidad de arreglarlo. No quiero hacerte daño, Eli, de eso puedes estar segura. Si me equivoqué al principio, te he pedido disculpas un montón de veces. Y lo continuaré haciendo. Siempre. Pero estoy saturado. Saturado de sufrir por ti. Cualquier cosa que digas estará bien. Pero necesito que lo hagas. No quisiera parecer histérico, pero estoy hecho polvo. Me cuesta sacar fuerzas para sobreponerme. Quizás el silencio es tu respuesta y ahora, recapacitando, lo entiendo… Quieres silencio. Que te deje en paz. Y tienes todo el derecho, solo faltaría. No voy a dejarte más

mensajes, Eli… Perdóname. Una vez más. Solo quería saber que estabas bien. Perdóname.

No había más mensajes nuevos. Eso significaba que había cumplido su palabra y había conseguido, en las últimas veinticuatro horas, no enviarme ni un mensaje más. A lo mejor no volvía a hacerlo; no dejaría ninguno más si yo no contestaba antes.

Ese era mi objetivo. Aquel silencio definitivo era hacia donde yo debía dirigirme (hacia donde me aconsejaba mi otro yo, que hablaba en nombre de todas las personas sensatas que me querían de verdad).

No sé si soy una persona débil o una chica rebelde.

* * *

Arnau subió a nuestro piso para presentarnos a Mireia y a Roc. Entre los dos hermanos solo se llevaban un año de diferencia. Nos cayeron bien. Mireia nos aseguró que la distancia entre su casa y Sant Salvador era una insignificancia, y que les haría ilusión conocer al resto de la pandilla y sumarse al grupo. Arnau les había hablado de todos. Incluso, propuso Roc, más bajito y más tímido que su hermana, que alguna noche podríamos hacer una quedada de pandillas, la de Sant Salvador y la de Calafell.

Arnau ya tenía la bolsa preparada y se había despedido de su tío Jordi y de Pol. La mujer que los cuidaba, a quien denominaban «tata», los esperaba en el coche y les dijimos adiós desde la terraza. Arnau me lanzó un beso soplando en la palma abierta de la mano. Habíamos quedado en vernos al día siguiente al atardecer, con la pandilla, y dos días después él vendría a comer a casa de sus tíos y

yo estaba invitada. «No va a cambiar demasiado. Arnau continuará siendo mi punto de apoyo, por mucho que ahora viva a unos kilómetros de distancia», pensé.

Me fui con Eva a tomar el sol a la playa. Más tarde, bajaron también su madre y su hermana. Después de comer, nos dedicamos un rato a la lectura, cada una en su cama.

—Arnau te envía un corazón —me informó Eva, que era incapaz de concentrarse en su libro e iba dando vistazos a la pantalla del móvil.

A mí también me costaba concentrarme en la lectura. De una forma extraña, el hecho de que Arnau no estuviera provocaba que me sintiera sola. Tenía una sensación de abandono. Quise hablar un rato con Eva, aunque fuera de tonterías, pero la tía se había quedado dormida con el libro en las manos.

Necesitaba ser escuchada, ser atendida. No estaba en mi casa, con mis cosas, mis amigas íntimas. Me encontraba en un pueblo donde no había estado nunca, con una familia que no era la mía. ¿Era una excusa estúpida? Yo era una chica fuerte (mucho más fuerte que hace unos años, después de lo que había pasado), pero aun así en aquel momento me sentía perdida, desvalida, extraviada. ¿O no? ¿O era, como digo, una excusa estúpida? Recuerdo que fue en aquel instante cuando empecé a equivocarme de verdad.

Marta estaba sentada delante de la tele viendo un concurso.

—Voy a salir a pasear un rato, Marta. No me apetece leer y tengo ganas de moverme.

—De acuerdo, cariño. Llévate las llaves, por si acaso.

Bajé la escalera sin evitar sentir un escalofrío cuando pasé por el rellano del apartamento donde, hasta hacía unas horas, vivía Arnau.

No fui hacia el paseo, sino hacia arriba. Después giré a la derecha y luego a la izquierda, como si quisiera perderme entre aquellas urbanizaciones similares, aburridas y, a aquella hora de la tarde, solitarias. Había cogido el móvil y lo llevaba en la mano.

Ya estaba muy lejos de la casa cuando lo encendí. No había mensajes nuevos: había cumplido su palabra. Era yo, si acaso, la que tenía que dar señales de vida. Pero hacerlo era un error. Ante mí se abría un abismo. Tecleé un mensaje de WhatsApp:

Puedes hablar ahora?

Jonathan contestó el wasap enseguida:

Dame tres minutos y llámame, por favor.

Le di cinco minutos, que pasé sentada en un banco solitario cerca de la entrada de un *camping* situado en medio de la urbanización. Durante aquellos cinco minutos sostuve una lucha conmigo misma, con mi yo responsable que me perseguía desde hacía semanas y que no me dejaba en paz. «No lo llames, Eli —me decía a mí misma —. No seas tonta y apaga el teléfono de una vez por todas».

Pero lo llamé. Me dijo que había salido de casa, que estaba en la calle. Me preguntó cómo me encontraba; que se alegraba mucho de oírme. Que no podía ni imaginarme la ilusión que le hacía oírme. Que estaba desesperado sin saber nada de mí.

—Tú y yo sabemos que no tendría que haberte llamado.

—No has hecho nada malo. Eli. Yo te pedí que lo hicieras. Solo esto, una llamada para decirme que estás saliendo adelante; que te encuentras bien de salud y te diviertes con tu amiga.

—Estoy perfectamente. De salud y de todo.

—Me alegro. Me quitas un peso de encima. No te haces a la idea de cuánto sufría, Eli.

—Lo repito: no debería llamarte. Estoy segura de ello.

—Pero lo has hecho. Y te lo agradezco.

Me quedé en silencio unos segundos. Él insistió en que me quedara tranquila, que no pasaba nada. Me preguntó si alguien sabía que estaba haciendo aquella llamada.

—No. Nadie sabe que tengo móvil.

—Genial. Es lo mejor.

—No. En absoluto. Sinceramente creo que no está bien. No tengo por qué decirte dónde estoy, ni con quién. No te diré nada.

—Ni yo te lo he pedido, Eli.

—Pues me has dejado un montón de mensajes. No me conviene que me dejes mensajes.

—No lo volveré a hacer más, si tú me lo pides. Si me garantizas que estás bien y que no quieres que te diga nada, lo cumpliré. No está en mi voluntad hacerte sufrir, Eli. Noto en tu voz que te sientes más fuerte y serena. Me gusta que sea así.

—¿Has salido de casa porque estaba tu mujer?

—Sí. —Hizo una pausa—. Así es.

Yo no dije nada. No podía ni quería decir nada.

—Soy yo quien no está bien, Eli. No funciona. Es un infierno. Ya no nos amamos. No me ha perdonado, ni yo he intentado que lo haga. No la quiero, Eli.

—A mí qué me importa.

—Solo te lo digo.

—¿Y el niño?

—Por eso estoy aguantando. Por él. Pau no tiene la culpa de nada. No tiene la culpa de que sus padres no se quieran. Tengo que pensar en él, en hacer lo mejor para él…

—No me apetece seguir hablando —lo interrumpí—. Voy a colgar. No me dejes mensajes. Yo no voy a llamarte más, Jonathan.

—Eli, yo…

Corté la conversación y apagué el móvil deprisa y corriendo. Allí mismo, sentada en el banco, me eché a llorar. No podía contener las lágrimas. Era incapaz de verbalizar, ni siquiera mentalmente, lo que me pasaba, lo que sentía. No podía asumir mi debilidad, mi carencia de voluntad, mi ceguera.

¿Estaba sufriendo él? ¿Realmente sentía algo por mí? Me estaba volviendo loca. Otro tipo de locura, diferente de la que había sufrido un año atrás, pero locura, al fin y al cabo. «Tira de una puta vez el móvil, Eli —me repetía mi otro yo sin cesar—. Tira el puto móvil ahora».

* * *

Después de cenar, vino a buscarnos Joan con sus colegas de Vilanova. Cuando preguntó si esperábamos a Arnau, se me puso la piel de gallina. No. No lo esperábamos aquella noche. Y a mí me hacía falta tenerlo cerca. Probablemente (no estaba segura) le confesaría lo que me pasaba. Que tenía pánico a equivocarme. Le rogaría que me gritase, que me sacudiera por los hombros y me dijera que estaba zumbada; que, si no pasaba de Jonathan, mi vida se iría a la mierda.

—Vamos a tomar unas birras y después vemos qué pasa —sugirió Eva, que me cogió del brazo y me cuchicheó a la oreja—: Anímate, tía. Arnau vendrá mañana. Lo ha prometido.

A la una de la madrugada, cinco de nosotros, los más mayores, nos metimos en el coche de uno de los de Vilafranca y fuimos a una discoteca que había medio escondida en una vereda detrás de la gasolinera a la entrada de Coma-ruga. Bailé con ganas. El volumen altísimo de la música me ayudó a aislarme de mis angustias, dudas y miedos. En un momento dado, se me acercó un tipo. Me explicó a gritos que trabajaba en un restaurante, que acababa de salir del servicio de cenas y que se había fijado en mí. Que bailaba muy bien. Me invitó a una copa. Había nacido en Colombia.

—Eres muy bella —me dijo.

Eva se acercó donde bailábamos el colombiano y yo, y lo apartó de un manotazo cuando el tipo ya había puesto sus labios en los míos. Me asió del brazo con violencia y se me llevó hacia donde estaba el resto de la pandilla.

—Pero ¿tú estás tonta, Eli? ¿Qué haces con ese tío? ¿No ves que te dobla la edad? ¡Has bebido demasiado, joder!

Me rompí por dentro. Eva me acompañó al lavabo a vomitar. No podía dejar de llorar y le supliqué que volviéramos a casa.

* * *

Arnau envió un mensaje al móvil de Eva avisándole de que vendría con sus amigos a Sant Salvador en bici al atardecer y le proponía ir a cenar al Pizza Metro. Y si no, como ellos lo harían igualmente, podíamos quedar allí mismo después de cenar. Que tenía ganas de vernos y de que estuviéramos juntos un buen rato.

Eva dijo que OK a la cena en la pizzería, pero que iríamos nosotras dos solas y el resto de la pandilla se añadiría después. Arnau envió

tres manos aplaudiendo y un corazón. La madre de Eva aceptó que cenáramos fuera si nos lo pagábamos nosotras. Esther puso cara de pena, pero no se atrevió a pedir acompañarnos.

Me puse el top blanco y la falda corta, también blanca, que sabía que le gustaba mucho a Arnau. Me hice una cola de caballo, muy tirante, y Eva me dejó sus pendientes de aro. Cuando llegamos al Pizza Metro ellos tres ya estaban en una mesa. Tanto a Eva como mí nos sorprendió (o decepcionó) que Arnau y sus dos amigos fueran con pantalones de chándal, camisetas y sudaderas por si refrescaba. Habían venido en bici desde Calafell, y por eso no se debían de haber arreglado. Aparentemente, no dieron ninguna importancia a la diferencia de *look*, pero advertí la desilusión en la mirada de Eva, que más tarde, aquella misma noche antes de dormir, me reveló su opinión sobre aquellos hermanos; para ella no eran igual que nosotros. Dijo que se veía a la legua que tenían intereses diferentes y que lo sentía por Arnau, porque él sí que era más «de los nuestros» o al menos se había adaptado a «nuestro estilo», pero que aquella chica, Mireia, la había mirado mal un par de veces; como con desprecio, o con un punto de superioridad, y que a ella no le había gustado nada. A mí, la verdad, aquellas pequeñeces me habían pasado por alto. Lo pasamos bien en el restaurante; hablamos de muchas cosas y nos reímos. Y es cierto que Arnau tuvo la misión de ejercer de puente entre sus colegas y nosotros durante toda la noche, pero lo hizo muy bien. Y aunque Mireia se burló un par de veces de los pijos y de la tontería de algunos, yo en ningún momento pensé que se refería ni a nosotras ni a los de nuestra pandilla, a los cuales saludó muy amable cuando llegaron a la pizzería y fue empujando su bici con ellos por el paseo hasta el

chiringuito que hay delante de Els Secallets. Luego, la vi aceptando el cigarrillo que Joan le dio, y más tarde haciendo el tonto en la arena con uno de los de Barcelona.

Realmente apenas me di cuenta porque, tan pronto acabamos de cenar y nos reunimos con los otros, me dediqué a Arnau. Anduvimos juntos y algo apartados. Él también empujaba su bici a mi lado, mientras me contaba cómo era la casa de los hermanos en Calafell y cómo era el ritmo que llevaban durante las vacaciones. Me aseguró que añoraba nuestras citas y que pensaba en mí a todas horas.

—Te tengo en la cabeza todo el tiempo, tía. Te echo muchísimo de menos. Nunca había tenido esta sensación antes. Es muy fuerte.

—Menos mal que no te has ido lejos. A mí también me gusta estar contigo. No puedo imaginar cómo será el día que nos tengamos que separar.

—Ese día no llegará. Tenemos la suerte de vivir en la misma ciudad.

No nos sentamos en el chiringuito con los otros, sino en la arena, a la orilla del mar, rodeados de oscuridad. Me dejó la sudadera que llevaba atada en la cintura y me pasó los brazos alrededor del cuello. La música nos llegaba amortiguada junto al rumor suave del oleaje que nos mecía. Yo deseaba sentir que aquel momento era mágico. Y curativo. Quiero decir que aquello, la presencia de los brazos de Arnau alrededor de mi cuello, me tenía que salvar. Yo quería ser salvada. Sentía que mi cordura dependía de aquellas sensaciones; de Arnau y yo, solos, ante el mar. Aquella tenía que ser mi apuesta, mi decisión, mi realidad. Aquel tenía que ser mi futuro, mi deseo, mi mañana.

Eli tenía que ser esa jovencita en la playa cubierta con la sudadera de su chico para no tener frío.

Nos despedimos de Arnau y sus amigos en el puente que separa el paseo de Sant Salvador del espacio natural de Les Madrigueres. Le devolví la sudadera a Arnau y nos dimos un beso en los labios.

—Mañana comemos juntos. Me hace una ilusión tremenda. Pol y Jordi tienen ganas de verte.

Volvimos por el paseo. Eva sugirió tomar una cerveza en Can 60, que todavía estaba abierto, pero yo le dije que prefería volver a casa. Esther se quedó con su hermana y los chicos de la pandilla.

En la habitación, tumbada en la cama con el móvil apagado en la mano, me volvió el ahogo. La tarde anterior, cuando había hablado con Jonathan, no me había pasado, pero de repente, allí sola y a oscuras en la habitación de Eva, el llanto y la desazón me transportaron a mis épocas más oscuras de hacía un año, en los días previos a mi ingreso en el centro donde me trataron. Era una sensación de no poder respirar, de perderme en un bucle sin salida. Los latidos del corazón acelerados, un temblor imparable en manos y pies, una inminente pérdida del aliento… Una escalofriante situación de angustia que hacía un año que no sentía. Cogí las pastillas del neceser. Me tomé dos. Añadí una extra a la dosis habitual, como me había recomendado la doctora en el caso de que sufriera un nuevo ataque de pánico.

Estaba muy asustada, necesitaba ayuda, y mis padres no estaban conmigo. No me tranquilizaba solo con pensar que la madre de mi amiga me auxiliaría, o que tenía a Arnau cerca, o a sus tíos. Todo se me hacía un mundo: igual requeriría de mis médicos, de mi psicóloga; con ellos únicamente podían contactar mis padres, porque

conocían mi historial y sabrían cómo actuar si se repetían los síntomas. Esta retahíla de pensamientos aumentaba mi angustia. No podía parar de llorar y me ahogaba.

Conteniendo un temblor furioso de manos intenté encender el móvil. Eran casi las dos de la madrugada. Solo Jonathan me había ayudado en una situación similar. Yo estaba con él cuando me dio un ataque tan brutal como el que ahora amenazaba con repetirse. Entonces él supo cómo actuar. Mis dedos se movían inquietos y me costaba deslizarlos por la pantalla para marcar su nombre. El único que había en mi lista de contactos. El único que podía salvarme.

Nadie contestaba. Seguramente a aquella hora lo tenía apagado. Mucha gente desconecta el móvil por la noche, o lo deja en silencio cargándose. Oí muchas señales de llamada, pero no saltaba ni el contestador. Y de golpe escuché su voz.

—¿Eli? ¿Estás bien?

* * *

Para cuando Eva y Esther regresaron a casa, la situación había cambiado radicalmente. Las pastillas habían hecho su efecto, y la conversación con Jonathan había actuado de sedante. Aquella noche me salvó la vida.

Me explicó que había tardado en oír el timbre del móvil porque bajaba el volumen durante la noche. No dormía con su mujer: desde hacía meses él ocupaba la habitación de invitados. No levantó la voz durante nuestra charla; estaba convencido de que su mujer no había oído la llamada ni nos escuchaba. Me ayudó a serenarme, a respirar. Me preguntó si me había tomado las pastillas. Después me pidió que

le describiera cómo se había producido el ataque. Qué había hecho antes, de dónde venía. En qué pensaba. Qué laberinto de problemas formaban el escenario del bucle en el cual había entrado. Su voz, a través del aparato, me calmó. Fue un puntal al que aferrarme. Fue una plataforma sólida donde subir y estabilizarme lejos del oleaje.

Eva entró en el dormitorio y me encontró sentada.

—¿Todavía estás despierta? ¿No estabas muerta de sueño?

—No podía dormir. Me he puesto nerviosa, no sé por qué. Pero ya se me ha pasado.

—¿No te encuentras bien? Estás muy blanca. ¿Quieres que avise a mi madre?

—No, no, no hace falta.

—¡Tienes la camiseta empapada de sudor, Eli! ¿Qué demonios te ha ocurrido?

—No lo sé, pero ya está bajo control, en serio. Ahora solo estoy cansada y desvelada.

—¿Quieres que hagamos algo? ¿Salimos a la terraza? ¿Quieres darte una ducha?

—No, gracias, Eva. Solo quiero estar quieta y en silencio.

—¿Te has tomado la medicación?

—Sí, no te preocupes.

Eva se puso el pijama y se tumbó en su cama antes de apagar la luz.

—Despiértame si necesitas algo —me dijo todavía antes de dormirse.

Apliqué las técnicas para controlar la respiración. Aunque era más difícil a oscuras, me habían enseñado algunas estrategias y Jonathan, con su voz somnolienta, murmurándome al oído como

había hecho tantas veces, me las había recordado. Estaba el truco de mirar fijamente un punto en el exterior, incluso si era de noche. Contemplar el cielo, las nubes (si había), la luz de una farola o una casa. Por eso, antes de que llegara Eva, había subido la persiana hasta arriba del todo y había abierto la ventana. Con la cortina corrida, ella ni se había dado cuenta de que estaba abierta. Cuando interpreté por su respiración que se había dormido, descorrí la cortina y situé la almohada a los pies de la cama. Me tumbé a la inversa de la posición habitual, porque la ventana quedaba encima del cabecero de la cama. Respirar, mirar al exterior, sentir que entraba aire en la habitación. Acompasar el ritmo de la respiración con los latidos del corazón. Ir cerrando los ojos lentamente y, si volvía la sensación de ahogo, abrirlos y volver a mirar y respirar. El proceso podía tardar un buen rato, pero no fallaba nunca.

La madre de Eva nos despertó a la hora habitual. Yo dormía profundamente. Decidí no ir a nadar. Llevé el neceser al lavabo: sentía la necesidad imperiosa de encender el móvil y saber si Jonathan había dejado algún mensaje después de la larga y difícil conversación de la madrugada. Había dos mensajes de voz. El primero me tranquilizó. El segundo me heló la sangre.

3

Tal y como había quedado con Arnau, a las doce ya estaba en casa de sus tíos para bajar los cuatro juntos a la playa. El plan era reunirme con ellos, darnos un baño y charlar un rato tomando el sol antes de regresar a su apartamento para comer. Traté de disimular que había dormido poco e intenté mostrarme divertida y sociable como siempre.

—Mira, lo que más rabia me da desde que mi sobrino ya no vive con nosotros es no verte a ti —bromeó Jordi.

Me preguntaron qué tal me iba la convivencia con sus vecinas y hasta cuándo me quedaría. Fui sincera al decirles que todo iba sobre ruedas; que apreciaba a las chicas, y que su madre era muy cariñosa y considerada conmigo. En cuanto a precisar hasta cuándo, reconocí que ni yo lo sabía. Bueno, antes de acabar el mes, mis padres vendrían a buscarme para pasar un fin de semana juntos, todavía no sabía dónde.

Arnau nos puso al día de su vida con Mireia y Roc. Le había resultado sencillo adaptarse y se lo pasaba bien con ellos, que se desenvolvían perfectamente sin sus padres en casa. Añadió que siempre recordaría aquel agosto. Estaba sintiéndose muy a gusto en los lugares donde se había alojado y con todas las personas con las que había compartido experiencias.

—Especialmente contigo, Eli, está claro.

Nadamos un rato con Pol, no tanto como en las sesiones de primera hora, porque en aquella zona de la Costa Dorada, a partir del mediodía, el oleaje y el viento eran fuertes y dificultaban la natación. Jordi nos esperaba en la arena leyendo una novela.

Me notaba más cansada que habitualmente. La noche me había pasado factura. Tenía los hombros entumecidos y los reflejos me fallaban. También era más pesada la respiración con la cabeza sumergida. Pero había decidido no explicar nada a nadie e intenté disimular. Me ayudó Arnau, que a cada rato se iba parando para besarme en los labios y me impedía avanzar. Yo le reprochaba que me entraba la risa y no podía nadar, y él decía que aquel era su propósito, que tenía ganas de besarme y no de nadar, y yo reía con él. Al final, pasamos de seguir el ritmo de Pol y nos quedamos flotando, haciendo el muerto. Las manos de Arnau se agarraban a mi cuerpo bajo el agua. Siempre me había gustado que lo hiciera y la manera como lo hacía, pero aquella mañana tenía el cuerpo destemplado, y me molestaba o me hacía unas cosquillas que no podía soportar. Aquel mediodía todo era extraño, y confuso. Nada era placentero.

* * *

Tomamos un aperitivo en la terraza. Pol se levantaba a menudo para controlar el arroz (cocinó una paella) y Jordi estaba especialmente charlatán. Me taladraba el cerebro, porque me costaba centrarme en las conversaciones, y me costaba reír sus bromas y dar la réplica a los juegos de palabras. Arnau estaba muy relajado. Me pasaba la

mano por el pelo, me decía que estaba preciosa. Mi desazón fue en aumento durante la comida, y se hizo evidente en los postres.

—Estoy molida —les confesé al final—. Ayer Eva llegó tardísimo, cuando yo ya dormía, y me desveló. Me ha costado mucho conciliar el sueño. He dormido fatal. He intentado disimularlo tanto como he podido. Lo siento…

—¡No hay nada que no cure una buena y larga siesta! —sugirió Jordi.

Volví a tumbarme en la cama de la habitación de Arnau.

—¡Hoy no nos tenemos que esconder! —celebró él.

—No sé si tengo hoy el cuerpo en modo romántico… —bromeé.

—¡No te lo he pedido! Necesitas dormir y es lo que te dejaré hacer.

—¿Que me dejarás? ¿Perdona? ¿Es que tengo que pedirte permiso? —Me esforcé en reír, en mostrarme igual que siempre.

—Intentemos dormir un rato. Y cuando afloje el calor, me apetece dar una vuelta. Tú y yo solos. Podemos ir por los caminos de atrás, más allá de la carretera.

Experimenté un escalofrío. ¿Salir de casa? No. ¡No podíamos salir de casa! Todo era complicado… ¡No podíamos salir de casa!

—Prefiero estar aquí contigo —le dije acariciándole el pelo—. Tú y yo aquí, en tu habitación. Mañana regresarás a Calafell y nos volveremos a separar. No, Arnau. Quiero estar contigo aquí.

—Me encantaría, Eli, pero no es solo que me corta que estén mis tíos, sino que además hoy han invitado a unos amigos a cenar. En un rato llegará Ingrid para echarles una mano con los preparativos. Es una amiga suya que conozco y es un poco pesada. Tú y yo, señorita, tendremos que ir a tomar el aire fuera y hacer de novios

por el pueblo. O podemos ir a la playa otra vez en lugar de dar un paseo.

Arnau se quedó roque enseguida y yo, tumbada a su lado en aquella cama estrecha, me esforcé por mantenerme inmóvil, como si también durmiera, respirando profundamente siguiendo las instrucciones que había aprendido en el centro y que ya había ejercitado la noche anterior. Mi corazón volvía a latir a cien por hora. Si antes había estado segura de que Arnau podía ser mi salvador, un flotador al que aferrarme, en aquel instante su presencia y su contacto me ponían nerviosa. Tenía ganas de llorar, pero no podía hacerlo. Sentía el impulso de levantarme y huir de allí deprisa, para tirarme al mar, vestida incluso, y nadar como una desesperada.

Sin embargo, no podía hacer nada de lo que mi corazón me pedía. Era una sensación extraña: como si alguien me impidiera gritar haciendo presión con una mano sobre mi boca.

* * *

La amiga de los tíos de Arnau llegó antes de la hora prevista. Yo estaba despierta y oí el timbre del interfono y después los saludos de Pol y Jordi. Alguien puso música disco antigua, de los setenta u ochenta. Arnau aún dormía y yo rezaba para que continuara así.

Pero las voces de fuera lo despertaron; me abrazó y besó dulcemente mis labios.

—Ya ha empezado la juerga… —se lamentó.

—Pasemos de ellos. A mí no me molestan.

—No conoces a Jordi. Si nos quedamos aquí, nos obligará a ayudarlo a preparar la cena. Lo sé.

—A lo mejor podríamos cenar con ellos. Seguro que nos invitan.

Arnau dejó de acariciarme los brazos y me miró estupefacto.

—Pero ¿qué dices? ¿Cenar aquí con ellos? ¡Estás loca! Lo que tenemos que hacer es salir pitando.

Se puso de pie y cogió la camiseta mientras me miraba sonriente. Yo, en posición fetal, no me había movido de la cama.

—¡Vamos, perezosa! Otro día les pediré pasar la noche aquí contigo. Lo prometo. —Y se inclinó hacia delante para besarme en la boca.

Me calcé las chancletas con pesar. Intentaba disimular mi azoramiento siguiendo la conversación de Arnau, y después la de los adultos (que sí, insistieron en que nos quedásemos a cenar con ellos). Arnau ya se despedía besuqueando a todo el mundo y tirando de mí en dirección a la puerta.

Bajamos la escalera de la mano, y salimos a la calle poniéndonos los dos las gafas de sol. Yo estaba muerta de miedo y olía la tragedia.

—Hace demasiado calor todavía —dijo Arnau—. ¿Qué te parece si posponemos el paseo y nos vamos a bañar?

Yo era incapaz de vocalizar ni una palabra. Miraba a derecha y a izquierda. Las hileras de los coches aparcados en la calle, la perspectiva de la plaza de las palmeras. Antes de salir me había puesto el bañador, que habíamos dejado secar en la terraza mientras comíamos. Él también lo llevaba puesto debajo de sus bermudas. Dijo que subiría a buscar toallas. Me envió un beso a distancia y desapareció por el portal.

Me quedé sola en la calle. Estaba tensa y me sentía atrapada. Me abracé el pecho con los brazos, porque tenía miedo y no sabía qué

hacer. Temí desmayarme con tanto calor y tanta angustia.

Y de repente, se abrió la puerta del coche. Había aparcado casi frente al bloque de apartamentos. No me había fijado de tan nerviosa como estaba.

—Eli —saludó Jonathan mientras salía.

Como me temía, había cumplido su promesa, o su amenaza (depende de cómo se mire) y había venido a Sant Salvador. Me lo había anunciado aquella mañana en el mensaje de voz. Yo le había llamado enseguida, encerrada en el lavabo, para suplicarle que no lo hiciera, que no se le ocurriera venir. Que era inaceptable que nos viéramos, que aquello no era bueno para mí, que lo tenía prohibido por prescripción de los médicos y psicólogos; que, si venía, enviaría a la mierda la terapia de tantos meses. Que lo estropearía todo.

En el anterior mensaje, él anunciaba que vendría porque yo se lo había pedido la noche anterior, cuando tuve el ataque de pánico y él me salvó con su voz. Decía que yo le había insistido en que lo necesitaba, que no podría sobrevivir sin él a mi lado.

Yo no lo recordaba exactamente así, claro, pero durante aquella conversación nocturna estaba fuera de mí y no sé bien lo que dije. Que le había dado la dirección exacta donde encontrarme. Y sí, es muy posible que, en mi estado de vulnerabilidad, le hubiera pedido ayuda. Seguramente también que viniera, tal vez sí, pero en un sentido metafórico. Quiero decir que probablemente le dije que necesitaba tenerlo cerca para que me apoyara, para darme fuerzas y superar lo sola y abandonada que me sentía esa madrugada cuando lo telefoneé.

El último mensaje de voz, que me había dejado aquella misma mañana, era breve y conciso:

Eli, iré hoy. Necesito verte y comprobar que estás bien. No estás sola. Yo estoy a tu lado, pase lo que pase.

Lo llamé con desesperación desde el baño de casa de Eva. No respondió. A lo mejor tenía el móvil apagado. Quizás había salido con su hijo y se había dejado el teléfono en casa. El caso es que no pude decirle que abortase la misión de rescate. Que por nada del mundo hiciera la locura de venir a verme.

Y eso que, en realidad, sí que tenía ganas de verlo, de saber que estaba cerca y que me ayudaría si hacía falta. Pero no podía ser aquel día, el día que Arnau había elegido para pasarlo conmigo.

—Eli —repitió mientras se acercaba.

—No puedes estar aquí —le dije—. Tienes que irte. He intentado llamarte diez veces para que no vinieras…

—Tenía el teléfono cargándose y en silencio. Para cuando lo he mirado, las llamadas perdidas me han alertado, me han puesto muy nervioso y por eso he venido. No contestabas al teléfono…

—¡Hostia! —lo interrumpí—. ¡Porque teóricamente no tengo teléfono! ¡Está siempre escondido y apagado!

Estábamos el uno delante del otro, en la puerta del edificio del que saldría Arnau en cualquier momento. No se podían encontrar, Arnau y él. Era inimaginable. Jonathan ni siquiera sabía que Arnau existía. Arnau sí que sabía de la existencia de Jonathan y del follón que había provocado en mi vida. No sabía mucho de él, pero era consciente de su edad.

Estaba a punto de decirle que disimulara y que me siguiera la corriente (fingiría que era un tipo que me pedía una dirección) cuando Arnau salió del bloque cargando dos toallas sobre el hombro y una loción protectora solar en la mano.

Se quedó sorprendido cuando nos descubrió a Jonathan y a mí en la acera, delante de casa. No estábamos demasiado juntos. Nuestros cuerpos no se tocaban. Pero él necesitó pocos segundos para entender qué pasaba.

No dijo nada. Se quedó en el umbral, observándonos a mí y a él alternativamente. Jonathan se dio cuenta de que Arnau y yo nos conocíamos. Seguro que entendió que yo estaba esperándolo. No hizo ninguna mueca ni gesto raro, solo lo miró.

Jonathan llevaba barba. No una barba larga, sino corta, de no haberse afeitado en un par de semanas. Vestía normal, vaqueros y camisa. Tenía las llaves del coche en la mano. Y aparentaba la edad que tenía.

Mi actitud de perplejidad, de querer morirme, debieron de acabar de convencer a Arnau de quién era aquel tipo y qué hacía conmigo.

Nos quedamos los tres en silencio. Solo intervenían nuestros ojos, nuestros seis ojos, y la inmovilidad de nuestros cuerpos.

Sentí una pena enorme por Arnau. Una pena indescriptible. Me di cuenta, a través de su mirada, de su desconcierto, de su incredulidad. En aquellos segundos, que se hicieron larguísimos, yo no sufría por mí, sino por él. Por su inocencia, por su pureza, por su ingenuidad. ¿Cómo debía de verme? ¿Qué debía de pensar de mí?

—¿Qué pasa, Eli? —preguntó finalmente Arnau en un murmullo. La voz le había salido rota, como si hubiera hecho un gallo.

Mi cuerpo reaccionó de una manera ajena a mi voluntad: me limité a encogerme de hombros. Incapaz de hablar. Jonathan no se movió ni un milímetro.

Después, sin decir nada más, Arnau pasó entre nosotros dos y se fue hacia la playa.

Fue la última imagen que pude conservar de aquel Arnau adolescente. Vestía una camiseta sin mangas, unas bermudas caqui y unas chanclas. Las toallas le colgaban del hombro y llevaba la crema solar en la mano. Veía su espalda mientras se alejaba. Su pelo rizado. Su andar. Cruzó la carretera y la plaza de las palmeras. No se giró ni una sola vez.

—¿Quién es? —preguntó Jonathan cuando él ya no nos podía oír.

—Un vecino.

* * *

Le dije a Jonathan que Arnau era un vecino. Reduje su presencia en mi vida a la categoría de vecino. Lo hice por no despertar la curiosidad de Jonathan, por no abrir un frente más en la situación terriblemente extraña que estábamos viviendo.

—Vamos a dar una vuelta en coche —me propuso enseguida.

No me podía quitar de la cabeza la última imagen de Arnau, la que conservé toda la vida, y me volvieron a asaltar algunas preguntas. ¿Qué pensaría de mí? ¿Qué impresión retendría de mi persona y de la historia de amor que habíamos vivido aquel verano en Sant Salvador? ¿Qué quedaría de todo eso?

—¿Cómo te encuentras, Eli? Tu llamada de madrugada me dejó hecho polvo.

—No tenías que haber venido. —Fue lo único que pude decir—. No tendría que estar dentro de un coche contigo.

Sin embargo, puso en marcha el motor y yo le di las indicaciones para salir a la carretera y dirigirnos a Coma-ruga. Había ido un

montón de veces con Eva, acompañando a su madre y a su hermana.

Jonathan se mantuvo callado. Entonces pensé que no se merecía el trato que le estaba dando. Había venido hasta el pueblo para saber cómo estaba. Se preocupaba por mí. Las consecuencias del encuentro eran todavía imprevisibles, no sabía cómo me afectarían, a pesar de que presumiblemente enviaría a la mierda los meses de terapia y reclusión, pero Jonathan no se merecía que yo me comportara como una desagradecida; al menos no en esta situación.

—Ayer me ayudaste —admití—. No sé qué hubiera pasado si… Estaba completamente perdida. Pero, ahora…, no sé…

—Estás mejor, ¿no?

Asentí con la cabeza. Y lo observé mientras conducía: sus manos fuertes al volante, su perfil atractivo, su barba incipiente. Él se giró un instante para mirarme y sonrió.

Cuando llegamos a Coma-ruga, me acordé de un pueblo, Sant Vicenç de Calders, en lo alto de una colina. Habíamos ido una tarde, con Eva y Esther. La estación de tren de Coma-ruga tiene el nombre de este pueblo, imagino que porque se encuentra en su término municipal. Le propuse a Jonathan ir allí, aunque no sabía por dónde se iba. Él detuvo el coche y consultó el móvil. Confirmó que estaba muy cerca.

—El GPS nos llevará. Coge el móvil y sigue las indicaciones.

Era curioso. Durante el trayecto hasta el pueblo yo guie a Jonathan. Fue como llevar las riendas de nuestra relación. Él, al volante, se limitaba a seguir las órdenes que yo le daba. «Gira a la izquierda. En la rotonda, la segunda salida…». Una chica de diecisiete años guiando a un hombre de treinta y cinco. Quizás era

posible. Algo cambió en mi interior durante los minutos que duró el trayecto.

Al llegar aparcamos en una plaza. Rememoré la otra vez que estuve y guie a Jonathan hasta un punto desde donde se admiraba una vista fantástica del mar y las poblaciones costeras del Baix Penedès que lo delimitaban.

Aquella tarde hablamos más que nunca. Nos sinceramos el uno con el otro. Estábamos solos, no teníamos prisa. No había nadie para juzgarnos. Al cabo de bastante rato, fui yo quien le pasó el brazo alrededor del cuello. Fui yo quien le buscó los labios para besarlos. Algo me gritaba que me estaba equivocando. Que pronto me arrepentiría. Algo me decía que aquello no era real. Que él estaba interpretando un papel para sacar un beneficio. Que yo saldría perjudicada. Sin embargo, aun así, yo busqué sus labios.

TERCERA PARTE

Arnau y Eli

1

La primera vez que se reencontraron fue veinte años después de aquel verano. Para entonces tenían más de treinta y cinco años. Aún eran jóvenes, por supuesto, pero tanto sus vidas como sus cuerpos se habían alejado de la primera juventud, del riesgo y las reacciones espontáneas que Elisenda Puigmal detectaba ahora, complacida, en las actitudes y movimientos de su hija.

Recordaba perfectamente cómo había ocurrido. Fue fruto de la casualidad, y el escenario, como no podía ser de otra manera, fue la sala de un cine.

Ella había ido sola. Acostumbraba a aprovechar las tardes de los jueves, que desde siempre se las había cogido libres en el trabajo, para hacer las actividades que le gustaban, como por ejemplo buscar libros en la biblioteca, pasear o ir al cine. Lo solía hacer sola; muy de vez en cuando, con amigos.

La película que había ido a ver aquel día era francesa. En aquellos tiempos costaba encontrar salas de cine donde proyectaran cintas en versión original. Bueno, de hecho, costaba encontrar salas de cine en general. No obstante, todavía había unas cuantas en Barcelona. Allí, en aquella misma sala, había visto las películas de Arnau: no solo la primera, sino también las otras dos que había estrenado.

Cuando acabó la película y mientras avanzaba hacia la salida, Elisenda Puigmal se fijó en un tipo (también iba solo) que estaba sentado un par de filas delante de ella. En el momento en que pasaba por su lado, el hombre se incorporó y se vieron. A ella le costó solo una fracción de segundo reconocerlo.

—¿Arnau?

A él le costó más, porque no la había visto desde aquel verano en Sant Salvador, y entonces ella era una joven de diecisiete años.

—Soy Eli. ¿Te acuerdas de mí?

Arnau, sorprendido, se quedó en una posición a medio camino entre estar de pie y sentado, haciendo presión con las manos sobre los brazos de la butaca.

—Eli… —murmuró, y solo después se acabó de poner derecho. No hizo el gesto de besarla ni alargarle la mano.

—¡Hacía siglos que no nos veíamos! —Rio ella—. ¡Bueno, yo te he visto a menudo en la pantalla!

—Eli —repitió él.

Estaba inmóvil. No había acabado de salir de su fila. De golpe se puso a hablar, las palabras le salían atropelladamente. A Elisenda Puigmal le pareció entender que le decía que le sorprendía encontrarla en Barcelona.

—Yo siempre he vivido en Barcelona. No me he movido de aquí. Sin embargo, a ti te hacía viviendo en Madrid, o en París… Me suena haberlo leído en algún sitio.

Arnau no reaccionó al comentario; como si no lo hubiera oído, pensó Elisenda Puigmal. No paraba de mirarla, incrédulo de haberla reencontrado tantos años después en aquella sala oscura de cine donde continuaban proyectándose los créditos finales de la película

que habían visto. De golpe, como si tuviera prisa, le hizo un gesto para que se apresuraran a salir a la calle. Mientras avanzaban por el pasillo junto a los otros pocos espectadores que habían asistido a la sesión, ella se preguntó si iba bastante arreglada, si aún le quedaba carmín en los labios o si la luz del exterior la favorecería; lamentó no haber ido a la peluquería el día anterior (como tenía previsto hacer). Quería causar una buena impresión en Arnau. Él era una persona famosa. Pronto estrenaría una nueva película, una que le habían premiado en festivales internacionales. Deseaba que la imagen que Arnau recibiera de ella lo complaciera; deseaba que le hiciera rememorar a la chica de la cual se había enamorado perdidamente una tira de años atrás.

Eran las seis y media de la tarde. Tanto Arnau Recasens como Elisenda Puigmal habían ido a la primera sesión. A los dos les gustaba saber que habría poca gente en la sala. Ya en el exterior del cine, él le puso las manos encima de los hombros para mirarla bien.

—Ostras, Eli… Eres tú.

—¡Con unos cuantos años más encima! ¿Me hubieras reconocido si yo no te hubiera hablado?

—Claro, sin duda.

Ella pensó que no era sincero del todo, pero le correspondió con una sonrisa. Arnau llevaba el pelo más corto que en las últimas fotos suyas que había visto; mucho más corto que cuando estrenó su primera película. Y ya no llevaba barba. Tenía algunos mechones grises, pocos. Llevaba las patillas largas y pobladas, también canosas por la parte inferior. Se le formaban unas arrugas seductoras alrededor de los ojos. Vestía de manera desenfadada, una camisa azul y pantalones vaqueros negros.

—¿Vives o no vives en Barcelona? —insistió ella, imaginando que Arnau estaba analizando su físico y su manera de vestir como acababa de hacer ella.

—A temporadas. Ahora mismo no. Estoy aquí de *promo*. Estreno una película el próximo fin de semana.

Los dos debieron de notar que era un poco absurdo celebrar aquel reencuentro tan esperado (al menos por parte de ella, pensó Elisenda Puigmal) en medio de la calle. Arnau comentó entonces que tenía tiempo libre, que si le apetecía sentarse en algún lugar, una cafetería, y ella dijo que sí, que le parecía perfecto, y escogieron la terracita de un bar en la misma calle del cine.

Durante los primeros minutos la conversación fue distendida y banal a la vez. La llevó ella, que le preguntó por las películas y el éxito, y a su vez le explicó que trabajaba en la empresa de su madre, que pronto se jubilaría. Organizaban eventos, desfiles de moda y cosas por el estilo. «Trivialidades», dijo.

—¿Estás casada? ¿Vives en pareja? —preguntó Arnau de repente, y ella se quedó turbada.

No se esperaba la pregunta, o no tan pronto. Viniendo de Arnau y tras la historia que vivieron juntos, era difícil trampear aquella cuestión, por otro lado tan habitual y lógica entre dos amigos que hace años que no se ven.

—Sí, sí —dijo, e hizo una pausa antes de continuar—: Me casé con un hombre estupendo, Ferran, de mi edad… —Arnau la observó atentamente sin hacer ningún comentario—. Tenemos una hija.

—Caramba, felicidades.

—¿Y tú? —preguntó enseguida Elisenda Puigmal, un poco a la defensiva.

—Vivo con mi pareja. Es una actriz que…

—Lo sé. Lo leí en las redes —lo interrumpió—. Te he seguido desde que supe que habías estrenado tu primera película.

* * *

Aquel primer título en la filmografía de Arnau lo había rodado en 2028. Era muy joven y lo había producido cuando todavía estudiaba en la escuela de cine de Terrassa gracias a una beca. Salvo la protagonista, el resto de los actores y actrices eran desconocidos: la mayoría eran compañeros y compañeras suyos de la ESCAC. La crítica fue muy generosa con la primera película de un joven prometedor.

Eli fue a verla al cine. Fue sola, un día por la tarde. Supo del estreno gracias a la televisión y las redes. En las fotografías de los diarios y de internet le costó reconocer a Arnau. Seguía siendo joven, claro, un año menor que ella, y aun así había cambiado bastante. Todo el mundo cambia cuando pasa de la adolescencia a la juventud y entonces Arnau debía de tener veintidós o veintitrés años. Se había dejado barba, y llevaba el pelo mucho más largo que durante el verano en que se conocieron.

No le extrañó que Arnau no le hubiera dicho que había dirigido una película, porque hacía años que no tenían contacto. Pero le había hecho ilusión saber que había podido estrenar su primer largo tan pronto. Cuando entró en el cine aquella tarde, tenía una idea previa de lo que iba a ver, porque había leído algunas reseñas y críticas e incluso había visto un tráiler en internet. Eso la dejó impresionada y dudosa. ¿De verdad la película va de aquello? ¿Se

había atrevido a rodar su historia? Pues sí, confirmó sentada en la butaca tras la proyección. El argumento era ese, y por tanto hablaba de ella, de él y de todo aquello. La experiencia le impactó tanto que, muchos minutos después del final, cuando la sala ya estaba iluminada y un trabajador barría los restos de palomitas, bolsas de golosinas y vasos de cartón, otro empleado se le acercó y le pidió por favor que saliera de la sala, porque la próxima sesión estaba a punto de empezar. Aturdida, Eli se puso de pie murmurando una disculpa y salió, primero al *hall* del cine y por fin al exterior.

Anduvo durante horas por las calles de Barcelona, pero por la noche, cuando volvió a casa, no pudo recordar por qué barrios había transitado ni en qué parques se había sentado. La película iba de todo aquello, pero se centraba en la parte que Arnau no conocía de la historia. O sea, que había filmado un relato a partir de cosas (sentimientos y situaciones) que él se había inventado, porque las desconocía. Era como si a partir de la vida de Eli, Arnau hubiera filmado otra que era falsa. Se sintió estafada. Arnau había rodado su historia y ahora su historia se había hecho realidad aunque fuera en el mundo de la ficción. La gente que salía del cine lo hacía con un relato rellenado de crueldad y abusos.

La joven Elisenda Puigmal se preguntaba si era lícito hacer aquello que había hecho Arnau. Había utilizado su vida para explicar otra que era mentira. Con precaución, de manera figurada, comentó el tema con algunas de sus amistades. «Sí que es lícito —le decía la mayoría—, porque como creador es libre de filmar la historia que quiera». «¿Aunque sea mentira? ¿Aunque una parte importante se la haya inventado?». «¡Claro! Si no, ¿qué es el arte?».

En una escena de la película, la protagonista aparece nadando en el mar. Tiene media cara sumergida en el agua. Solo emerge a la superficie de la nariz hacia arriba y el pelo le queda flotando alrededor como si fueran los tentáculos de una medusa. La protagonista dice algo bajo el agua, pero no se la oye.

Más adelante, la protagonista viaja en un coche, por la noche. Reposa la cabeza contra la ventanilla. En un momento dado, se le ve el perfil y la penumbra permite adivinar que sonríe, feliz.

En otra escena, los amantes se besan apasionadamente en la orilla del mar, iluminados por la luz de la luna.

2

La propuesta de ir a un hotel la formuló Arnau cuando todavía estaban sentados en la terraza de la cafetería. Eli estuvo de acuerdo. También ella había sentido la necesidad de una proximidad física con aquel hombre con el que se reencontraba después de tantos años. La última imagen de Arnau adolescente (su espalda, las toallas en el hombro mientras cruzaba la carretera y la plaza) la volvía a tener ante sí, como si los años pasados se hubieran desvanecido. Como si el chico con las toallas se girara de repente, y tuviera casi cuarenta años y se hubiera puesto unos pantalones negros y una camisa azul, y le dijera que la apetecería estar con ella a solas, en la cama de una habitación como la que habían compartido dos veces en casa de sus tíos en Sant Salvador. Eli sabía que si accedía a petición de Arnau se le complicaría la vida. ¿Valía la pena? ¿Había que dar una oportunidad a aquel asunto antiguo inacabado, incompleto y fallido, ahora que su situación vital era tan diferente?

Eli se levantó de la mesa y se alejó de Arnau para hacer una llamada a Ferran. Le contó que había surgido un problema en el trabajo y que, a pesar de tener la tarde libre, tenía que intentar solucionarlo. También le dijo que no la esperara para cenar y que acostara a la niña, porque ella presumiblemente llegaría tarde, que no se preocupara. Su marido no puso ninguna pega ni le hizo

preguntas. Mientras hablaba con Ferran, vio que Arnau también hacía una llamada desde su teléfono.

La conversación aplazada desde que tenían diecisiete años no se produjo mientras buscaban un hotel, ni mientras llegaban, pedían una habitación y subían en ascensor. Tampoco se dijeron nada mientras se quitaban la ropa (dos adultos, no dos adolescentes) y yacían sobre las sábanas después de apartar el edredón. Tenían gamas de consumar lo aplazado durante tantos años, y no había tiempo para palabras, explicaciones, justificaciones o excusas.

Hicieron el amor para liberarse, como si fueran unos deberes de escuela que no se habían entregado a tiempo y hacía falta correr para aprobar la asignatura. Sin decírselo el uno al otro, el cuerpo que exploraban no lo relacionaban con aquel que descubrieron el verano de Sant Salvador. Ni Eli ni Arnau reencontraron los ecos de aquella ternura, de aquel asombro, de aquella pureza de la piel adolescente dorada por el sol del verano. Eli, sin prisas, habría actuado de otro modo y habría buscado vestigios del Arnau de antes, pero las circunstancias (el atolondramiento, la clandestinidad, el hecho de que lo estaban haciendo a escondidas de sus respectivas parejas) lo impedían. Seguro que a Arnau le sucedía lo mismo, pensó ella.

Se quedaron quietos, medio abrazados, encima de la cama. Respiraban profundamente. Eli dijo que tenía un poco de frío y se cubrieron con la sábana. Se preguntaba qué hacía allí, con aquel hombre que era casi un desconocido.

—Las hermanas me dijeron que te fuiste de Sant Salvador de forma repentina. Cuando fui a despedirme de mis tíos, tú ya te habías ido.

—Volví a Barcelona. Llamé a mi madre y le pedí que me vinieran a buscar. Que nos inventáramos una excusa, pero que no quería quedarme allí más días.

—La hermana pequeña… ¿Cómo se llamaba?

—Esther.

—Eso. Esther nos vio. A ti, a tu amigo y a mí. Estaba en la terraza de su apartamento. Vio cómo me iba yo y tú subías en el coche.

—No me dijo nada.

—A mí sí. Estaba deseando restregármelo por la cara. ¿Subiste a su coche, pues?

—Fuimos a dar una vuelta y a charlar. No recuerdo dónde. Más tarde me llevó a casa. No sabía que Esther había estado espiando desde el balcón.

—¿Y después? ¿En Barcelona?

—No se lo conté a mis padres. Me di cuenta de que aquel tío, Jonathan se llamaba, seguía aprovechándose de mí. De alguna manera, continuaba asediándome y me hacía creer que era amor, pero no lo era. Estoy convencida. Cuando tú y yo nos separamos, sufrí mucho. Fue un otoño horrible. Pensé que había echado por tierra todos los meses anteriores, de dolor, angustia y terapia. Aquel tío me enredó, Arnau, y lo hizo hasta que acepté que era una chica débil, desorientada y enferma, y que necesitaba tratamiento psiquiátrico. Mis padres, esta vez, me apoyaron al cien por cien. Nos mudamos de casa y acabé los estudios en Terrassa.

—¡Qué me dices! Yo estudié en Terrassa…

—Lo sé. Y no te puedes imaginar la de veces que pensaba que te encontraría por la calle, de repente. Tampoco sabes la de veces que pasé por delante de la ESCAC rezando para verte. Un par de días me

tiré horas allí afuera, en un bar que hay en una plaza justo delante, ¿sabes a cuál me refiero? Pues allí me sentaba yo, esperando encontrarte.

—¿Con qué intención?

—Lo primero que habría hecho es pedirte perdón. Me sentía en deuda contigo. Te había fallado cuando tú únicamente querías ayudarme. Te traicioné.

—No estabas bien, Eli

—Eso no es suficiente justificación —dijo ella, y bajó la cabeza.

—¿Y después de Terrassa?

—Me matriculé en la universidad, en Barcelona. La historia que te inventaste para tu primera película era falsa. No me fue tan mal como tú explicabas. Tuve la suerte de recapacitar y encontrar a gente a mi alrededor que me ayudó. Fui fuerte, Arnau. Supe darme cuenta del error que cometía viendo a escondidas a aquel abusador. Pero no fue tan terrible como tú lo pintaste. No acabé en un sanatorio mental ni intenté suicidarme tomándome un tarro entero de pastillas —insistió.

—Me alegro, Eli —dijo Arnau—. Tienes razón. Me lo inventé. Era solo una película.

—Me pareció una especie de revancha. Te querías vengar de mí y lo hiciste de aquella manera. Eso es lo que pensé.

* * *

Eran casi las once de la noche cuando abandonaron el hotel. Arnau dijo que tenía hambre y le propuso picar algo en un local que tuviera

la cocina abierta a aquellas horas. Se sentaron en una terraza y pidieron unas tapas y dos copas de vino.

Eli estaba distraída, pensativa. Quizá también decepcionada. Intentaba seguir la conversación, y preguntar u opinar sobre los temas que iban apareciendo. Comió poco, ni siquiera se terminó la copa. Había una duda que la apremiaba, una cuestión urgente que Arnau parecía ignorar o evitar.

—¿Y ahora qué, Arnau? ¿Qué se supone que tiene que pasar?

Arnau dejó de masticar el calamar rebozado que tenía en la boca, y se encogió de hombros.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué te parece a ti que tendría que pasar?

—Pues no lo sé, la verdad. Y eso me pone muy nerviosa.

—¿Por qué tiene que pasar algo?

Eli se quedó mirándolo horrorizada. ¿No tenía que pasar nada? ¿Acababan de consumar aquel deseo pospuesto muchos años y todo concluía aquí? Hizo un ruidito con la boca, mezcla de risa y gruñido. Arnau la observaba atentamente, sin saber qué expresión o actitud adoptar para tranquilizarla.

—O sea que ya está, ¿no? Lo hemos hecho y punto final, ¿no?

Arnau le preguntó con un gesto qué quería decir, y ella repitió el mismo ruidito con la boca. Negó con la cabeza a la vez que abría el bolso, sacaba el móvil, y descubría dos llamadas perdidas de Ferran.

—Cada cual tiene su vida, Eli. Lo de hoy ha sido especial. Yo me conformo con haberlo vivido. Cualquier intención de ir más allá complicaría las cosas.

—Esto que ha pasado ya es un poco ir más allá, ¿no te parece? Esto ya nos complica las cosas, ¿no crees?

—Depende —la cortó Arnau—. Depende de cómo lo gestionemos.

Eli lo escuchaba atónita. ¿*Gestionar*? ¿Aquel verbo tenía cabida en la experiencia que acababan de vivir? ¿Se había vuelto así de frío e insensible Arnau?

—O sea que, según tú, nada ha cambiado y…

—¿Por qué tenía que cambiar algo? Hace más de veinte años que tú y yo no sabemos nada el uno del otro, y que no tenemos ningún tipo de contacto. ¿Qué demonios tiene que cambiar? ¿Cambiar cómo? ¿Por qué? —Ella lo miraba sin decir nada—. Tú tienes un marido y una hija. Tienes un trabajo. ¿Te parece lógico añadir más quebraderos de cabeza y dudas? ¿Te parecería bien vivir con remordimientos y enviarlo todo a la mierda?

A Eli Puigmal todo lo que Arnau exponía le sonaba como una justificación para él mismo. Él, que tenía un trabajo creativo y proyectos de futuro, que tenía una pareja envidiada, y viajaba y disfrutaba de una ajetreada vida social. Seguro que no estaba dispuesto a tener «quebraderos de cabeza y dudas» después de haber hecho el amor (Eli imaginó que para Arnau solo había sido un polvo) con una mujer que, inesperadamente, había vuelto a su vida igual que lo haría un fantasma.

—Ha estado bien lo que ha sucedido, Eli… —Arnau habló en tono conciliador y acariciándole la mano, que ella había posado sobre la mesa—. Hemos cerrado lo que dejamos a medias aquel verano.

—¿Solo querías eso, entonces? ¿Esa era la meta a la que hubieras querido llegar aquellos días en Sant Salvador?

El rostro de Arnau se suavizó y dibujó una sonrisa a la vez que negaba con la cabeza.

—Tú sabes que no. Recuerda que era la primera vez que me enamoraba. Nunca había sentido las emociones ni el sufrimiento que viví aquellos días a tu lado, Eli. Te recuerdo que entonces fuiste tú la que elegiste. Y lo elegiste a él. Me hiciste mucho daño.

«Y ahora te lo quieres cobrar, ¿no? —pensó Eli—. Ahora vuelves a vengarte de mi comportamiento igual que lo hiciste rodando tu primera película, ¿verdad?». Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a volver a consultar el móvil y anunciar que era tarde y que se tenía que ir.

—¿Quieres que mantengamos el contacto a partir de ahora, Eli? —preguntó Arnau mientras levantaba el brazo para pedir la cuenta al camarero—. ¿Quieres que nos pasemos los teléfonos o los *e-mails*?

Elisenda Puigmal no supo qué decir. Se encogió de hombros como respuesta. Y pensó que era el mismo gesto que había hecho el día que se despidió de Arnau Recasens la primera vez.

3

Meses después y por primera vez desde que se habían reencontrado en un hotel de la ciudad, Arnau le pidió por *e-mail* si podían verse.

«No te estoy pidiendo una cita amorosa, ni ningún encuentro con finalidad sexual… —aclaraba, a pesar de que nunca se había referido, en sus correos anteriores, al contacto físico que habían mantenido aquel día—. Quiero decir que, si te va bien que nos encontremos, no hace falta que pongas excusas ni mientas a tu marido o a tu hija. Te propongo una cita de amigos. De viejos amigos. Necesito pedirte algo y me gustaría hacerlo cara a cara. Si a ti te parece bien y puedes dedicarme un rato, claro. El día, la hora y el lugar que te convengan».

Eli, extrañada por el contenido y también por el tono del mensaje, le propuso día y hora enseguida. Supuso que Arnau estaba en Barcelona, porque no había hablado de fechas futuras, sino que daba a entender que el encuentro podría ser al día siguiente mismo. Arnau respondió inmediatamente. Quedaron dos días después en la cafetería de un hotel cerca de la plaza de Catalunya.

Tal como le había sugerido Arnau, ella no mintió a su marido: había quedado con un viejo amigo de la adolescencia para tomar un café.

Cuando Eli llegó al hotel, Arnau ya estaba sentado en una cómoda butaca de la desierta cafetería. Se saludaron de forma cariñosa, con dos besos en las mejillas. Hablaron de todo y de nada al principio, hasta que, al cabo de pocos minutos, Arnau le reveló el motivo de la reunión:

—Siento que hay una película que tengo pendiente de rodar. Hay quien dice que los escritores escriben una única novela a lo largo de toda su carrera, igual que algunos directores de cine ruedan una misma película una y otra vez. Que el conjunto de la obra de un artista se puede limitar a una sola idea. Y yo también lo creo. —Arnau hizo una pausa que aprovechó para coger las manos de Eli—. Mi película es de un amor, es la historia que tú y yo vivimos aquel verano de la prehistoria…

—Ya rodaste aquella película —replicó Eli, un poco a la defensiva.

—No exactamente. O sí. Rodé parte de la trama, pero no la trama completa.

—Ya hablamos de eso, Arnau. Con los años acepté que los artistas tenéis derecho a explicar las historias a vuestra manera, aunque no respondan a la realidad.

—El cine no es la realidad.

—Por eso lo digo. Lo hiciste como quisiste. Era ficción, pero es una buena película. Una historia de amor narrada desde el punto de vista de un perdedor.

—Pues ahora quiero volver a contarla desde los dos puntos de vista, no solo el del perdedor.

Eli Puigmal bajó la cabeza. Arnau retenía sus manos entre las suyas y la miraba con ternura.

—Quiero que me cuentes cómo lo viviste y lo sentiste tú. Que me reveles todos los detalles, todos tus pensamientos, todas las sensaciones.

—Éramos dos adolescentes…

—Pues me gustaría que te pusieras de nuevo en la piel de aquella muchacha ganadora y que lo recuerdes para mí.

—No me gusta nada la dicotomía de perdedor y ganadora —recapacitó Eli—. ¿Ganadora de qué? Aquella tarde, es cierto, yo te dejé. Yo decidí dejarte. No sé qué gané. Una recuperación lenta y dolorosa. Y quizás, después, mucho después, un marido, una hija, la vida que he tenido…, pero no es nada importante comparada con la tuya…

—Escucharé todo lo que tengas que decirme.

Eli Puigmal, sentada en aquel butacón orejero ante Arnau, sintió una pereza espantosa. Para ella era una losa solo pensar en revivir aquel verano medio olvidado. Ahora eran dos personas diferentes. ¿Qué demonios quedaba de aquellos adolescentes de ayer y de sus cuitas amorosas? Para ella era un recuerdo, un recuerdo bonito (y un poco doloroso) que había continuado vivo solo porque Arnau se había hecho un personaje popular, un director de cine de quien se hablaba, a quien le estrenaban las películas, lo fotografiaban en los rodajes, en las entregas de premios, en las fiestas, durante las promociones de los largometrajes. ¿Habría recordado a aquel chaval de Sant Salvador si no lo hubiera vuelto a ver o no hubiera sabido nunca más de él? La historia potente, la auténtica historia de amor de Eli, es la que vivió con Jonathan, antes y después de aquel agosto que quedaba tan lejos y tan insignificante. Y la historia de amor que vivió después con Ferran: cómo se conocieron, cómo se

enamoraron, cómo decidieron dejar sus respectivos trabajos e irse un año a la aventura a México. Cómo se fueron a vivir juntos al regresar y decidieron tener un hijo. Esa sí era una historia real y fundamental. Aquel era el amor de Eli.

Se lo expuso a Arnau, intentando ser sincera y no herirlo. Él la escuchó paciente, sin interrumpirla.

—Es curioso, para mí fue muy diferente —aceptó él—. Por un lado es cierto que tampoco cambió mi vida ni tuvo repercusión en mi trabajo… Bueno, salvo en la primera película que rodé. Nuestra historia de amor, en sí misma, no fue crucial para mi desarrollo personal y vital, y a pesar de todo… Es como si aquel primer amor frustrado hubiera dejado una huella imborrable en todo lo que he hecho y he sido después.

Se miraron a los ojos, aún con las manos entrelazadas. Eli finalmente sonrió.

—No sé si lo haré, Arnau. No sé si me apetece recordar para ti, ni si quiero evocar aquellos días. Fue bonito, y triste al final. Pero allí no empezó ni acabó nada, al menos para mí.

—Piénsatelo. Me gustaría explicar esa historia de amor, Eli. La historia completa. Con los dos puntos de vista. Necesito explicar que te salvaste. Que fuiste fuerte. Que no cometiste el gran error en el que yo te hice caer en mi primera película, sino que fuiste una mujer valiente que reaccionó a tiempo. Como tendrían que intentar hacer todas las mujeres que son asediadas y violentadas a nivel sentimental. —Arnau suspiró—. Te confieso que me hace falta cerrar un capítulo de mi vida relatando tu verdadera historia.

* * *

Año y medio después, Eli y Ferran asistieron a un día del rodaje de la serie (al final, sería una miniserie) que rodaba Arnau Recasens en Sant Salvador. Como resultó ser una producción de lujo para una plataforma importante, un taxi los recogió en su casa en Barcelona y los llevó al set de rodaje en el pueblo del Baix Penedès. El director en persona los fue a recibir cuando bajaron del taxi y los acompañó a la calle donde grababan. La habían cortado completamente, y tres tráileres y dos furgonetas de la productora estaban aparcados en la parte norte y en la parte sur. Había un montón de gente trabajando, y focos, y telas antirreflectantes, y grúas, y servicio de *catering*. Arnau les presentó a los actores y las actrices protagonistas, que se estaban maquillando en un camerino improvisado en la planta baja de uno de los edificios. También les comentó que había decidido rodar con el tipo de película y los aparatos que se usaban en la época en que transcurría el argumento.

La escena que vieron rodar (el director la hizo repetir cinco veces) era la de la despedida de Arnau de sus tíos. El piso no era igual, como detectó enseguida Eli Puigmal, pero lo habían decorado imitando un apartamento típico de veraneo de costa de aquella época. Y tenía una terraza desde la cual se veía el mar de Sant Salvador. Un montón de cables llenaban el suelo.

—Durante aquel verano, Arnau y yo íbamos casi cada mañana a nadar a primera hora, con su tío —le contaba Elisenda Puigmal a su marido.

Los dos intentaban no ser una molestia y se mantenían en un discretísimo segundo plano detrás de las cámaras y los trípodes que llenaban el pequeño salón que daba a la terraza. Unas diez personas, con micros, auriculares y aparatos para medir la luz y el

ruido en las manos, se movían junto a los actores y actrices que intentaban concentrarse antes de cada toma.

El actor que hacía de Pol era muy popular. Lo habían visto en muchas series. Era de Madrid, de forma que interpretaba la secuencia en castellano.

—Me han dicho que después lo doblarán también al catalán —le comentó Ferran a su mujer—. Se ve que lo hacen a menudo.

El actor que interpretaba a Arnau era un principiante desconocido para el gran público; el director lo había querido así y lo había seleccionado a través de un *casting*. Luego, estaba el que hacía de Jordi, y las dos actrices que interpretarían los papeles de las hermanas Eva y Esther. La que hacía de Eva tenía un montón de seguidores entre el público joven, porque también cantaba y había actuado en muchos festivales de música.

En aquella escena, las hermanas bajaban a despedirse de Arnau, que había vuelto de Calafell y pasaba el último día en Sant Salvador con sus tíos. Mientras Pol, Jordi y Eva salían a charlar a la terraza; Arnau se quedaba en el comedor hablando con Esther, la pequeña.

—Ya sabrás que Eli se marchó hace unos cuantos días… —anunció Esther, que miraba fijamente a los ojos a Arnau sin poder evitar una mueca de superioridad o suficiencia—. Llamó a sus padres de golpe y enseguida la vinieron a buscar.

—No lo sabía —reconoció el chico, que experimentaba una mezcla de rabia y deseo de información—. ¿Qué pasó?

—Tú sabrás —dijo Esther sin esconder una sonrisa.

—No. No lo sé. No he sabido nada de ella desde la última vez que estuve aquí.

Esther echó un vistazo a la terraza, donde su hermana y los tíos de Arnau reían y estaban a su rollo.

—Alguna relación habrá en que ella se marchara de repente y tú no volvieras a aparecer por aquí, ¿no te parece?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que os vi desde la terraza de nuestro apartamento. Vi la escena.

—¿Qué escena? ¡No te montes películas!

—Os vi salir a ti y a Eli. Después tú volviste a meterte en el portal y ella se quedó sola en la calle. Y de golpe apareció él. Salió del coche. Lo tenía aparcado delante. La estaba esperando.

Arnau no dijo nada. Se la quedó mirando inexpresivo. Esther acentuó su sonrisa sarcástica.

—Era mucho mayor que nosotros.

El muchacho bajó la cabeza y después desvió la mirada a la alegre reunión de la terraza.

—¿Piensas que era él? ¿Su acosador? —preguntó Arnau con un hilo de voz.

—Estoy segura. Aunque creo que no era exactamente un acosador. Parecía que había algo más entre ellos, no sé si me explico.

Arnau asintió con la cabeza.

—No es que se besaran ni nada de eso. No se tocaron —continuó explicando Esther—, porque enseguida bajaste tú con dos toallas para ir a la playa. Pero Eli decidió no acompañarte, ¿verdad? Te marchaste solo y ella se quedó con aquel tipo.

—¿Y después?

—Subieron al coche y se marcharon.

—¿Se fue con él?

—Sí —dijo Esther con rotundidad.

Poco a poco, se le había ido desdibujando la sonrisa.

—Volvió unas horas más tarde. Nos contó una mentira, como te puedes imaginar, y yo no le dije que la había visto desde la terraza. ¿De qué hubiera servido? Después de cenar, antes de salir con la pandilla, nos anunció que había llamado a sus padres y que al día siguiente la vendrían a buscar. —Esther subió con un dedo la barbilla de Arnau, que escuchaba cabizbajo sus explicaciones—. Llamó desde su móvil, Arnau. ¡Eli tenía un móvil escondido! ¡Durante todos estos días ha tenido móvil y nos ha mentido diciendo que no tenía! Es una mentirosa compulsiva.

—Eli no está bien. Ha tenido muchos problemas, ya lo sabes.

—Ha tenido y tiene, Arnau. Muchos y muy gordos. Pero me duele que te haya hecho daño a ti.

Eva y los tíos de Arnau entraron en el comedor en ese momento con refrescos para Arnau y Esther.

—¡Venga, vamos a brindar por este verano que se acaba y por mi sobrino favorito! —propuso Jordi.

—¿Cuándo vuelves a casa, Arnau? —le preguntó Eva.

—Hoy mismo. Regreso a Barcelona en tren.

Explicó que Pol lo acompañaría en coche a la estación. Sus padres habían llegado la noche anterior de Perú y lo esperaban en casa.

—¿Volverás el verano que viene? —quiso saber Eva—. Nos podríamos ver algún día este invierno en Barcelona, ¿no? El año pasado también lo dijimos y al final no lo hicimos.

—Este año más vale que os centréis todos en los estudios —sugirió Jordi—. Tenéis la selectividad o como se llame ahora, ¿no?

¡Quién nos lo iba a decir: nuestro pequeño Arnau en un año ya será universitario!

—¿Sabes qué quieres estudiar? —le preguntó Eva.

Él negó con la cabeza, pero de pronto dijo que le gustaría estudiar cine. Sí, se reafirmó; lo tenía que pensar bien, pero su plan era estudiar cine en la escuela ESCAC, en Terrassa.

Cuando las vecinas se fueron y mientras Pol se vestía para acompañarlo al tren, Arnau se quedó solo en la terraza mirando al mar. Hacía días que se sentía extraño y dormía mal. Mireia y Roc le preguntaban a menudo qué demonios le pasaba, pero él no les había contado nada. No había querido volver a Sant Salvador ninguna noche, a pesar de que Eva le había enviado docenas de wasaps.

Tenía ganas de regresar a su casa. Tenía ganas de intentar olvidar a Eli y todo lo que había pasado con ella. Bajó los ojos hacia la calle y los centró en el punto exacto donde la había visto por última vez, junto a aquel tipo de barba descuidada. Estaba de acuerdo con Esther: Eli había convertido a aquel individuo en algo más que un acosador. De hecho, como había pensado durante esos últimos días, Eli había elegido a aquel tipo mayor en vez de elegirlo a él. Seguro que no lo había descartado nunca. No había dejado de amarlo mientras jugaba con él. Se sintió ninguneado y utilizado. ¿Qué había querido probar Eli? ¿Si su enamoramiento podía conseguir borrar al otro? ¿Si el fugaz amor de verano podía hacerle olvidar aquel otro tan fuerte y radical que le había complicado la vida?

Eli había elegido al otro. El que llevaba barba y tenía coche, mujer e hijo. A él le había tocado desaparecer. Entendió enseguida su ínfimo peso en aquella historia de amor de Eli: había aparecido en el

momento oportuno, había jugado el papel que le tocaba y había sido reemplazado de un plumazo. ¿Qué sería de Eli después de aquella elección? ¿Cómo la afectaría? La imaginó más perdida, más desubicada, más débil. Afrontando una segunda etapa de dolor y tal vez teniendo que ser internada otra vez si aquel señor casado se cansaba de ella, como ya debía de haber hecho otras veces con otras jovencitas. O a lo mejor acababa convertida en una marioneta sin voluntad en manos de un adulto sin moral. Podía hacer lo que quisiera con ella: maltratarla psicológicamente e incluso físicamente. En cualquier caso estaba en situación de abusar de ella.

¿Y qué se suponía que tenía que hacer él? ¿Cómo debía reaccionar?

Aquella tarde en la que habían coincidido los tres en la acera, se había ido directamente a la playa. No se había dado la vuelta a mirar ni una sola vez mientras cruzaba la carretera y luego la plaza de las palmeras. ¿Lo habría hecho si Eli lo hubiera llamado? ¿Si le hubiera pedido que la rescatara, que la perdonara, que volviera su lado? Había llegado a la playa y se había quitado la camiseta antes de meterse en el agua. A pesar de que había mucha más gente que cuando iba con Pol a primera hora, había logrado evitar a los bañistas adentrándose bastante lejos, y entonces había hecho lo que hacía cada mañana, nadar en paralelo a la playa, pero no en la dirección habitual (Coma-ruga) sino en la opuesta (Calafell). Se tenía que alejar de Eli y de los recuerdos de las cosas que había hecho con ella durante aquellos días.

Nadó hasta que quedó extenuado. Mientras nadaba no pensaba, o se esforzaba en no pensar en nada; pero, en realidad, miles de

imágenes le venían a la cabeza: todos los momentos vividos, todas las palabras, todas las sensaciones. Todos los besos.

Sin embargo, Eli había elegido al otro. Y aquella imagen representaba el fin del verano, el fin de su historia.

Durante el trayecto que compartieron y el rato de espera, Arnau le confesó a Pol todo. Y concluyó reconociendo cuánto se había equivocado en aquella apreciación del principio de esas vacaciones: Eli no era su pareja perfecta, aunque tal vez sí la mujer de su vida.